

*Esmeralda Lynn*

*Prisionera*  
*del*  
**VIKINGO**

[Copyright](#)

[Capitulo uno](#)

[Capitulo dos](#)

[Capitulo tres](#)

[Capitulo cuatro](#)

[Capitulo cinco](#)

[Capitulo seis](#)

[Capitulo siete](#)

[Capitulo ocho](#)

[Capitulo nueve](#)

[Capitulo diez](#)

[Capitulo once](#)

[Fragmento de La novia del vikingo](#)

[Fragmento de Jamás pude olvidarte: El amor del Highlander](#)

# **Prisionera del Vikingo**

**Esmeralda Lynn**

Esta es una obra de fantasía, que de ninguna manera pretende ser un retrato histórico de las costumbres vikingas.

Este libro contiene escenas explícitas de carácter sexual, y no está destinado a ninguna persona menor de 18 años.

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra sin la autorización expresa del autor.

Copyright Esmeralda Lynn© 2019

Todos los derechos reservados.

## Capítulo uno

El día de mi boda fue el más horrible de toda mi vida ¿Cómo iba a ser de otra manera, cuando yo ni siquiera tenía la oportunidad de elegir al hombre que sería mi marido? Desde el día en que me convertí en mujer, mis padres decidieron casarme con Robert Clemens. Yo estaba en mi cama sangrando por primera vez y acostumbrándome al dolor en mi vientre que se repetiría todos los meses, mientras ellos tomaban la decisión en el cuarto contiguo sin siquiera consultármelo ¿Y por qué habrían de hacerlo? nadie nunca consultó con mi madre antes de casarla con mi padre, ni a mi abuela con mi abuelo, ni a ninguna mujer de nuestra familia. Simplemente, así eran las cosas, y yo lo sabía. Los hijos varones traían gloria a sus familias con conquistas, las mujeres, fomentando alianzas con otras casas poderosas. Mi padre era vasallo de Lord Edward Clemens, y casarme con su hijo Robert reforzaba una alianza entre ambas familias que nos beneficiaba tanto en forma política como económica.

Pero yo no me sentía beneficiada. Siempre supe, en el fondo de mi mente, que mi destino era casarme con un lord. Intentaba no pensar mucho en aquello, pero era el destino inevitable de todas las niñas. Conforme pasaron los años, me di cuenta que mi felicidad quedaba fuera de aquella ecuación. A nadie le importaba si yo amaba a Robert o no, debía ser una buena esposa para él y darle herederos por el bien de nuestra casa.

Yo no conocía en persona al heredero de los Clemens; solo sabía que era el primogénito y que era cinco años mayor que yo. No tenía hermanos y aseguraban que era hábil con la espada y un buen cazador. Durante los primeros años de mi adolescencia, como mecanismo de defensa, tenía la fantasía de que cuando finalmente lo conociera, yo me enamoraría de él a primera vista. Él sería atractivo, generoso y amable conmigo, y yo sería feliz a pesar de que nuestro matrimonio había sido pactado. Un inicio forzado, un

final feliz.

Pero cuando realmente viajé a las tierras de los Clemens y conocí a mi prometido, me di cuenta lo idiotas que habían sido mis fantasías.

No era desagradable de aspecto; alto y delgado, con el cabello castaño claro y los ojos igual de pardos. Sin embargo, al sonreírme hubo algo que me produjo rechazo.

Me habían trasladado durante días en un carruaje que para mí se asemejaba a una prisión, hasta llegar a las costas occidentales donde se alzaba el castillo de los Clemens. Creo que lloré todo el trayecto. Siempre había soñado con abandonar el castillo de mi familia y explorar nuevas tierras, conocer el mundo. Pero no bajo aquellas condiciones, no forzada a casarme con un hombre desconocido. Antes de presentarme ante mi prometido, las criadas que habían viajado conmigo me ataviaron con uno de mis mejores vestidos, de un azul pálido que resaltaba mi piel y cinchaba mi cintura hasta dificultarme a respiración. Peinaron mi cabello en una intrincada trenza y perfumaron mi piel. Atravesé a su lado los extensos pasillos de piedra del castillo Clemens, y el romper del oleaje se oía a la lejanía, provocándome una extraña paz. Mi corazón se sentía a punto de estallar; no volvería a ver a mis padres, ni mis tierras natales, esa atemorizante fortaleza al borde del acantilado sería mi nuevo hogar y aquel desconocido sería mi esposo. Para siempre. Me aferré con todas mis fuerzas a mis fantasía infantiles de enamorarme de Robert a primer avista, pero cuando sus ojos me estaban escudriñando de arriba a abajo, me sentí repugnada.

Tenía la sonrisa típica de muchos nobles, de quienes se creen mejores que los demás. A pesar de sus ropajes elegantes su actitud me resultó vulgar y maleducada. Le hice una sutil reverencia a modo de saludo y sus ojos fueron desvergonzadamente hacia el escote de mi vestido. Era la primera vez en mi vida que un hombre me observaba de tal manera, y sentí miedo. Miedo y asco. Actuaba como si mi cuerpo ya le perteneciera. De tan solo pensar que debía

darle hijos a aquel hombre se me revolvió el estómago.

Pero no había escapatoria.

– ¿Esta es la hija de Thorne? –preguntó a uno de los voceros de mi padre. Su voz sonaba aguda y algo nasal, lo que me produjo más desagrado.

–Así es, Mi Lord –respondió el hombre a mi derecha, cargando el estandarte con el blasón de nuestra familia –Ella es Sigríð Thorne, única hija de Lord Thorne, y su prometida.

–También puedo hablar por mí misma –dije, incrédula ante semejante falta de educación ¿Por qué se dirigía a los voceros en lugar de hablarme directamente a mí? me había examinado cual mercancía y ni siquiera me había dirigido la palabra. Sentía que la rabia ardía en mí, pero cuando sus ojos encontraron los míos, me asusté.

–Un poco regordeta para mi gusto, pero es bonita. Y dicen que las caderas amplias significan fertilidad. Espero que así sea. – continuó hablando Robert Clemens. Su mirada estaba fija en la mía pero le hablaba los voceros que me acompañaban. – ¿Seguro que es virgen? Espero que el viejo Thorne no me haya enviado algo de segunda mano.

Al vocero a mi lado le tembló la voz, y yo sentía como la rabia subía por mis mejillas. Mi cara parecía arder de la furia.

–Estoy seguro que ella lo hará muy feliz, mi lord –respondió el hombre.

–Así lo espero –sentenció mi futuro esposo.

Y una vez más, yo no pude contener mi espíritu combativo y hablé:

– ¿Acaso también va a contarme los dientes, mi Lord? No soy una yegua que elige en el mercado ¡Soy la única heredera de la noble casa Thorne y merezco respeto!

Pude sentir la ráfaga de frío que de pronto se esparció en el salón. Se hizo un súbito silencio mientras todas las miradas se posaban en mí. Hasta el último de los criados se calló la boca, y solo se podían oír los pasos de Robert acercándose más a mí. Parecía que le salía fuego de los ojos, pero yo no le tenía miedo.

Ni siquiera cuando su mano abofeteó mi mejilla.

El dolor fue agudo, pero mi rabia era mayor. Inmediatamente presioné mi mano fría contra mi mejilla golpeada. Incrédula e indignada, miré a mi alrededor. Como una tonta esperaba que los criados y vasallos de mi padre hicieran algo; que me defendieran ante tal insulto, que gritaran, que aullaran.

Que me llevaran de nuevo a casa.

Pero nada de eso ocurrió; todos permanecieron inmóviles y pasivos como idiotas. Y yo terminé de comprender lo poco que importaban mis deseos. La alianza entre ambas casas era más importante que mi felicidad.

–Una buena esposa obedece y mantiene la boca cerrada –sentenció Robert, y le dirigió una mirada asesina a una de mis damas de compañía.



–Mi lord, Sigríð no tiene experiencia alguna con hombres ¡Su torpeza es muestra de ello! ¡No tiene malas intenciones ni es maleducada! Tan solo no sabe cómo comportarse ante un hombre –suplicó la mujer a mi lado.

–Así lo espero –suspiró, frustrado. –No retrasemos más esto; la boda será mañana. Y esperemos por el bien del viejo Thorne que ella me complazca.

Se retiró, y a mí me condujeron a la recámara de huéspedes. Ninguna de mis damas de compañía dijo una palabra sobre lo sucedido. Su ánimo oscilaba entre la indiferencia y el miedo. A mí me parecía inaudito que mi futuro marido me hubiera golpeado de tal manera delante de todos, pero al parecer yo debía acostumbrarme a ello, pues nadie reaccionó como si su conducta fuera anormal. Antes de partir, mi madre me había dicho que yo debía esforzarme al máximo por complacer a Robert, debía tener modales bonitos y ser educada. Pero yo no hice eso, yo lo desafié ¿Tal vez ese había sido mi error? ¿Tal vez yo merecía aquel bofetazo por haber puesto en duda la autoridad de mi marido? ¿Por desobedecer a mi madre? la conducta de quienes me rodeaban parecía sugerirlo, pero yo me negaba a aceptarlo. Me negaba a aceptar las faltas de respeto como algo normal por parte de mi futuro marido.

–Miladi, recuerde las palabras de su madre – suspiró la criada que me estaba ayudando a bañarme esa misma noche, en una pequeña tina de lata que habían transportado a mi habitación y llenado con agua tibia.

–Las recuerdo...–respondí.

–No debe contestarle así a su esposo. Lo ha hecho lucir como un débil delante de sus propios hombres – continuó la mujer mientras enjuagaba mi cabello con manos cariñosas. –Gobernar esta región es muy difícil ¿sabe? Con tantos ataques vikingos.

–Aun así ¿eso le da derecho a hablar tan libremente de mi...virginidad? –me daba algo de vergüenza pronunciar aquella palabra. Y también miedo, al recordar que pronto la perdería con aquella bestia.

–Es una preocupación normal en un hombre. Y más aún en un noble; sería deshonroso para él que usted ya hubiera estado con otro hombre. Pero no tiene por qué preocuparse por eso, miladi. Él estará complacido con usted. –Me sonrió la criada. Pero a pesar de su actitud tierna, sus palabras solo me provocaban pavor.

– ¿Y qué hay de mi honor? –Musité – ¿Acaso yo valdría menos si no fuera virgen? ¡No entiendo por qué! ¡Seguiría siendo la misma persona!

–No hable así, miladi. Es indecoroso –me regañó antes de envolver mi cuerpo desnudo con una toalla –Descanse bien, mañana será el gran día.

Asentí, pero apenas pude pegar un ojo en toda la noche. Miles de pensamientos daban vueltas frenéticas en mi cabeza, y mis lágrimas silenciosas dejaron húmeda mi almohada. Oía el crepitar del fuego que calentaba mi dormitorio, y las olas que rompían incesantemente afuera. Era lo único que me parecía agradable de aquel lugar, el sonido del mar; la única belleza en una situación descorazonadora. Pensé que tal vez debía levantarme y lanzarme al mar; morir antes de entregarme a alguien como Robert Clemens.

Pero era demasiado cobarde para suicidarme. Aun cuando la única esperanza que había albergado por años, la ilusión de enamorarme de Robert a primera vista, había sido destrozada en mil pedazos. Aun sin nada a que aferrarme, una parte de mí quería seguir viviendo. O tal vez, simplemente tenía miedo de morir.

Ciertamente, lo que me esperaba era algo peor que la muerte. Una existencia estéril y hastiada, con breves intervalos de horrible violencia. Un silencioso infierno en el cual yo solo podía sonreír y obedecer. No entendía como mi madre, mi abuela y todas las mujeres de mi familia habían soportado matrimonios así, sin amor. Solo había conocido a mi futuro marido durante cinco minutos, y ya lo odiaba. Y era idiota considerar que el mismo hombre que me había bofeteado casi al instante de conocerme podía llegar a convertirse en un marido cariñoso.

Pero la mañana llegó, y con ella las criadas que invadieron mi recámara para ataviarme con mi vestido de novia. Odiaba aquel vestido, por más preciosa que fuera su tela y por más delicados que fueran sus bordados. Odié caminar hacia el altar donde me esperaba mi novio y el sacerdote. Odié a cada uno de los presentes, que me observaron desfilas cual oveja para el matadero y no hicieron nada para ayudarme.

El sacerdote dijo las palabras, yo repetí mis votos en forma mecánica, sin sentir ninguna de aquellas palabras vacías. Sellamos el acto con un beso insípido, y sentir sus labios ecos contra los míos me provocó náuseas.

Ese había sido mi primer beso.

Quería gritar, pero solo podía mantenerme callada y bonita mientras mis rodillas temblaban. Lo único que me mantenía cuerda era el rumor del oleaje. Pensé que, a pesar de lo horrible de mi situación, si el mundo podía producir un sonido tan bello entonces habría algo de esperanza.

El festín de bodas se realizó al aire libre, aprovechando el radiante día veraniego. Las postrimerías del castillo se llenaron de largas mesas donde la comida y bebida abundaba. Decenas y decenas de criados iban y venían cargando generosos platos y copas rebosantes de vino y cerveza. Músicos y bailarines ofrecían su arte al aire libre, colmando el ambiente de algarabía, y

los colores de mi balsón y el de los Clemens ondeaban al viento. Yo permanecía sentada junto a mi flamante marido, conteniendo mis deseos de gritar o de lanzarme al mar. Un infinito desfile de invitados se acercaban para estrechar su mano y felicitarme, yo tan solo me mordía los labios y asentía.

Pero conforme pasaban las horas, mi horror crecía al darme cuenta que pronto perdería la virginidad con aquel hombre. No era solo el acto desconocido lo que me asustaba; la perspectiva de ser penetrada por primera vez y el dolor que aquello podía ocasionar, la vergüenza de ser vista desnuda por un hombre, el miedo a hacer algo al. Todo aquello cobraba nuevas profundidades de horror al recordar que sucedería con Robert Clemens.

No solía beber alcohol, pero vacié mi copa de vino con la esperanza de calmarme. No funcionó. En todo caso, me provocó más náuseas. Sin embargo, meforcé a mí misma por beber; quería estar inconsciente cuando aquel hombre me tocara, no quería recordar nada a la mañana siguiente.

¿Acaso así sobreviviría mi matrimonio? ¿Emborrachándome hasta colapsar? Por lo pronto, era mi única opción.

Mis ojos se alzaron hacia la distancia; hacia las olas que rompían en las playas cercanas. Aquel paisaje imponente y salvaje no hacía más que recordarme que me encontraba muy lejos de casa. Si, el extremo occidental era un lugar salvaje; tan indómito como el océano que bañaba sus acantilados y orillas. En cierta manera, entendía por qué alguien como Robert Clemens gobernaba aquellas tierras. Constantemente asediadas por ataques vikingos, se necesitaba un líder igual de bárbaro para contener aquellos ataques. Los salvajes páganos del norte azotaban aquellas costas sin piedad, solo Edward Clemens fue capaz de ahuyentarlos gracias a su despiadado ejército. Aquella proeza le valió el título de Lord y el derecho a gobernar la orilla occidental. Derecho heredado por su hijo Robert, quien realmente nunca tuvo que afrontar un saqueo vikingo pero actuaba como si la gloria fuera toda suya.

–En unas horas voy a follarte ese coño. Más te vale que esté ajustado– me susurró, y sentir su saliva en mi oído me produjo todavía más asco.

No respondí, pero sentí mi mejilla sarde de odio y aquello lo hizo reír. Continuó charlando, bebiendo y riendo con los invitados, y yo fijé mi vista hacia el mar. Recuerdo que contemplé aquellas olas deseando que una horda de salvajes vikingos nos atacaran. Tal vez fue a causa del alcohol, o tal vez había enloquecido, pero solo deseaba que destruyeran aquel castillo, que asesinaran a Robert y a todos los invitados. Que me asesinaran a mí incluso. Solo quería que todo terminara por fin, quería huir de aquel destino tan horripilante, y la muerte parecía la única opción.

Cerré los ojos y oí el mar. Ese arrullo violento era lo único capaz de calmar mi corazón ¿por qué me relajaba tanto? No podía saberlo a ciencia cierta; me había criado en las tierras de mi padre, adentradas en la profundidad del país y rodeadas por frondosos bosques y altas montañas. Y aun así, el mar me había hechizado a primera vista. Su oleaje producía una caótica melodía, extrañamente armoniosa, que tranquilizaba mi corazón ¿Por qué estaba tan apegada a él?

Estaba preguntándome aquello cuando un grito interrumpió mis pensamientos.

– ¡Vikingos! ¡Nos atacan! ¡vikingos! –uno de los guardias anunció, y en breve instantes gritos de terror le hicieron eco.

## Capítulo dos

En ese momento realmente creí que me había vuelto loca; ¿acaso yo había provocado aquella invasión sorpresiva con mis propios pensamientos? la euforia estalló en mí y sentí otro mareo.

Cuando abrí los ojos, el ambiente festivo se había disipado. El miedo teñía la cara de hombres y mujeres por igual; algunos se precipitaban para luchar y otros se escabullían al castillo cual ratas asustadas. Mi prometido pertenecía al segundo grupo; me abandonó y estaba corriendo hacia la fortaleza cuando su padre lo abofeteó.

– ¿Qué haces, imbécil? ¡Alista a tus soldados! –le rugió con el rostro enrojecido de la rabia. Y a mí me alegró mucho ver la mejilla de Robert tan roja por el golpe como él había dejado la mía.

Las criadas me jalaban de los brazos y me guiaron hacia el castillo para ponerme a salvo. Los aullidos de los salvajes se oían cada vez más cercanos, y el aroma a fuego ya se hacía notar. No era necesario que me expliquen qué harían los vikingos conmigo si me encontraban. Sin embargo, yo no sentía miedo; con amargura sentí que no habría mucha diferencia si me follaba un vikingo que si me follaba el supuesto hombre civilizado que mis padres habían designado para mí. Parecía que mi destino inevitable era ser forzada por alguien. Todo se sentía irreal; mi cabeza daba ligeras vueltas y mis pies apenas rozaban el suelo mientras me obligaban a correr. Me recluyeron en mi habitación y me dejaron sola, yo solo podía adivinar qué estaba ocurriendo afuera, pero a juzgar por el caos y el pánico que reinaban entre las gruesas paredes, no era un panorama alentador.

Y mi mente era un espejo de aquel caos, el pecho me dolía y me costaba

respirar. Me senté en mi cama y me cubrí los oídos con ambas manos, pero aun podía escuchar los gritos afuera. Deseaba que asesinen a Robert Clemens, pero al mismo tiempo ¿Qué ocurriría conmigo? No sabía quién me daba más miedo, los salvajes del norte, el cerdo de mi marido o mis propios deseos nefastos ¿Acaso era una mujer horrible por desear su muerte? las lágrimas rodaron por mis mejillas con furia y sollocé como una niña durante un momento.

Sin embargo, presa del miedo y la culpa, tuve un pensamiento claro, aquella era mi oportunidad. No había tiempo para llorar; debía huir. Podía aprovechar la confusión, coger un caballo y escapar. Recién notarían mi ausencia cuando la invasión hubiera terminado, y hasta tal vez creerían que los vikingos me habían asesinado o raptado. Y yo sería libre. Obviamente, mi plan tenía muchas inconsistencias, pero decidí que sortearía los detalles más adelante, cuando estuviera bien lejos de allí. Y a salvo. Podía cabalgar de nuevo hasta mi país y reunirme con mi familia. Aunque mis padres estarían enfurecidos al ver que había renegado de mi matrimonio y hasta tal vez me enviarían de nuevo a las fauces de Robert Clemens. Tal vez mi única opción era cabalgar y empezar una vida nueva en otro lugar, bajo un nombre falso. No lo medité demasiado, todos mis instintos me rugían para que escapara de aquel lugar. Lo importante en ese instante era abandonar el castillo. Con mi corazón a punto de explotar y aun vistiendo mi vestido de bodas, cogí un puñado de monedas y las guardé en un pequeño bolso que anudé a mi cintura. Me cubrí con una capa y logré huir de mi recámara sin demasiada dificultad. Una vez en los pasillos me abrí paso entre los criados aterrorizados, y cuando salí al exterior el patio donde hacia minutos habíamos comido y celebrado parecía un cementerio. Sentí náuseas al ver los cadáveres ensangrentados y mutilados. La guerra frente a mis ojos era muy diferente a las batallas campales de las que había oído en las canciones. En simultáneo se llevaban a cabo decenas de pequeños enfrentamientos sangrientos, donde los guerreros del norte blandían sus hachas y espadas contra los soldados de Clemens. Me quedé paralizada del miedo. Era la primera vez que veía a los vikingos de cerca, con sus cabellos sucios y trenzados del mismo color del oro y el fuego. Tenían una altura tan imponente como su ferocidad. Pero lo que más me impresionó fue la forma en que blandían las espadas y los escudos pintados con símbolos de sus dioses.

Realmente, los guerreros de tierra firme no eran rivales para ellos.

Entre el caos de la invasión, mis ojos buscaron la caballeriza al otro lado del patio. El heno estaba ardiendo, y los caballos huían desbocados ¡Debía coger uno! pero también necesitaba un arma ¡Que idiota había sido por no coger una daga o un cuchillo! Aunque yo jamás había blandido una espada. Encontré un cuchillo sobre una de las mesas destrozadas del banquete, y lo guardé en la manga de mi vestido. Era mejor que no tener nada.

Pero cuando estaba huyendo hacia el establo, alguien me jaló del brazo. Al girar sobre mis talones, encontré la cara ensangrentada del viejo Edward Clemens.

– ¡¿Qué haces aquí?! ¡Vuelve al castillo! –el hombre rugió en mi cara. Una vez más, me quedé inmóvil. Pero no tuve tiempo de responderle, el lord me arrojó al piso y se preparó para combatir. El vikingo que arremetió contra él era joven pero fuerte, ataviado con gruesas pieles de lobo gris. Su casco rudimentario dejaba ver algo de su cabello rojo, y un par de ojos feroces. Sus ropajes estaban ensangrentados pero él no estaba herido; atacaba al viejo Clemens con una rabia desatada. Yo aferré el pequeño cuchillo entre mis dedos mientras me arrastraba por la tierra; mis piernas temblaban tanto que no podía ponerme de pie. Pero al mismo tiempo, estaba hechizada por aquella escena, y no podía alejar mis ojos de aquel salvaje blandiendo la espada con una belleza espantosa.

Finalmente sucedió lo inevitable; el Lord de la casa Clemens no pudo contra el vigor y la juventud de su primitivo rival; el mandoble del vikingo se abrió paso en la carne de su pecho, y un grueso borbotón de sangre corrió de las comisuras de su boca. Grité de horror, y los ojos de aquella bestia se posaron en mí. Me sonrió; nada más. Y en ese instante sentí que el tiempo se detuvo.

–No deberías estar aquí – me dijo con un rudimentario acento. Sin borrar la



sonrisa de su rostro ni soltar su espada, dio un paso hacia mí. Algo en su presencia me decía que aquel hombre no era un simple soldado; que tenía cierta jerarquía entre los salvajes. No solo por la fuerza que emanaba, sino también por los ornamentos que colgaban de su cuello y adornaban sus dedos.

Se inclinó hacia mí, cerrándome el paso. Yo creí que iba a desmayarme, pero domine mi miedo y busqué el pequeño cuchillo de cocina de entre las mangas de mi vestido. Cuando tuve su rostro a escasos centímetros del mío, y podía oler el sudor de su piel, presioné el cuchillo contra su pecho.

– ¡Si me tocas, te destriparé como a un pescado! – rugí entre dientes.

Pero aquello solo le provocó una carcajada. No parecía atemorizado por mis gritos ni por mi patético cuchillito. Sin embargo, tampoco hizo nada para atacarme. Sus ojos resplandecían, y noté que eran del mismo color azul profundo del oleaje.

Antes de que pudiera moverse, intenté clavar el cuchillo en su pecho. La gruesa cota de malla que usaba bajo sus ropajes de cuero impidieron que la hoja se clavar en su carne. En su lugar, el cuchillo se partió en dos y rodó por al tierra. Él rió más fuerte todavía, y yo huí. Con las piernas temblando, logré correr hasta el establo y coger un caballo. Durante un breve instante agradecí tantos años de desobedecer a mi madre cuando me decía que las jovencitas no debían cabalgar con las piernas abiertas como los hombres. Si le hubiera hecho caso, no hubiera sobrevivido. Me aferré a las crines del animal y lo insté a correr a toda velocidad. El animal desbocado se abrió paso entre cadáveres de soldados y vikingos por igual, y en pocos instantes logró cruzar al otro lado del patio.

¿Adónde ir? ¿Dónde ir? la muerte me rodeaba. Pero no podía flaquear, mi única esperanza era dejar ese castillo detrás. Los vikingos no parecían usar caballos; habían desembarcado a pie a escasos metros de la fortaleza; cuando

volteé mis ojos al este vi sus decenas y decenas de embarcaciones en la playa. No podía ir en aquella dirección; debía internarme en los bosques, donde ellos no podrían llegar a pie. Después elegiría un rumbo fijo pero en ese momento, la prioridad era que no me alcanzaran.

Apuré el paso, ignorando el dolor que mi corazón me producía en el pecho. No podía dejar que el miedo me ganara; mis ojos estaban fijos en mi objetivo; la frondosa arboleda lejana que me serviría de refugio. Ya no quedaban soldados de pie; el puñado que había sobrevivido se había replegado hacia dentro de la fortaleza, pero los salvajes del norte comenzaron a perseguirme. Durante un breve instante, la arboleda estaba tan cerca...tan cerca...

Pero mi esperanza duró poco; pronto un grupo de vikingos estaba rodeando mi caballo. Asustado, el animal se detuvo. Yo le ordenaba con furia que avanzara pero un grupo de nortehijos le impedían avanzar. Sus ojos me estudiaban, burlones y encendidos., y alzaban sus manos hacia arriba para tocar mis piernas e intentar derribarme. Pateé a algunos y golpeé a otros, pero eran demasiados para mí. Pronto unas manos me jalaban de la pierna y me tumbaron sobre la tierra. La espalda me dolió y el pánico se apoderó de mí al estar rodeada de aquellos salvajes. Sus manos intentaban tocarme y levantarme la falda, y yo lanzaba golpes y patadas en todas las direcciones posibles, pero no podía alejarlos de mi cuerpo.

– ¡Deténganse, idiotas! –una voz masculina rugió, y todos se detuvieron.

Un par de manos tomaron a uno de los vikingos del cuello y lo empujaron lejos de mí. Al ver a su compañero rodando por la tierra, el resto también se alejó de mí. Con mi corazón a punto de explotar, mi vista se despejó, y al ver quien me había rescatado creí que me estaba volviendo loca. Era el mismo vikingo pelirrojo que había asesinado a lord Clemens. La misma sonrisa burlona enmarcada por una barba de vivo fuego.

– ¿No saben quién es esta muchacha tan hermosa? La novia del hijo de Clemens. –dijo el vikingo sin despegar su mirada azul de mi rostro. –Y aún está usando su vestido de novia, lo que significa que el matrimonio no ha sido consumado.

Mirándolo mejor, era obvio que aquel hombre tenía algún tipo de jerarquía entre ellos. No solo por su aspecto, sino por como todos callaban cuando él hablaba. Había algo definitivamente magnético en su presencia, algo que ni siquiera yo podía ignorar. La capa de piel de lobo resaltaba el azul de sus ojos, y su espesa barba estaba decorada por pequeñas trenzas. La sangre de sus enemigos había manchado su cuello y su ropa.

– ¿Y eso que importa? –respondió uno de ellos.

–Importa mucho, imbécil. Nos pagarán mucho oro por su rescate, pero para eso tiene que permanecer intacta ¿Comprenden? –explicó el líder.

–Ya les hemos robado todo lo que podíamos, secuestrarla es demasiado riesgoso, y no vale la pena – refunfuñó otro de los vikingos –Deberíamos follar a la puta y ya. Regresar al mar antes que los hombres contraataquen.

Con un movimiento más rápido que la vista humana, el líder desenfundó su mandoble y atacó al que estaba hablando. Le cortó la pierna frente a mis ojos, y el vikingo mutilado cayó al piso aullando de dolor. El charco de sangre me dio ganas de vomitar, pero me contuve. El resto de los hombres observaban la escena con miedo, inmóviles.

–Que esto les sirva de lección, tanto para el que desafíe mi autoridad, como para el que intente ponerle una mano encima a esta mujer – sentenció el líder mientras enfundaba su mandoble ensangrentado. Sus hombres asintieron en silencio.

El líder volvió a mirarme, y otra sonrisa se curvó en sus labios. Me ofreció su mano para que yo me ponga de pie. Pero el orgullo me impedía aceptar su ayuda, así que tan solo escupí en su palma. Una vez más, él sonrió y se limpió la mano en sus pantalones.

–Átenla y súbanla al barco –ordenó con una sonrisa.

## Capítulo tres

En efecto, ataron mis manos detrás de mi espalda y me trasladaron al interior de unos de sus barcos. En el trayecto perdí la consciencia por el miedo, así que no pude asegurar exactamente en qué parte de la embarcación estaba, ni cuantos eran, ni hacia donde habían fijado rumbo los salvajes. Cuando abrí mis ojos solo pude suponer que estaba en un depósito; los tesoros que habían saqueado de diferentes tierras estaban apilados a mi alrededor así como reservas de comida y bebida. Sentí algo de náuseas, y supe que estábamos en altamar por el leve bamboleo de la embarcación. Abrí mejor mis ojos; no pude refregármelos ya que mis manos continuaban atadas detrás de mi espalda. La sogas que inmovilizaba mis muñecas me hacía picar la piel, los nudos estaban ajustados pero no al punto de provocarme dolor. Miré a mi alrededor, buscando desesperadamente una manera de escapar, pero era en vano. No con mis manos restringidas. Mis piernas estaban libres, pensé con una súbita euforia, y comencé a elucubrar alguna manera de utilizar aquello en mi favor. Me puse de pie con algo de dificultad, y pude escuchar las risotadas de los vikingos riendo y cantando sobre la borda. O tal vez en algún otro sector del barco; era imposible saber el tamaño exacto de la embarcación. No importaba; mi prioridad era liberar mis manos ¿Para qué? ¿Qué iba a hacer una vez libre? ¿Nadar de nuevo a mi país? ¿Ahogarme? No medité mucho al respecto en aquel instante; el miedo que palpitaba en mi pecho solo me gritaba que escape. Brevemente pensé que prefería lanzarme al mar y ahogarme antes de dejar que alguno de esos salvajes me ponga una mano encima.

Tambaleando, logré ponerme de pie. De espaldas contra la pared comencé a frotar las sogas que me restringían contra la aspereza de una columna. Comencé a transpirar, presa del pánico. Movía mis manos hacia arriba y abajo a un ritmo frenético pero las sogas no se cortaban. Con lágrimas en los ojos, me dije a mi misma que no iba rendirme. Continué frotando hasta que mis brazos y hombros dolieron, pero mi corazón dio un vuelco cuando sentí que los nudos se aflojaban. Finalmente tuve las manos libres, y tuve que

contenerme para no llorar de alegría. Con el corazón a punto de explotar en mi pecho, di unos pasos en la oscuridad. Tanteé la pared con mis manos, cuando poco a poco mi vista se acostumbró a la escasa luz de luna que se filtraba por entre los tablones de madera. Oí el jolgorio de los vikingos y me mordí el labio, asustada. Abandoné aquella despensa y escondida en la oscuridad los divisé bebiendo y cantando en una rudimentaria sala iluminada por antorchas. Ninguno notó mi presencia, y yo pensé que sería bueno robar algún cuchillo para defenderme. Pero si me acercaba más a aquella sala estaría en peligro. Lo más seguro era alejarme de la multitud.

Pero ¿adónde iría? Sinceramente, nunca creí que mi plan triunfaría...Mientras caminaba en la oscuridad, subiendo hacia la cubierta del barco, contemplaba mis opciones. Una vez arriba, vi el mar frente a mis ojos. Había algo en él que me cautivaba, que me arrullaba aun en los momentos de miedo más intenso. No había ni una pizca de tierra en el horizonte; estábamos internados en el océano. No había manera de que yo nadara de nuevo a tierra firme. Y a aquel barco, de mayor tamaño, lo acompañaban varios barcoluengos cargados de salvajes y tesoros robados.

No había salida.

Apoyé mis brazos en la baranda y miré hacia el oleaje. Morir era mi mejor opción. Prisionera de aquellos animales, era cuestión de tiempo hasta que me hallaran. Y si de alguna manera lograba regresar a mi país mi destino no sería diferente. Robert Clemens estaría allí, con su cruel sonrisa esperando comprobar que tan *ajustado estaba mi coño*.

Las lágrimas rodaron por mis mejillas pero me llené de valor. Prefería la muerte antes que la deshonra; nos ería como las mujeres débiles que aceptaban su destino en forma apacible y silenciosa. Yo moriría antes de someterme. Mis manos y piernas temblaban por el miedo, pero logré subirme a la baranda. El viento golpeaba mi cuerpo y hondeaba la falda de mi vestido de novia, ahora sucio y rasgado. Cerré los ojos; aquello era más difícil de lo que creía. Una

parte de mi aún se aferraba a la vida, se negaba dejarse caer al mar. Y de pronto, una mano envolvió mi cintura y me jaló hacia atrás. Algo confundida, aterricé nuevamente en el piso de la cubierta, con alguien abrazándome por detrás.

– ¡¿Acaso estás loca?! ¡Podrías haber muerto! –rugió una voz familiar mientras luchaba conmigo. Yo lanzaba patadas y golpes en todas direcciones, luchando por librarme. Pero cuando giré mi visita, encontré el rostro del líder vikingo.

– ¡Eso era lo que quería! –respondí entre dientes. Cuando su mano se acercó mi cara, le mordí. Él lanzó un aullido de dolor pero no me soltó.

Me sujetó ambas manos de las muñecas y me obligó a enfrentarlo. El corazón golpeaba con tanta furia contra mis costillas que creí que estallaría. Tenía su cara a milímetros de la mía, y la luz de la luna hacía que sus ojos claros resplandecieran como los de un demonio. Brevemente comprendí porqué muchos supersticiosos creían que los vikingos no eran humanos sino diablos encarnados. Su barba era frondosa, del mismo color del fuego, y hacía galas de pequeñas y complejas trenzas que demostraban su jerarquía. Su cabello estaba revuelto, cayendo por sus anchos hombros y pecho. No llevaba cota de malla y yo lamenté no tener un cuchillo conmigo. Pero al mismo tiempo, cuando lo sometí respirando agitado contra mi cuerpo, no sentí miedo. Sus manos me sujetaban de una manera que hasta lograron tranquilizarme. Igual que como lo hacía el furioso oleaje.

–No puedes morir –me dijo –Vales demasiado viva.

Escupí su rostro con furia. Mientras mi saliva chorreaba por el puente de su nariz, él cerró los ojos y sonrió. Alzó su mano y yo me preparé para recibir el golpe, pero en su lugar, él tan solo se limpió la cara.

–Volvamos adentro. Hace frio y te enfermarás –dijo. Yo intenté luchar pero él

me jaló de la cintura. No le costó mucho esfuerzo alzarme sobre su hombro y cargarme, como si yo fuera una muñeca. Los vikingos que nos veían pasar reían y alzaban su bebida.

– ¿Va a divertirse, jefe? –bromeaban entre chistes obscenos. Mis mejillas ardían de furia y vergüenza.

Me condujo de nuevo escaleras abajo, hacia lo que servía de despensa en la embarcación. Me dejó caer y el trasero me dolió. Yo estaba protestando cuando él me ató las manos nuevamente.

– ¡Escúchame! –Me sacudió al ver que yo no me calmaba –No voy a lastimarte. Si tú cooperas conmigo, yo cooperaré contigo.

– ¡Vete a la mierda! – chillé entre dientes apretados.

–Ese no es vocabulario para una damita de tierra firme –sonrió sorprendido y divertido al mismo tiempo. A pesar de ser un salvaje, sus dientes eran blancos como las perlas. –Pero tú no eres una damita común y corriente ¿verdad? Prefieres enfrentar la muerte antes que la deshonra. Eso es algo muy vikingo ¡estoy impresionado!

Respiré profundo y miré nuevamente aquel rostro. Lo despreciaba, pero aun así estaba sorprendida de que aquel salvaje hubiera entendido mis intenciones mejor que nadie. Aquel descubrimiento encendió mi euforia, y deseé golpear ese rostro. Pero en su lugar, me conformé con escupirlo una vez más.

– ¡No me compares contigo! ¡Eres un animal! –respondí. Él rió de nuevo y se limpió la cara.



–Esa no es manera de tratar a quien te ha salvado la vida. Dos veces. –dijo entre carcajadas.

–A ti no te importa mi vida. Ni la de nadie. Dudo que alguien como tú pueda pensar en alguien más que si mismo. O si puedes pensar en lo absoluto.

–Qué mala eres conmigo –rió de nuevo –No nos hemos presentado. Soy Leif el Aplastacráneos. Estrecharía tu mano, como hacen en tus tierras, pero las tienes atadas.

– ¿Y quién ha hecho eso?

–También soy el capitán de esta embarcación. Y como tal, tienes mi palabra de honor que nadie te pondrá un dedo encima.

Su mirada cristalina lucia sincera, y por algún motivo aquello hizo que mi corazón latiera más rápido. Sentía que algo ardía en mi interior, en aquel momento pensé que era furia.

–Tú no tienes honor –respondí entre dientes.

–Por el contrario, querida. Sí lo tengo. –asintió, y por primera vez sentí algo de amargura en su voz. Una parte de mí se estremeció de miedo, pero permanecí estoica –Como ya te he dicho antes, si tú cooperas conmigo, yo lo haré contigo. No estarás prisionera mucho tiempo, en cuanto tu querido novio pague el rescate serás libre. Y no tendrás que ver más mi cara fea. Mientras tanto, no hagas idioteces como tratar de escapar, o suicidarte. Si te preocupa tu virginidad, me encargaré de que nadie te toque.

–Por supuesto. Si no soy virgen, valgo menos –refunfuñé –Un bien usado.

–Son las reglas de tu pueblo, no las mías – respondió antes de ponerse de pie.  
Me dirigió una última mirada antes de dejarme sola en la oscuridad.

## Capítulo cuatro

Eventualmente, me quedé dormida. Intenté mantenerme en guardia pero mis ojos se cerraban solos, y el suave vaivén del barco me arrullaba. Finalmente perdí la batalla contra el sueño; tal vez una parte de mi mente estaba segura de que nadie me lastimaría y por eso pude relajarme. Cuando lo hice dormí por horas y horas. En mis sueños, no estaba a bordo del barco vikingo sino en el banquete de mi boda. Mi vestido de novias no estaba hecho jirones, el ataque nunca había sucedido y Robert Clemens estaba brindando a mi lado, con su clínica sonrisa en los labios. Mi cerebro sabía que yo no había regresado a casa, que estaba soñando, y aun así, lamenté estar de nuevo en tierra firme. Extrañamente, me sentía más segura en el barco que junto a mi prometido. Un grito silencioso se propagaba dentro de mí conforme pasaban las horas y llegaba la noche. Una vez en nuestro dormitorio, Robert Clemens me desnudaba por completo. Mi mente me gritaba que despierte, pero no podía hacerlo. Sin embrago, cuando me encontré desnuda y tendida en nuestra cama, no era Robert quien acechaba entre mis piernas, sino el líder vikingo. Leif el Aplastacráneos, sosteniendo mis muslos entre sus manos con fuerza y suavidad al mismo tiempo. Y sonriéndome.

Aquella sonrisa hizo que me despertada con una fuerte sacudida. Tardé unos largos instantes en regresar a la realidad y darme cuenta en dónde estaba. Con el aliento entrecortado poco a poco fui recordando el ataque, el secuestro, y mi conversación con mi captor ¡desgraciado! ¿Qué derecho tenía a invadir mis sueños de aquella manera? Y al mismo tiempo, me di cuenta que mi cuerpo había reaccionado de manera inusual a aquella pesadilla; estaba cubierta de sudor y a la vez, una abundante humedad pegajosa impregnaba mis muslos. No tuve tiempo de pensar mucho en ello; oí unos pasos descender por la escalera y me incorporé, aun con las manos atadas detrás de mi espalda.

–Buenos días – me saludó Leif mientras se acercaba hacia mí –O debería decir *Buenas noches*; has dormido toda la noche y todo el día ¿ha descansado bien, miladi?

Llevaba una capa de gruesa lana verde alrededor de sus hombros, y su cabello estaba peinado en una trenza. Llevaba su espada colgada al cinto pero su postura parecía pacífica y amistosa. Yo veía su rostro y recordaba mi sueño, lo que hizo que mis mejillas se tornaran rojas.

– ¿Qué quieres? –musité, me negaba a confiar en aquel hombre.

–Imaginé que estarías hambrienta. Vine a buscarte más temprano, pero lucías tan hermosa durmiendo que no quise despertarte.

Mi corazón comenzó a golpear fuerte contra mis costillas, y yo solo podía pensar en estrangular a aquel hombre.

– ¿Qué quieres? –pregunté.

Él se arrodilló en el suelo y pude ver mejor su rostro; la luz de luna se filtraba por una de las rendijas del barco y modelaba los rasgos masculinos de su cara. Su barba parecía una hoguera al rojo vivo. Un extraño cosquilleo se apoderó de mí, y maldije a mi propia mente por los sueños que me había dado.

–Necesitas comer. –me dijo con voz calma, y hasta casi reconfortante.

–Estoy bien –protesté. Pero el salvaje tenía razón; mi estómago rugía y me sentía bastante débil a pesar de haber descansado.

–Si pretendes matarte de hambre, no voy a permitirlo –sentenció, y desenvainó su espada. No me asusté –Si corto tus ataduras ¿prometes comportarte?

Asentí. Tenía demasiada hambre para seguir peleando. Y por más que odiara admitirlo, el salvaje tenía razón. Mi mejor opción en aquel momento era cooperar para sobrevivir.

Él también asintió y se acercó a mi espalda para cortar las sogas con un movimiento rápido y limpio.

–Con mi filo tan cerca de tu piel ¿no tienes miedo? –Preguntó con una sonrisa  
–Ni siquiera te has movido.

No supe cómo responder.

– ¿Puede ser que tal vez confíes en mí? –preguntó Leif deleitad mientras guardaba su arma.

–Jamás confiaré en ti – respondí. Intenté ponerme de pie pero mis piernas estaban débiles y tropecé. El me cogió entre sus brazos, evitando mi caída. Me estremecí en forma inusual; su cuerpo era fuerte y emanaba calor. Debí separarme de él al instante pero una parte de mí se negaba a separarse de su abrazo. Recordé el sueño y mis palpitaciones aumentaron especialmente en mis orejas y entre mis piernas, No llegaba a comprender del todo aquella sensación nueva. Alcé la vista y cuando encontré sus ojos, mirándome de la misma manera que en mi sueño, me eché hacia atrás en forma violenta.

–Está invitada a cenar conmigo, miladi –dijo él, haciendo una reverencia chistosa.

–No pienso comer junto a los animales de tus hombres. –respondí, aun orgullosa a pesar del hambre.

– ¿Y quién ha dicho eso? ¡Por supuesto! No expondría a una mujer tan hermosa a esos lobos hambrientos. – Dijo con una de esas sonrisas plagadas de auto confianza –la invitación es a cenar a solas conmigo. En mi camarote.

Sentí un escalofrío recorriendo mi espina, y mi corazón se aceleró más todavía. Él me sonrió una vez más, como si fuera capaz de leer mis pensamientos.

–Tranquila, no voy a follarte –sacudió la cabeza. Y oírlo decir aquella obscenidad me provocó palpitaciones – ¿Recuerdas? Te necesito intacta para cobrar el rescate.

–Muy bien –asentí de nuevo –Si no puedo confiar en tu honor, al menos puedo confiar en tu codicia.

–Entonces yo tenía razón antes; sí confías en mí – su sonrisa se hizo más amplia.

– ¡No he dicho eso!

–Basta de discutir. Estoy hambriento y tú debes estarlo más.

Tenía razón, así que desistí. Momentáneamente. Dejé que abrigara mi cuerpo con su capa de lana, la cual depositó alrededor de mis hombros con inusual caballerosidad. Lo odiaba, pero aquello me reconfortó. Pero cuando tuve aquella prenda abrigándome, el aroma de su piel invadió mis sentidos. Era algo salvaje, primitivo, pero también pleno de un calor y una masculinidad

embriagantes. Una mezcla de sudor con madera y cuero. No dije nada, pero mi corazón comenzó a acelerarse. No subimos a la cubierta. En su lugar, él me guió hacia un pequeño camarote en lo que yo calculé era la popa de la embarcación. Me sorprendía lo compleja y bien construida que estaba aquella nave; siempre asumí que los vikingos utilizaban rudimentarios barcoluengos, pero el tamaño y la tecnología de aquella construcción no tenía nada que envidiarles a las nuestras. Hasta me atrevería a decir que las superaba con creces.

Entramos a una pequeña sala que servía de camarote personal del capitán. Allí dentro había una calidez que invitaba a quedarse; iluminada por antorchas en las paredes y algunas velas sobre la mesa de madera, donde había carne y bebida en abundancia. De tan solo oler el aroma a cerdo y salsa agridulce se me hizo agua la boca. No había comido en casi dos días, y mi estómago hizo un sonido humillante para recordármelo. Leif me miró y sonrió:

– No voy a ofenderme porque tu estomago haga ruido. –dijo, y movió una de las sillas para invitarme a sentar, como lo haría un caballero de tierra firme. Aunque también parecía que se estaba burlando de ellos – No sientas vergüenza de tus apetitos. Son normales

No pude evitar percibir un doble sentido en esa última frase. Aquellas palabras tenían un dejo obsceno al recordar mi sueño con él. Pero no dije nada, solo tomé asiento.

Me despojé de la capa alrededor de mis hombros; la sal estaba lo suficientemente cálida. Contemplé el festín frente a mis ojos. O por lo menos así lo sentía yo después de días sin probar bocado. Mis ojos se deleitaron en la carne de cerdo asada que esperaba en el centro de la mesa, servida de una manera bastante descuidada. A su lado había una jarra de algo que parecía ser cerveza, pero me llamó la atención la ausencia de copas y vasos. Pronto comprendí la causa, Leif cogió la jarra de espumosa bebida dorada y la sirvió en un cuerno de vaca hueco. Una vez lleno me lo entregó, y se dispuso a llenar otro cuerno para él. Mientras estaba distraído, yo cogí un cuchillo de la

mesa y lo escondí en el escote de mi vestido. Fui lo suficientemente rápida para que él no lo notara, y mi corazón quedo acelerado por tal proeza.

– ¿Un brindis? –me dijo mientras alzaba su cuerno con una gran sonrisa.

–Debes estar loco – suspiré. – ¿Por qué brindaría con mi captor?

– ¿No es lo que la gente civilizada hace? ¿Brindar?

– ¡¿Civilizada?! ¿Te atreves a hablar de civilización cuando te dedicas a saquear?

–Tu gente también saquea. Y mata. Y viola – sacudió la cabeza – ¿Qué tan civilizado es tu novio, el que compra mujeres y espera que ningún otro hombre las haya tocado antes?

– ¡Él no me ha comprado! –protesté. Aunque una parte de mi mente estaba de acuerdo con aquel salvaje.

–Esa es una manera de ver las cosas – suspiró, aun sosteniendo su cuerno rebosante de espuma –Pero bueno, nosotros usualmente hacemos tres brindis; uno por nuestros dioses, otro por nuestros ancestros, y el último en cual pedimos un deseo. Tú no veneras a mis dioses y en la tierra firme poco les importan sus ancestros, así que solo hagamos uno ¿de acuerdo? Y pidamos un deseo.

–De acuerdo. Pero solo porque estoy apurada y quiero comer –refunfuñé. Él sonrió todavía más. –Mi deseo es regresar pronto a tierra firme ¡Y que ninguno de ustedes me toque!



–Yo también deseo eso ¡Y ganar mucho oro con tu rescate!

Ambos alzamos los cuernos y bebimos. Él lo hizo con voracidad animal, dejando que la espuma blanca chorreara por su barba y pecho. Yo, en el momento que saboree aquella bebida, descubrí que no era cerveza. Era un sabor desconocido e instintivamente alejé mi boca del cuerno.

– ¡Bebe! ¡Es aguamiel! –Me dijo él, entusiasmado – ¡Es la bebida de los dioses!

No se por qué le hice caso. La cerveza nunca había sido de mi agrado, pero aquella bebida era dulce como la miel que llevaba en su nombre.

–Despacio, bebe despacio. Te va a hacer mal con el estómago vacío –dijo Leif mientras alejaba el cuerno de mi boca.

– ¡No soy una niña! –protesté. Pero un leve mareo me anunció que él tenía razón; debía comer. Y pronto.

–No. No lo eres. Eres una mujer, y una muy hermosa – dijo, guiñándome un ojo y desmenuzando la carne con sus dedos desnudos.

Una vez más, sus palabras tenían algo que iba directo a mi pecho, a un lugar que me hacía arder y me ponía incomoda. Decidí ignorarlo. Cogí un trozo de carne con un tenedor y un cuchillo de la mesa, y recé para mis adentros que él no notara la ausencia del otro cuchillo.

–Debes amar mucho a tu novio para desear regresar a él – dijo Leif mientras

masticaba con la boca abierta –Estoy celoso.

–No lo amo. – estallé con sinceridad. Y Leif preguntó a continuación lo que yo me estaba preguntando dentro de mi mente:

–Entonces ¿por qué te casa con ese tipo?

Suspiré antes de responder.

–Mis padres lo han decidido. Tú nunca podrías entenderlo-

–Tienes razón; no lo entiendo. –Sacudió la cabeza – ¿Y tú que quieres?

–No importa lo que yo quiera. – respondí con amargura.

–Yo creo que importa mucho –acercó su rostro al mío. Esos ojos azules eran peligrosos – ¿Realmente quieres que se cumpla tu deseo y volver con tu novio a tierra firme?

– ¡Prefiero cualquier cosa antes que estar aquí con un asesino como tú!

– ¿La gente en tierra firme no asesina? ¿Tus reyes y nobles no conquistas y someten pueblos *primitivos* como el mío?

– ¡Te vi asesinar a Lord Clemens!

–Sí, y él asesinó a mi padre años atrás. –Suspiró y bebió de su cuerno – Después de eso, yo me convertí en el capitán de esta embarcación. Así como tu novio ahora es el líder de su clan. Tal vez él quiera venganza. No me

importa. Solo quiero que pague el rescate. Ya le hemos enviado un mensaje.

Terminé de masticar mi comida despacio. No quería admitir lo deliciosa que estaba, o que muchos argumentos de Leif tenían algo de lógica. Observé su rostro; con el cabello corto y la cara afeitada no resultaría tan desagradable. Aunque al mismo tiempo, el cabello pelirrojo revuelto y la espesa barba trenzada le daban un aspecto particular, inolvidable. Mitad hombre, mitad animal, lleno de magnetismo.

– ¿Sabes lo que creo? –Me dijo –Creo que toda tu vida has estado rodeada de asesinos ¿Qué diferencia hay ahora? mejor te relajas y tratas de pasar este tiempo juntos de la mejor manera posible.

–Jamás estaré cómoda contigo –dije, y apuré mi cuerno de un solo trago. Esa aguamiel realmente era deliciosa – ¿Qué clase de nombre es Leif Aplastacráneos? ¿Tu padre no te ha dado apellido acaso?

– ¿Y qué clase de nombre es Sigrid Thorne? –Respondió –Te diré ¡es un nombre vikingo!

– ¡Estás loco! –le acusé. Sentí como la sangre subía por mi rostro y mi corazón se aceleraba ¡Odiaba tanto a aquel hombre!

–Sí, pero además tengo razón. Sigrid es un nombre común entre nuestras chicas. Y cuando oí el apellido Thorne me puse a investigar entre mi tripulación; en los tiempos de mi bisabuelo había un Thorne entre nosotros. Era un guerrero brutal, amante del mar, las aventuras y el saqueo. Pero se enamoró de una mujer de tierra firme y abandonó el mar. Nos traicionó y se traicionó a sí mismo. Abandonó la vida del saqueo y se estableció en tu país. Se dedicó a la agricultura y les juró lealtad a los señores de tierra firme.

– ¿Por qué me estás contando todo esto? –susurré, furibunda, y me llevé la mano al pecho en forma casual, tanteando el cuchillo bajo mis ropas.

–No es nada nuevo para ti ¡vamos! Tu familia es noble pero tampoco tiene mucha jerarquía. Y tanto tus abuelos como tus padres están desesperados por borrar el pasado salvaje y saqueador de sus ancestros. Por eso te han venido como mercancía a ese señorito idiota, por jerarquía.

–Es cierto –dije entre dientes. El origen de mi familia no era ningún secreto, incluso había sido motivo de burlas cuando yo era niña –Mis padres siempre han deseado el ascenso social de nuestra familia ¿qué tiene de malo eso?

–Tus padres no quieren ascender, quieren negar lo que realmente son. Pero no puedes vivir una mentira para siempre –sonrió como un demonio –Si llevas el mar en la sangre, no puedes abandonarlo de la noche a la mañana. Y tú lo sabes.

– ¿Qué es lo que yo sé?

–No eres una damita sumisa de tierra firme. Llevas el salvajismo del mar en tu sangre, en tu cuerpo. Te he visto contemplar el océano, instantes antes de que intentaras ahogarte en él. Allí perteneces y lo sabes. Te he visto luchar y blandir un cuchillo, estas dispuesta morir por honor ¿Acaso eres ciega? ¡Eres una mujer vikinga!

Sentí algo que no había sentido nunca en mi vida. Un fuego ardía en el interior de mi cuerpo, consumiéndome por completo. Ardía como a rabia o la furia, pero era diferente. Hasta podía decir que era una sensación agradable. Eran placenteros los latidos que nacían entre mis piernas e irradiaban hasta mi pecho y mi garganta. Mi cara ardía cuando contemplaba la suya, con esa expresión tan burlona. Solo podía verlo a él, mientras mi corazón amenazaba

con explotar y me costaba respirar. Sentía que iba a explotar, necesitaba algo pero no estaba segura qué. Mi impulso fue coger el cuchillo y arremeter contra él. Poseída por esa inusual rabia, mi ataque fue torpe. Leif me esquivó y sujetó mi muñeca con fuerza, obligándome a soltar el cuchillo. Cuando oí el metal chocar contra el suelo, lancé un chillido de impotencia. Nunca me había sentido tan furiosa, y ver su sonrisa triunfante solo hacía crecer el fuego. No me estaba consumiendo.

– ¿Qué vas a hacer? ¿Matarme? –rió él mientras sujetaba mi muñeca. Le lancé un puñetazo, pero él lo esquivó. Estaba sujetando mis dos muñecas entre sus fuertes manos. Yo luchaba por zafarme, pero su fuerza era impresionante.

– ¡Te odio! ¡¡Salvaje! –aullaba yo entre lágrimas de rabia.

–Tu eres bastante salvaje también, Sigrid. Me gustan las mujeres así. – murmuró con una voz que retumbó entre mis piernas.

Era la primera vez que lo oía pronunciar mi nombre, y era indescriptible como sonaba saliendo de sus labios. Sentí que explotaba, y me precipité hacia adelante para atacarlo. Una vez más, él me detuvo. Se puso de pie y me alzó en sus brazos. A pesar de que yo luchaba y pataleaba, él dio unos pasos y me dejó caer. Mi cuerpo aterrizó en una superficie blanda, y pronto me di cuenta que estaba sobre una improvisada cama en un rincón del camarote. Me desperté. Quise zafarme de sus manos pero era imposible.

– ¡Tranquila! –Gritó –Sabes muy bien que no voy a follarte...aunque quiera.

Me quedé inmóvil al oír esas palabras. Él también quedó petrificado, como si aquella última frase hubiera escapado de su boca y se avergonzaba de haberla pronunciado. Su expresión perdió toda autoconfianza y se tiñó de una vulnerabilidad que jamás esperé ver en un vikingo. Y por mi parte, mi mente

había quedado en blanco, solo podía perderme en las extrañas reacciones de mi cuerpo. Mi corazón latía tan fuerte que hasta pensé que podía oírlo, y mi pecho dolía. También dolían esas inusuales palpitaciones entre mis piernas, esos latidos que me torturaban y me decían que debía hacer algo para calmarlos, pero ignoraba qué.

Leif cogió una soga y ató mis manos por encima de mi cabeza, a uno de los soportes de la pared donde ardían las antorchas. Mi espalda permanecía descansando sobre el colchón de su cama.

–Tengo que hacer esto –dijo él mientras ajustaba el nudo que inmovilizaba mis manos –De lo contrario *me destriparás como a un pescado* ¿no es así? Eso dijiste cuando nos conocimos por primera vez. Y no tengo duda alguna que lo harías.

Volvió a sonreír, y acarició mi frente con sus dedos. La caricia fue suave, pero hizo arder mi furia.

–Hasta que aprendas a comportarte, estarás atada aquí. –sentenció antes de dejarme sola en su camarote.

## Capítulo cinco

Durante las horas y días siguientes, no supe mucho de Leif. Yo permanecía atada en su cama, con mi cabeza dando vueltas y vueltas. No lograba comprender lo que aquel hombre pelirrojo me provocaba; solo podía experimentar esas horribles punzadas que no me dejaban en paz cada vez que pensaba en su cara o en su sonrisa. O en el calor de su cuerpo. Estar inmovilizada, presa de aquellos latidos entre mis piernas era el peor castigo.

Pero también, en aquellas horas solitarias, no podía dejar de darle la razón al vikingo. Mi prometido era casi (o más) salvaje que él ¡y odiaba aún más a mi captor por tener razón!

La puerta se abrió con un crujido y lo vi entrar. Cargaba un tazón de sopa humeante en sus manos.

–Buenos días, miladi ¿ha dormido bien?

–Vete a la mierda. –respondí.

–Esos modales...típicos de una mujer vikinga – dijo con una sonrisa mientras cerraba la puerta con suavidad. –Te he traído comida ¿y así me tratas?

– ¿Pretendes que sea educada cuando me tienes atada a tu cama?

– ¿Por qué no? Muchas mujeres han sido muy felices atadas a mi cama – respondió, y yo no terminé de comprender del todo a que se refería. Cuando lo entendí, mi entrepierna estaba húmeda una vez más. Él tomó asiento a mi lado

–Imaginé que aquí estarías mejor que en la fría y oscura despensa. En una cama, abrigada, a salvo de mi tripulación.

–No estoy a salvo de ti –dije.

–Ya te he dicho que no voy a follarte. A diferencia de tu novio en tierra firme, a quien le importa una mierda lo que tú desees.

–A ti tampoco te importa. Solo quieres sacar un buen precio por mí.

– ¿Acaso ambas cosas son excluyentes? Si, espero una jugosa recompensa por ti, pero también quiero que tu estada aquí sea placentera –sonrió de nuevo, y revolvió la sopa con la cuchara. Luego acercó una cucharada a mi boca – Di *AAhhh*.

– ¡No vas a alimentarme como una niña!–protesté.

– ¡Y yo no voy a hacer en esa trampa de nuevo! Si te desato, me atacarás.

– ¿Acaso el gran líder vikingo le teme a una muchacha desarmada? –le respondí, imitando sus modos burlones. Él parecía encantado por ello.

– ¡Por supuesto! tengo a una valquiria, descendiente de los Thorne en mi cama. El sueño dorado de muchos, pero eres peligrosa, Sigrid –me dijo en tono ¿seductor? era la primera vez que un hombre se dirigía a mí de esa manera, y a pesar de todo, me reí.

No sé por qué reaccioné así ante el hombre que me tenía cautiva. Tal vez porque, aunque yo estaba inmovilizada, percibía que yo tenía algún tipo de poder extraño sobre él. Y también, porque las punzadas entre mis piernas se



habían agudizado con ese intercambio, y eran bastante placenteras a pesar de la frustración que me provocaban.

–Debo estar loco por confiar en ti –Leif sacudió la cabeza –Pero voy a desatarte así comes ¿de acuerdo? Luego volveré a sujetarte.

Asentí con la cabeza. Él me imitó y desató los nudos con una de sus manos. Mis brazos cayeron inertes encima de mi pecho y yo me senté en la cama.

–Tus brazos deben estar entumecidos –dijo Leif. Depositó el tazón con sopa a un lado y tomó mis manos entre las suyas. Yo sentí que mi corazón daba un vuelco. Comenzó a masajearme los brazos lentamente, haciendo que recuperaran la sensibilidad. Tal vez debí resistirme, pero aquella extraña muestra de ternura me hipnotizaba. Miré sus ojos, fijos en mi piel mientras la acariciaba.

–Hasta casi pareces un ser humano –suspiré –De no ser porque eres tú quien me ha secuestrado.

–No lo tomes en forma personal – soltó mis manos y él entregó el tazón de sopa y una cuchara –Pronto tu novio pagará y será él quien te ate a la cama ¿Pensarás en mí en ese entonces?

Una vez más, sonrió en forma amplia y confiada. Yo solté una carcajada.

– ¿Ves? Te hago reír y aun así quieres volver con tu señorito de tierra firme.

–No quiero volver con Robert –dije antes de beber la primera cucharada de sopa. Estaba deliciosa –Solo quiero ser libre.

–No lo serás a su lado –sentenció con una sinceridad que se hundió en mi pecho.

–Tampoco lo seré aquí ¿no es cierto?

–Tus antepasados eran libres, Sigrid. Antes de vender su alma y olvidar a los viejos dioses. Tú podrías serlo también.

– ¡Ja! ¿El hombre que me secuestró y me tiene atada a su cama me promete libertad? Qué ironía....aunque no pretendo que tú sepas lo que significa esa palabra.

–Claro. Nosotros no somos inteligentes ¿no es cierto? Apenas unos brutos asesinos, a diferencia de ustedes que compran y venden a sus mujeres, y les ordenan con quien y cuando follar. Has pasado tres días aquí y nadie te ha forzado ¿podrías decir lo mismo en el castillo de tu novio?

– ¡Tú vives del saqueo! ¡De asesinar y robar inocentes!

– ¡Los nobles también! ¿Acaso ellos cosechan su propia comida? ¿Crían sus propios animales, construyen sus propias casas? ¡Claro que no! ¡Viven de la sangre y la muerte de los campesinos! –Su rostro se tiñó de rojo – ¡No son más que ladrones! ¡Con sus ropajes finos y sus voces nasales! Nosotros... simplemente les robamos a los ladrones.

Una sonrisa se curvó en sus labios, enmarcados por la barba roja. Yo no dije nada, simplemente terminé mi sopa en silencio. Pero sentía su mirada sobre mi cara, mi cuello, mis pechos. Mi corazón empezó a latir con furia una vez más, y mis dedos temblaban suavemente al llevar la cuchara a mi boca ¿Qué me

estaba ocurriendo? ¿Por qué me ponía así en su presencia? Y para hacer las cosas peores, cuando mis ojos se entrelazaron con su mirada, las palpitaciones entre mis piernas comenzaron a torturarme. No comprendía del todo aquella sensación, ni tampoco sabía qué hacer al respecto. Evité su mirada y dirigí mis ojos nuevamente al plato de sopa. De pronto, sentí un calor agobiante en todo mi cuerpo. Era insoportable. Una energía desbordante y molesta crecía dentro de mí, creí que iba a volverme loca. Los latidos entre mis piernas retumbaban en mis orejas y en mi pecho. No sabía qué hacer con aquel exceso de energía, así que decidí aprovechar que él parecía estar con la guardia baja. Me abalancé contra su cuerpo, el plato casi vacío de sopa rodó por el suelo. Mis manos fueron a su cuello pero él logró sujetarme de las muñecas. Sin embargo, mi ataque lo cogió desprevenido y no pudo contra el peso de mi cuerpo; cayó de espaldas al suelo y yo encima de él. Intenté inmovilizarlo rodeando su cuerpo con mis muslos, y mis manos buscaban estrangularlo. Comenzamos a forcejear y yo creí que mi corazón iba a estallar. Leif enredaba sus manos con las mías, esquivando mis golpes e intentando inmovilizarme las muñecas, pero yo no me iba a rendir tan fácilmente. De pronto, moví mis caderas en medio de la lucha y sentí algo extraño entre mis piernas. Me quedé inmóvil y despedí un suspiro quedo ¿Qué mierda estaba ocurriendo? Noté que mis muslos estaban empapados, y había algo extraño, allí entre mis piernas. No me pertenecía a mí, aunque estaba presionado contra mi cuerpo de tal manera que no se podía determinar donde terminaba mi cuerpo y comenzaba el de Leif. De pronto, comprendí. Era su erección, dura como roca, la que estaba presionando contra la parte más sensible de mi cuerpo. Y mis latidos aumentaron, y se sentía mil veces más intensos y enloquecedores al presionar contra su dureza. Él también se quedó inmóvil; sonriendo debajo de mí. Odiaba aquella sonrisa, quería golpearlo, quería escupirlo. Pero esas palpitaciones me debilitaban.

– ¿Qué pasa, princesita? –Susurró debajo de mí, y su voz era un susurro ronco que acrecentaba mis palpitaciones –Siento lo húmeda que estás... ¿quieres que te folle?

Aquella palabra llenó de miedo mi cabeza, pero también hizo que las punzadas aumentaran, hasta tornarse insoportables. Como si mi cuerpo tuviera una

respuesta completamente diferente a la mía.

–Si lo haces...–susurró con el aliento entrecortado –...no podrás cobrar tu recompensa ¿recuerdas?

Cuando lo vi sonreír, entendí lo estúpida que había sido mi respuesta. Con un movimiento veloz e inesperado, Leif se incorporó. Envolvió mi cintura en sus brazos y me arrojó de espaldas sobre su cama. Yo lancé un grito. Tenía miedo, y a la vez, no tenía miedo. Él se inclinó encima de mí, rodeándome con sus brazos.

–Tendría que tener hielo en la sangre para que en un momento así me importe más el dinero –susurró a escasos milímetros de mi cara. Su aliento caliente acarició mis labios, así como la punta de su nariz rozó la mía.

Tal vez me había vuelto loca, pero aquellas palabras se sintieron placenteras. Incluso en la frustración, en ese calor y punzadas insoportables, había un dejo de placer innegable. No sentía temor de aquel salvaje aprisionándome con sus fuertes brazos, tampoco le tenía miedo a ese miembro impresionante que se alzaba furioso entre sus piernas. Me quedé petrificada contra su cama, ni siquiera moví mis brazos para luchar o resistirme. Solo me hundí en esa mirada del mismo color del mar.

–Aunque...–volvió a susurrar con su voz grave, y acercó sus labios a los míos hasta que estuvo a punto de saborearlos –Tienes razón; no puedo perder ese dinero.

Sentí un leve mareo; no comprendí lo que estaba ocurriendo. Vi que Leif se alejó de mí y se puso de pie. La ausencia de su cercanía, y del calor de su cuerpo me resultó frustrante y dolorosa.

– ¡Desgraciado! ¡¿Te estás burlando de mí?! ¡¿Quién mierda te crees que eres?! ¡Salvaje! –le espeté furiosa. Realmente creí que la rabia iba a asesinarme. Cogí el impulso para levantarme de la cama y atacarlo de nuevo, pero él volvió a abalanzarse sobre mí. Esta vez con una soga entre sus dedos. Aprovechándose de la torpeza que me producía la furia, él volvió a inmovilizarme sin mucho esfuerzo. Alzó mis brazos por encima de mi cabeza y ató mis muñecas juntas al poste de la pared de donde colgaba la antorcha.

– ¿Ves? Si no te comportas tengo que atarte de nuevo –refunfuñó una vez que yo estaba atada a su cama.

Yo estaba pataleando y aullando, pero me detuve al ver que se estaba quitando la ropa. Me sorprendió la visión de su pecho desnudo; con una abundante mata de vello entre sus pectorales firmes. Eran tan rojos como su cabello y su barba. Había varias cicatrices atravesando la piel de sus brazos y estómago; algunas eran superficiales, otras no tanto pero estaban en el proceso de sanarse. Debajo de su ombligo nacía un camino de vello rojizo que guiaba hacia su entrepierna, pero que era interrumpido por la línea de sus pantalones. Pude notar que todavía estaba duro debajo de ellos, aunque no tanto como antes. Cuando sus dedos aflojaron su cinturón y se quitó los pantalones, sentí verdadero pánico, pero también una excitación completamente nueva. Sin embargo, una vez que se despojó de sus botas y pantalones llevaba un paño de lino que servía de rudimentaria ropa interior. La tela era clara, por lo cual se traslucía con lujo de detalle el miembro que se alzaba debajo, y el vello rojo que lo coronaba.

– ¿Qué haces? –musité.

– ¡Es mi cama! –Protestó – ¡No voy a pasar otra noche durmiendo en el suelo por tu culpa!

Se acostó a mi lado, y yo perdí todas mis fuerzas. Estaba temblando a su lado,

mi entrepierna continuaba húmeda y palpitaba casi tan fuerte como mi corazón. Me sentí indefensa, incapaz de pelear. Pero al mismo tiempo, no sentía miedo. Con las manos todavía atadas por encima de mi cabeza, giré mi cuello hacia él.

–No te hagas ilusiones; no voy a tocarte –me dijo mientras me daba la espalda, tampoco escasa de cicatrices. –Duérmete.

Lo maldije, pero él me ignoró. Instantes después, estaba roncando. Respiré hondo; y cerré mis ojos. Por lo menos estaba en una recámara cálida y sobre un colchón suave, con el estómago lleno. Y sin el peligro de que algún miembro de la tripulación se hiciera el listo conmigo. Sí, confiaba en Leif. Confiaba en su palabra de que no me podría un dedo encima.

Y por algún motivo aquello me molestaba.

Me sentía como una idiota; una niña caprichosa ¡En lugar de sentirme aliviado, me sentía furiosa y frustrada! ¿Y por qué? No terminaba de comprenderlo, así como tampoco entendía las reacciones de mi cuerpo que me torturaban.

Decidí relajarme e intentar dormir. Con suerte, pronto regresaría casa y todo aquello sería un mal recuerdo. Aunque la idea de volver a mi país no me hacía sentir mejor. Me rendí al sueño, pero aun así, mi mente no iba a darme un descanso. Volvía revivir mi boda, y ver de nuevo la cara de Robert Clemens me produjo un profundo asco. Lo odiaba tanto, pero no podía escapar. Sabía que estaba soñando, pero aun así una horrible desesperación se apoderó de mí la desesperación por detener la boda, detener el tiempo, impedir que me llevara a nuestra recámara nupcial. El desprecio que me provocaba esa sonrisa, esas manos, esa voz, se sentía tan vívido que me costaba creer que estaba soñando. Incluso la idea de saber que en realidad estaba en un barco vikingo a kilómetros de distancia me tranquilizaba.

Pero no había manera de detener el sueño, el festín de bodas llegaba a su fin y mi prometido me cogía de la mano y me llevaba a nuestro dormitorio. Me quitaba la ropa en contra de mi voluntad y yo no podía hacer nada para impedirlo. Una vez desnuda, me tumbé de espaldas en nuestra cama y fijé la vista en el techo, luchando contra las lágrimas en mis ojos., mi mente se forzaba por despertarme, pero yo continuaba soñando.

Sentí dos manos callosas separando mis muslos con delicadeza, y un escalofrío me recorrió. Oí una voz susurrando entre mis piernas.

–Tendría que tener hielo en la sangre para que en un momento así me importe más el dinero.

Esa no era la voz de Robert. Alcé el cuello y encontré a Leif, arrodillado entre mis piernas, sosteniendo mis muslos con ambas manos. Estaba desnudo, y su miembro se alzaba duro y enrojecido. Casi tan rojo como la piel de sus mejillas y pecho, que hacían juego con su cabello revuelto. Me sonreía como una bestia al acecho, y yo solo podía ver esos ojos azules, tan azules como el mar que rugía afuera. El asco que yo sentía fue rápidamente reemplazado por un hambre voraz; mi entrepierna comenzó a palpar tan duro como mi corazón, y la humedad se esparcía fuera de mí, clamando por algo que recién empezaba a comprender.

Leif se abalanzó sobre mi cuerpo; sujetó mi rostro con su mano derecha y me besó. El beso se sintió eléctrico, encendiendo hasta el último rincón de mi piel. Morid y saboreé sus labios mientras su barba roja me cosquilleaba, sentía su pecho velludo y firme presionar contra mis senos, y su polla buscando el camino hacia mi interior. Enredé mis manos en su cabello y lo besé todavía más fuerte; aquello era tan placentero que apenas podía tolerarlo. Una parte de mi mente sabía que eso era un sueño, pero quería disfrutarlo al máximo, quería perderme en cada sensación. Hasta que en un punto olvidé que

se trataba de un sueño, solo podía sentir sus manos apretujando mis senos y haciéndome gritar, y la punta de su miembro palpitando, palpitando...

– ¡Oye! ¡Despierta! ¿Qué te ocurre? –la verdadera voz de Leif me despertó. Confundida, abrí mis ojos. La cabeza me daba vueltas y me sentía afiebrada; tardé unos largos minutos en regresar a la realidad y darme cuenta que había tenido un sueño obsceno con mi captor.

– ¿Te sientes bien? –me volvió a preguntar, tendido a mi lado en la cama, sus ojos lucían somnolientos, pero su expresión lucía preocupada.

–Sí, solo...tuve una pesadilla –respondí con el aliento entrecortado. Mis manos permanecían atadas al poste que pendía sobre la cama, y mis brazos se habían entumecido por estar en la misma posición durante mucho tiempo. Pero toda mi piel ardía, encendida por mi sueño. Una fina capa de sudor cubría toda mi carne, y mi entrepierna no dejaba de palpar. Mierda, los latidos eran tan fuertes que dolían. Solo ansiaba apagarlos, aliviarme...pero no tenía idea cómo.

– ¿Pesadilla? –Leif sonrió de costado, y mis punzadas aumentaron. –Eres una mentirosa. Yo creo que has tenido un sueño muy agradable.

Me sentí acorralada, solo tragué saliva y le dirigí una mirada asesina. Los latidos me torturaban tanto que no tenía fuerzas para discutir. Y ver sus ojos solo me hacía sentirme peor.

–No seas ridículo – respondí, exaltada – ¿No te das cuenta que estoy enferma? tengo fiebre.

Él se acercó todavía más y presionó sus dedos contra mi frente en modo gentil.



La cercanía de su pecho desnudo a mi rostro me iba a enloquecer; su piel emanaba un aroma masculino e irresistible.

–No tienes temperatura –sentenció unos instantes más tarde. Sus ojos volvieron a fijarse en los míos –Te he oído ¿Sabes? Has dicho mi nombre en sueños.

–Estás loco –protesté. – ¡te digo que no me siento bien! Mi corazón está acelerado...

–Entiendo muy bien lo que te ocurre...–respondió él con un susurro ronco, esos que empeoraban mis punzadas. Deslizó su mano derecha por debajo de mi falda, y la caricia sobre la cara interna de mi muslo me hizo despedir un quejido. Al oírme, él volvió a mirarme, estudiando mis reacciones, complacido. Supongo que debí haberme resistido; aun con mis manos atadas podría haberlo pateado o esquivado sus caricias. Pero la verdad era que me resultaban placenteras; sus dedos explorando mi pierna avivaban el fuego, pero al mismo tiempo me provocaban una pequeña satisfacción. No quería que se detuviera. Su mano subió y subió hasta que encontró mi ropa interior. Sentí las yemas de sus dedos tanteando entre mis labios húmedos, y cada caricia me daba deseos de gritar.

–No estás enferma; estás caliente ¡Mira lo húmeda que estás! – sentenció Leif. Luego alejó sus dedos de mi entrepierna, se los llevó a la boca y los saboreó. Aquello hizo que me diera vueltas la cabeza.

– ¡Estás loco! – respondí entre jadeos.

–Y tú necesitas una polla. Pero lo siento; no tendrás la mía aunque ruegues, llore o supliques. No voy a sacrificar cobrar el rescate. – me dijo en tono burlón.

– ¡Eres un hijo de puta!

–No soy tan malo. Y para demostrártelo, puedo ayudar a que te alivies –se acercó’ todavía más a mis labios.

– ¿Dé qué estás hablando?

–Pobrecilla, tienes las manos atadas. No puedes usar tus dedos para aliviarte, pero como señal de buena voluntad, yo podría hacerlo por ti. – Su aliento cálido acariciaba mis labios, y recordé cómo Is0o había mordido en mi sueño – ¿Quieres? ¿Quieres que te alivie con mis dedos?

Me quedé paralizada ante su propuesta.

– ¡No me digas que tú nunca lo has hecho! – exclamó, descreído. Ante mi falta de respuesta, insistió –Seguirás siendo virgen, no te preocupes por ello ¿quieres que lo haga o no?

Asentí; el calor me estaba agobiando. Satisfecho, sus ojos destellaron; se mordió el labio inferior mientras su mano volvía a subir por la cara interna de mi muslo. El recorrido de sus dedos me provocó un escalofrió impaciente. Cuando sus dedos llegaron a mi entrepierna húmeda, despedí quejido. El desgraciado sabía justo donde tocarme. Las yemas de sus dedos presionaron sobre el nudo de carne al frente de mi cuerpo, y aun con mi ropa interior sirviendo de barrera, me estremecí de placer. Arquee mi espalda en contar de mi voluntad, con mis manos todavía atadas por encima de mi cabeza. Despedí un suspiro de alivio y Leif rió por lo bajo. Sus dedos comenzaron a acariciar aquella zona, presionando con la suavidad justa, acompañando el ritmo de mis pulsaciones. No podía creer lo bien que se sentía. El fuego en mi interior crecía y crecía, todo mi cuerpo palpitaba y yo cada vez necesitaba más.

–Se siente bien ¿no es cierto? – dijo con una risita mientras movía sus dedos todavía más rápido. Imaginé que si llegaba a hacer directamente sobre mi piel, yo me volvería loca.

Creí que mi corazón iba a explotar, y cuando Leif comenzó a acariciarme en pequeños círculos, rápidos y rítmicos, grité. Nunca había oído sonidos similares escapando de mi garganta, y escucharme a mí misma me excitó. También lo hizo la risita cómplice del vikingo. Miré su rostro, a pesar de que yo no estaba haciendo nada para brindarle placer, parecía extasiado con las reacciones que él despertaba en mí. Sus ojos brillaban y sus dedos se movían todavía más rápido. Yo estaba tan mojada que apenas sentía la ropa interior que nos separaba.

De pronto, sentí que un estremecimiento crecía en mi interior, anunciando algo terrible. Sentí algo de miedo, como si Leif estuviera empujándome a un precipicio. Pensé en decirle que se detenga, pero al mismo tiempo, no deseaba que se detuviera. Sentía que moriría si paraba, pero también sentía que moriría si continuaba. Solo pude gemir unos quejidos inentendibles, y él aceleró. Lancé otro grito mientras el placer me golpeaba; los muslos me temblaban con suavidad mientras todo mi cuerpo se tensionaba. Me mordió el labio fuerte para no gritar, pero cuando sus dedos aumentaron el ritmo, no pude contenerme más. Sentí que algo explotaba en mi interior, y que esa fuerza destructiva se expandía por todo mi cuerpo. Sentía mi piel en llamas y mi cuerpo sacudiéndose. Aullé de placer mientras las sacudidas me obligaban a arquear la espalda.

Luego de ese segundo glorioso, me quedé sin aliento, Todo mi cuerpo se relajó mientras mi corazón seguía latiendo desbocado. Poco a poco comenzaba a calmarse, a reducir sus pulsaciones. El resto de mi cuerpo también parecía calmarse luego de tale explosión. Leif alejó sus dedos de mi cuerpo y volvió a relamérselos.

– ¿Te sientes mejor ahora? –me preguntó en tono burlón.

Yo quería maldecirlo, pero al mismo tiempo quería besarlo. Saborear esos labios como lo había hecho en mi sueño ¿Por qué me pasaba aquello?

–Si –le respondí jadeante. No podía ocultar que estaba avergonzada por lo ocurrido.

– ¡No tengas vergüenza! –rió él. –Es algo normal si nunca has estado con un hombre. No sé por qué a las mujeres de tierra firme no les enseñan sobre el placer.

Suspiré y cerré los ojos mientras mi respiración se normalizaba. Aquello se había sentido increíblemente bien, pero ahora me sentía algo culpable ¿Acaso estaba bien que me hubiera dejado tocar por aquel salvaje? tenía razón en algo; no me había penetrado, así que era correcto suponer que yo seguía siendo virgen ¿o no? Comencé a sentir pánico.

A mi lado, él se había preparado para dormir; solo que esta vez con su cuerpo enfrentándome. Miré su cara, apacible mientras conciliaba el sueño. No parecía un pagano, ni un salvaje, ni un saqueador. Solo un hombre común y corriente, con el cabello del mismo color del fuego. Pero a pesar de tener sus ojos cerrados, estaba despierto, y de laguna manera parecía saber lo que yo estaba pensando.

–No tengas miedo, sigues siendo virgen –me tranquilizó sin abrir los ojos. –Lo que hemos hecho no cuenta como sexo.

–Pues...se ha sentido similar –musité. Él abrió los ojos y sonrió.

–No, el sexo se siente mil veces mejor que eso.

A pesar de que sus caricias me habían saciado, oír aquellas palabras me produjo un débil cosquilleo que amenazaba con avivar el fuego. Mi imaginación se disparó ¿aquello era posible? ¿Realmente había algo capaz de superar el gozo que me había hecho explotar instantes atrás? la curiosidad despertó las punzadas nuevamente, pero Leif cerró sus ojos a mi lado. Miré su rostro dormido y no pude evitar sonreír.

Luego yo me quedé dormida, y tuve el sueño más apacible en meses.

## Capítulo seis

Abrí mis ojos horas más tarde. Por la potente luz que se filtraba entre los huecos de la madera del techo, asumí que era mediodía. Pero aquello no fue lo que me despertó, mis manos continuaban atadas sobre mi cabeza, y Leif continuaba dormido a mi lado. Pero me estaba abrazando con unos de sus fuertes brazos, llenándome con el calor de su piel. Estaba dormido con su rostro cerca de mis pechos, y su cabello rojizo se mezclaba con el mío. Sentir el peso de su cuerpo, el calor de su piel, su aroma de hombre...más los recuerdos de lo que había ocurrido la noche anterior, me desperté con un sobresalto. Sin embargo, no pude hacer más que quedarme quieta, enterada bajo su hipnótico calor, y sintiendo su respiración caliente contra mi pecho. Mis pezones se habían puesto duros, y sobresalían por encima de la tela de mi vestido. Sus labios estaban peligrosamente cerca de ellos, y miles de pensamientos perversos cruzaron mi mente.

Mi entrepierna comenzó a latir nuevamente, de manera urgente, ansiosa por repetir lo de la noche anterior. Necesitaba que sus dedos me alivien nuevamente, que masajeen ese nudo de carne entre mis piernas que me hacía aullar de placer.

–L-Leif...–susurré como una niña. Él se despabiló gentilmente. Al darse cuenta de su postura, sonrió.

–Perdón, miladi. –Dijo mientras se alejaba de mi cuerpo y se desperezaba – No lo he hecho a propósito.

–Estoy segura que no – refunfuñé.

– ¿Tanto te ha molestado? Me parece que no – dijo mientras se incorporaba de la cama. Estiró sus músculos y yo no pude más que admirarlos. A la luz del día, se podía apreciar su fortaleza con lujo de detalle. – ¿Te gusta lo que ves?

–No seas ridículo –protesté. Pude sentir e ardor subiendo por mis mejillas.

– ¿Por qué no? – rió, y regresó a la cama. Cuando lo vi treparse a ella e inclinarse sobre mi cuerpo, sentí otro temblor –A mí me gusta lo que veo.

La punta de su nariz rozaba la mía, y yo me estremecí de nuevo, Mi cuerpo estaba listo para repetir lo de le anoche anterior; de hecho palpitaba clamando por ello. Y mis ojos viraban entre los suyos, y esos labios generosos enmarcados por la barba rojiza. Recordé cómo esos labios probaban mi sabor de sus dedos y las punzadas aumentaron.

Pero Leif se apartó, y se colocó la túnica de lino que cubría su poderoso torso. Luego se colocó los pantalones y el cinturón.

–Lamento no tener tiempo para complacerla de nuevo, miladi. Soy el capitán y tengo tareas. Pero si se porta bien, esta noche la haré feliz de nuevo –dijo mientras se sentaba en la cama y se colocaba las botas.

–Lo que me haría feliz es que me desates – protesté. –apenas siento mis brazos.

Su expresión se tornó seria.

–Tienes razón. Pero si te desato ¿prometes que no me golpearás, ni intentarás apuñalarme, estrangularme o escapar?

Su voz y sus ojos poseían una sinceridad que nunca creí ver en un vikingo. Asentí con la cabeza en respuesta. Él imitó mi movimiento, buscó la daga de su cinto y se mordió el labio antes de acercarla a la soga.

–Verás, la experiencia no ha sido buena conmigo a la hora de confiar en mujeres –me dijo –Pero en este momento, no quiero más que poder confiar en ti.

No podía creer esa faceta tan vulnerable en Leif el Aplastacráneos. Tal vez era cierto que la gente no siempre es lo que pretende ser.

–Tienes mi palabra –le respondí, con la misma cuota de sinceridad que él me había brindado. Era lo justo.

Finalmente, él cortó las cuerdas. Mis brazos cayeron inertes sobre mi pecho. Apenas podía moverlos de lo entumecidos que estaban. Leif guardó su cuchillo y cogió mis manos adormecida entre la suyas. Comenzó a masajearme con dulzura, hasta que recuperaron sensibilidad. Creo que ese gesto aceleró mi corazón incluso más que el orgasmo que había experimentado horas antes.

Él alzó su vista y mis ojos se encontraron con los suyos. Oí el mar rugiendo afuera, y aprecia que se sonido provenía de su mirada. Era tan indómita y bella como el mar.

–Haré que te traigan algo de comer ¿de acuerdo? –me dijo él con voz suave. Yo asentí con la cabeza ¿Por qué de pronto me quedé sin palabras?

Se puso de pie y abandonó la recámara. Al quedar sola, mis pensamientos me agobiaron. La culpa todavía me torturaba, me preguntaba si yo sería digna de



un esposo una vez de regreso a la tierra firme. Por supuesto, nadie podía saber lo que había ocurrido entre Leif y yo. Pero yo no podía dejar de pensar en aquello. Me puse de pie y di unos pasos por el camarote para estirar mis piernas. Me peiné el cabello con los dedos, mientras sentí el leve vaivén de la embarcación bajo mis pies.

Al cabo de un tiempo breve, la puerta del camarote se volvió a abrir. Durante unos breves instantes tuve la esperanza de verlo a Leif de nuevo, pero me decepcioné al encontrar un vikingo de cabello negro y sucio.

*¿Por qué ansiaba tanto verlo de nuevo?*

–Traje comida – dijo el hombre en tono brusco. No hablaba tan bien como Leif, pero pude entenderlo. Aunque debo admitir que su presencia andrajosa me puso en estado de alerta.

–Gracias –respondí, y tomé asiento en la pequeña mesa del camarote donde hacía unos días yo había cenado junto a Leif. Todavía había platos sucios, cuernos vacíos y utensilios desparramados por ella. Mis ojos fueron al cuchillo que yo había usado para intentar atacar a Leif y automáticamente sonreí.

El vikingo dejó caer el plato de comida frente a mí. Por alguna razón, eso me asustó más. Cogí un cuchillo y tenedor y comencé a desmenuzar la carne bajo la atenta mirada del otro. Apeataba.

– ¿La comida no es de su agrado, princesita? –me preguntó con su vozarrón.

–Está bien –respondí, y en llevé un trozo a la boca sin mirarlo a los ojos. Me di cuenta que este vikingo llevaba un hacha de mano colgando del cinto.

También poseía una daga con la punta levemente curvada. No sé por qué, pero sentí miedo. De pronto, sentí sus dedos acariciando un mechón de mi cabello, apartándolo de mi rostro.

–Eres bonita ¿sabes? –me dijo, pegando su aliento en mi oreja. Moví mi cabeza de tal manera que golpeé su rostro. El desgraciado cayó al suelo, aterrizando sorbe su trasero.

– ¡Pedazo de puta! –estalló, y su voz retumbó por todo el camarote. Yo permanecí inmóvil, disfrutando mi comida, pero mi corazón estaba lleno de miedo.

Por alguna razón, deseé que Leif estuviera a mi lado.

El vikingo volvió a arremeter contra mí, y me jaló del cabello con una fuerza que me hizo lagrimear de dolor.

– ¡Calla, puta! Vamos a divertirnos un poco, el capitán no tiene por qué saber de esto – volvió a susurrar en mi oído entre dientes. Le escupí el rostro y él me golpeo. Su puñetazo empujó mi cara contra la mesa. Lo escuché desenvainar la daga y temí por mi vida. Mis ojos fueron una vez más al cuchillo sobre la mesa. Lo cogí con dedos ágiles y proyecté mi brazo para apuñalarlo. No pude ver hacia donde estaba apuntando, pero el grito de dolor de aquella bestia me dijo que había dado en el blanco. Me puse de pie y di unos pasos para atrás; le había clavado el cuchillo en el cuello y él estaba sobre sus rodillas, gritando y maldiciéndome. Pero aquello no fue suficiente; parecía que estaba tomando fuerzas para arremeter de nuevo contra mí.

La puerta se abrió de nuevo con otro golpe y Leif entró, como enviado por mil demonios. Ver su cabello rojo llenó mi corazón de paz. Le tomó solo unos instantes comprender la escena; yo no tuve que dar ninguna explicación para

que él desenvainara su espada.

– ¡Thorvald, pedazo de hijo de puta! –gritó, yo nunca lo había visto tan furioso. El vikingo de cabello negro estaba herido, la sangre chorreaba por su cuello y estaba pálido, pero aun así tuvo fuerzas para enfrentar a Leif. Yo me puse a salvo contra la pared, y otros vikingos entraron al camarote, atraídos por los gritos., Ninguno hizo nada, solo se quedaron inmóviles contemplando la pelea entre Leif y Thorvald.

Leif era de menor altura que Thorvald, el cual parecía un oso negro encolerizado, pero era más veloz peleando. Sin embargo, había algo que perturbaba a Leif, algo que le hacía dudar de sus pasos. No dejaba de mirarme a mí, preguntándome con sus ojos si me encontraba bien.

*No me mires a mi ¡pelea!*, le respondí en mi mente. Pero él estaba demasiado distraído por mi bienestar y Thorvald, aun herido, tomó ventaja. Le dio un puñetazo que le hizo escupir un chorro de sangre, y la espada de Leif voló por los aires. Desarmado, Thorvald lo cogió del cuello.

Miré a los otros vikingos, presa del pánico y la furia.

– ¿No van a hacer nada, inútiles? –les espeté.

–Quien gane, será el nuevo capitán –me dijo uno de ellos en tono apacible.

Aquella respuesta me puso todavía más furiosa. Si nadie iba a hacer nada para impedir aquello, yo lo haría. Aun con las piernas temblando, cogí la daga curva del suelo y me abalancé contra Thorvald. La hundí en su estómago, hasta que incluso mis dedos y la empuñadura estaban ensangrentados. Thorvald escupió sangre y sus ojos se abrieron como platos. Soltó a Leif y este cayó al

piso. Todavía tosiendo, me cogió de los hombros y me apartó del moribundo. Thorvald finalmente se desplomó en un charco de su propia sangre, ante la mirada atónita del resto de la tripulación.

Leif me sostenía entre sus brazos, y cuando sentí sus dedos en mi barbilla, su mirada me tranquilizó. Me preguntó en silencio si yo estaba bien, y le respondí sin decir una palabra. Luego él me soltó y caminó hacia su tripulación.

– ¡¿Quién ha permitido esto?! –rugió, espada en mano – ¡Yo no le dije a Thorvald que le sirviera el desayuno! ¡Te lo ordené a ti, Myrd!

El mencionado dio un paso al frente, los rugidos de Leif parecían amedrentarlo. Y con razón.

– ¡Respóndeme! –Insistió el capitán – ¡Te ordené a ti que le trajeras comida Sigrid! ¡Y fui muy claro al respecto!

-Si...yo...Thorvald me dijo que quería hacerlo él –confesó Myrd, aterrorizado.

–¿¿Qué?! ¡Ya sabes cómo era Thorvald! ¡¿Por qué violaste mis órdenes y dejaste entrar a esa bestia aquí?!

–él quería...ya sabe...divertirse con la chica...y me pagó diez monedas de oro. –el vikingo se encogió de hombros.

Un suspiro de asombro entre la tripulación anunció la cólera de Leif. Este asintió con la cabeza, apretó los dientes, y apretó la empuñadura de la espada entre sus dedos.

–Diez monedas –refunfuñó – ¡Qué poco vale tu vida!

El muchacho comprendió esas palabras antes que yo, y abrió sus ojos sobremanera. Su boca se contorsionó en un grito de terror pero el sonido nunca escapó de su garganta; Leif lo decapitó de un solo golpe de su espada.

Sorpresivamente, yo tampoco grité.

– ¡Que esto les sirva de lección! –rugió Leif. Luego escupió el cadáver –  
Llévenselos de aquí.

Los hombres obedecieron, y pronto en el camarote solo quedamos nosotros dos. Mi vista estaba fija en las manchas de sangre que tenían la madera del suelo. Leif guardó su arma, dio unos pasos hacia mí y acarició mi barbilla con sus dedos ensangrentados. Me obligó con suavidad a mirarlo a los ojos.

– ¿Te encuentras bien? ¿Te ha lastimado?

Yos acudí la cabeza en respuesta.

–Leif...has... ¡has asesinado a dos de tus hombres! –exclamé con un suspiro.

–Y mataría a un ejército entero por ti –declaró con voz queda.

## Capítulo siete

Luego de aquel episodio, el día transcurrió con total normalidad: por lo menos para la tripulación, ellos estaban acostumbrados al derramamiento de sangre y violencia. Pero yo había vomitado un par de veces en el camarote. Al mismo tiempo, no dejaba de repasar en mi mente las palabras de Leif.

*Mataría a un ejército por ti.*

Me pregunté si Robert Clemens alguna vez me diría algo así. Otra parte de mí me advertía que no debía confiar en el hombre que me había secuestrado. Ese mismo hombre que me había salvado de ser violada. Dos veces. Y que a pesar de sus chistes vulgares y su personalidad altanera e insoportable, jamás había abusado de mí. El mismo hombre que me había brindado un placer nuevo e intenso. Y que antes de ello se aseguró de tener mi consentimiento.

Un muchacho me trajo un tazón de sopa y algo de pan negro. Llenar mi estómago me hizo sentirme mejor, sin embargo no abandoné el camarote de Leif por el resto del día. Era perfectamente libre de hacerlo, ni mis manos ni pies estaban atados; podía deambular por el barco a mi gusto. Pero no quise hacerlo. No quería ver a nadie.

Finalmente me acosté en la pequeña cama de Leif, cuyas sábanas y mantas estaban impregnadas por el aroma masculino de su piel. Me enterré bajo ellas y me dormí casi al instante de tocar la almohada. Desperté en medio de la noche, cuando algo más que el calor de las mantas me estaba envolviendo. Abrí mis ojos y una vez más tenía a Leif abrazándome. Estaba profundamente

dormido, con su rostro entre la curva de mi hombro y mi cuello. Su aliento caliente chocaba contra mi piel y me producía unos deliciosos escalofríos. Pero eso no era todo; podía sentir la piel caliente de su pecho desnudo contra mi espalda, y su entrepierna contra la curva de mi trasero. Aquello era extraño, pero me hizo sonreír. Su calor me impregnaba, y aún lejos de casa, me sentí protegida.

Al mismo tiempo, una nueva curiosidad invadió mi mente. Tener al vikingo dormido, vulnerable y rendido a mi voluntad me resultaba tan obsceno como exquisito. Me mordí el labio inferior mientras a euforia crecía, y mi corazón aceleró sus latidos. Quería más de ese calor. Pero al mismo tiempo, me daba vergüenza despertarlo.

De alguna manera, él ya se había despertado.

– ¿Te sientes bien? –me preguntó con voz de dormido, sin abrir los ojos.

–Sí, Estoy bien. Solo me asusté –confesé.

–No dejaré que nada malo te pase –volvió a susurrar en mi oído. Las cosquillas calientes de su aliento despertaron punzadas entre mis piernas.

–Por supuesto. Debes cuidar tu inversión – susurré con una sonrisa.

–Exacto –respondió él, y mi sonrisa se hizo más amplia ¿Por qué me hacía reaccionar si? ¡Maldito!

Había algo increíblemente íntimo en estar charlando así, entre susurros en medio de la madrugada, ajustados en ese abrazo. Su mano descansaba contra mi estómago y sus labios cosquilleaban mi hombro desnudo mientras hablaba.

Pero lo que más despertaba mi curiosidad era el calor que provenía de su entrepierna. Yo tenía mi vestido puesto y él estaba en ropa interior, pero aun así, yo podía sentir el perfil de su miembro, creciendo. Recordé cómo se veía ese miembro a través de la tela, y mis latidos se acrecentaron. Instintivamente, moví mis caderas para sentirlo mejor. Lo hice de manera sutil, inconsciente, pero él pudo notarlo. No dijo nada, solo sentí sus dientes en mi cuello cuando sonrió. Me mordí el labio inferior y continué explorándolo con mis caderas. Con cada roce de mi trasero, se ponía más duro. Aquello me resultaba fascinante.

– ¿Qué estás haciendo? –finalmente susurró en mi oído.

–Nada –respondí.

– ¿Nada? ¡¿Nada?! –rugió él. Me jaló del brazo y me obligó a quedar boca arriba. “le me cubrió con su cuerpo, tenía una sonrisa voraz en sus labios. Sus ojos estaban abiertos como si hubiera estado despierto toda la noche. – Esto no es *nada*, miladi ¡ Mira como me has puesto!

Cogió mi mano derecha en la suya y la guió hacia su entrepierna, Yo no me resistí. Quería tocarlo, aunque me daba mucha vergüenza decirlo en voz alta. Al instante que mis dedos rozaron su dureza, me humedecí. Las punzadas entre mis piernas eran violentas y me impelían pensar, pero aun así pude concentrarme en su cuerpo. Tenía la ropa interior puesta, sin embargo a través del delgado lino podía notar el grosor de su miembro. Se alzaba con fuerza, y palpé su erección con mis dedos. Subí y bajé, despacio, admirando su tamaño, y podía escucharlo a él respirando agitado.

– ¿ Te gusta?–me preguntó con un susurro ronco que retumbó entre mis piernas.



Asentí, avergonzada pero fascinada. Su expresión estaba contorsionada por el placer, pero podía notar que necesitaba más. Con un gruñido, se despojó del paño de lino y quedó desnudo frente a mis ojos. Dejé escapar un gemido. Era más impresionante de aquella manera; admirando las pequeñas venas azuladas que recorrían el grueso tronco, la punta del miembro teñida de un rosado furioso, y el vello rojizo que lo coronaba. Mis muslos temblaban con suavidad y me encontraba más mojada que nunca.

Jugué con mi pulgar y mi índice alrededor de la punta, la cual estaba algo húmeda también. Envolví su miembro con mis dedos y lo recorrí por completo. De alguna manera, mi instinto me indicaba lo que yo tenía que hacer. Apreté mi mano derecha alrededor de ese miembro grueso y duro, y su calor me impresionó. Comencé a subir y bajar de manera más insistente y torpe.

–Así...hazlo así –susurró Leif. Cogió mi mano en la suya y me marcó el ritmo que le resultaba más placentero. También me indicó que ajuste con más fuerza su miembro. Lo hice, maravillada por lo duro que era, y lo masajeeé más rápido. Me encantaban los quejidos y gruñidos que escapaban de su garganta.

Al igual que cuando él me había complacido la noche anterior, mi cuerpo no estaba recibiendo ningún tipo de atención, y aun así yo estaba gozando solo gracias a su placer. Disfrutarla ver como ese vikingo ruto se deshacía gracias a un simple movimiento de mi mano. Me hace sentir poderosa, verlo jadear y respirar agitado, vulnerable a mí. Mi entrepierna palpitaba, aquel nudo de carne que él había acariciado la ocasión previa se sentí a punto de estallar. Era frustrante, pero también placentero. Además de eso, mis interiores también se contraían y palpitaban, hambrientos de algo que yo recién comenzada a comprender. De todas maneras, me concentré en él, en su cuerpo, en su magnífico miembro y en cómo se retorció frente a mis ojos. Su pecho se había teñido de un tono enrojecido, similar al de su vello, y subía y bajaba rápido mientras su respiración enloquecía.

–Sigrid...Sigrid... –gruñó. No entendí lo que me quiso decir, pero oírlo

pronunciar mi nombre de manera tan pasional y desesperada solo me excitó más. Aceleré los movimientos de mi mano, subiendo y bajando por su miembro a un ritmo feroz. Él sujetó mi muñeca pero no me detuvo, solo acompañaba mis jaladas.

De pronto, echó su cuello hacia atrás y dejó escapar un gruñido de alivio Fue lo más excitante que oí en mi vida. Los músculos de su estómago se contrajeron con fuerza, y de su miembro duro brotó una ráfaga abundante y caliente. Maravillada, moví mi mano todavía más rápida, asombrada por los gruesos borbotones que no cesaban de chorrear. Se sentía caliente y pegajoso contra mi mano, y despedí una risita por lo bajo. Leif gimoteaba mi nombre hasta que dejó escapar una exhalación final, agotada y rendida. Su miembro permanecía duro y enrojecido entre mis dedos, y yo lo acariciaba despacio, recogiendo las últimas gotas con mi pulgar.

Recordé cómo él había saboreado sus propios dedos después de saborearme, y me sentí tentada de imitarlo, pero no me animé a hacerlo. Cuando alcé mi vista, él me estaba observando con una expresión jadeante y satisfecha. Se dejó caer en la cama, desnudo y cubierto de sudor.

– ¿Quieres que te lo haga yo ahora? –me preguntó con ojos cerrados. Su miembro ya había perdido la dureza y descansaba contra su muslo.

–No, está bien –le respondí. Mis pulsaciones se habían extinguido, y si bien me había excitado mucho con aquello, ambos estábamos cansados y yo prefería repensar lo que habíamos hecho.

Leif sonrió y se quedó dormido. Yo me tumbé a su lado y lo observé roncar apaciblemente. Viendo aquel rostro, nadie diría que era un saqueador o un asesino. Hasta parecía un ángel con el cabello rojo. Suspiré y me dejé caer contra su pecho. Jugué con el vello rojizo entre sus pectorales mientras él soñaba con una sonrisa en el rostro. Me pregunté si mi prometido serpia capaz

de brindarme el mismo placer que Leif, o si mi cuerpo se encendería de la misma manera al tocarlo. Si complacerlo con mi mano me brindaría el mismo placer a mí. Secretamente, sabía la respuesta, pero no quería afrontarla.

Cerré mis ojos y me prepare para dormir sobre su pecho. Creí que estaba dormido, pero sentí su brazo rodearme y apretarme fuerte. Su corazón palpitaba contra mi oído, y el mar rugía afuera. La melodía de ese oleaje me hacía sentir en mi hogar, por primera vez en mi vida. Con una sonrisa, me quedé dormida.

Cuando desperté Leif no estaba en mi cama, la luz del día se filtraba por el camarote. Estiré mis brazos y mis piernas, sin salir del calor de la cama. Todavía olía a su sudor, y sonreí con los ojos cerrados. El barco se mecía con una suavidad que me arrullaba. La puerta se abrió con un crujido y yo me incorporé. No era él, era otro de los vikingos. Me saludó con silencioso respeto y depositó un plato de carne, pan negro y una pequeña jarra de cerveza en la mesa del camarote. Volvió a desaparecer sin decir una palabra. Yo me incorporé y devore la comida; estaba hambrienta. Pero lamenté que no me trajeran aguamiel; aquella bebida era deliciosa. Con el estómago lleno, comencé dar vueltas por el camarote, pensativa. Poco a poco, la satisfacción por lo que había ocurrido entre las sábanas con Leif se desvanecía y dejaba lugar a los recuerdos más cruentos del día anterior.

¿Realmente había asesinado a un hombre? ¡¿Yo?! Se me revolvió el estómago de pensarlo. Una parte de mí se sentía horrible, todavía recordaba al hombre escupiendo sangre antes de morir. Su último respiro resonaba en mi cabeza, y probablemente lo haría hasta el día en que yo muriese. Pero al mismo tiempo, recordaba a aquella bestia intentando forzarme, intentando asesinar a Leif, y mi consciencia me decía que había hecho lo correcto.

Me acosté e intenté tomar una siesta, pero mi cabeza no dejaba de pensar. Estaba entre salvajes ¿no era cierto? Entonces debía actuar como tal para sobrevivir.

Recordé aquella historia que Leif me había contado sobre mis antepasados. Esa información no era nueva para mí; si bien era un secreto bastante vergonzoso, mi familia era consciente de sus orígenes salvajes. Pero ¿era posible que lo bárbaro de aquella sangre todavía corriera por mis venas? ¿Acaso era esa sangre la que me había hecho asesinar a Thorvald casi vacilar? Cuanto más analizaba aquella situación, más se asombraba mi propia conducta. No me había temblado la mano a la hora de quitarle la vida. Tampoco sentí miedo, solo furia. Una furia que me llevó al asesinato.

Nadie podía saber nada de esto en tierra firme. Debía buscar la manera de olvidarlo todo, aunque aquello parecía una hazaña imposible. Me justifiqué a mí misma diciendo que todo lo que hice fue en defensa propia, para sobrevivir.

Pero lo que más me asustaba era que en secreto, me sentía satisfecha de haber apuñalado a ese desgraciado. No sentía ni una pizca de piedad por ese hombre despreciable ¿Quién sabe a cuantas otras mujeres yo había salvado con su muerte, además de a mí?

–Permiso, ¿señora Sigrid? ¿Puedo pasar? –alguien titubeó con la puerta a medio abrir.

Aquello me pareció extraño ¿desde cuándo esos salvajes pedían permiso? me acomodé mi vestido (o lo que quedaba de él) y me aseguré de estar decente.

–Sí, adelante –respondí una vez de pie frente a la cama.

Un muchacho imberbe de cabello rojo entró con pasos vacilantes, traía un cuenco en sus manos, demasiado grande para ser sopa. También cargaba un vestido y una capa plegados en su antebrazo.

–El Capitán Leif pensó que tal vez le gustaría lavarse un poco. Envió estas ropas por si quería cambiarse.

–Sí, muchas gracias – respondí, y cogí el tazón con ambas manos. El muchachito depositó un trapo y un jabón en mis manos y dejó las ropas limpias sobre la cama, aun desecha.

No lograba comprender el porqué de su amabilidad, pero tampoco pude preguntárselo; el chico se fue tan rápido como vino, dando un portazo detrás de su espalda. Una vez sola, me desvestí y me higienicé como pude con la pequeña toalla y el jabón. Un baño, aunque sea tan pobre como aquel, era un sueño hecho realidad. Una vez con la piel limpia, me puse el vestido de tono verde que Leif me había enviado. Me sentaba de maravillas, y disfrutaba especialmente que las mujeres vikingas no se cinchaban la cintura en forma dolorosa. El vestido era amplio y cómodo, y la capa gris que envolví en mis hombros era liviana pero abrigada.

Peiné mi cabello húmedo con mis dedos. Debía lucir fatal, pero no me importaba. Estaba cómoda y por lo menos, limpia. Mientras mi cabello se terminaba de secar y yo intentaba trenzarlo sin necesitar un espejo, mis pensamientos vagaron. Me pregunté que estaría pasando en tierra firme, allí lejos en la tierra del clan Clemens ¿Estarían preparando el oro para mi rescate? ¿Volvería pronto? Suspiré. La idea no me gustaba del todo. Por supuesto, no quería ser una prisionera por el resto de mi vida pero ¿acaso no era una prisionera también con el marido que yo no elegí? En esa embarcación que surcaba los océanos, me sentí libre, por ridículo que suene. El rumor de las olas me tranquilizaba por las noches, me colmaba de esa sensación que me garantizaba que todo estaría bien. No quería alejarme mucho del mar.

Y por supuesto, Leif. Otra vez la culpa me embargó ¿acaso era decente la forma en que yo lo había tocado? ¿La forma en que había permitido que él me

tocara? Mi educación me decía que no, sin embargo no podía dejar de sonreír al recordarlo, y mis muslos comenzaban a temblar con excitación ¡Se había sentido tan bien la manera en que sus dedos me humedecieron y me hicieron explotar de placer! Y la manera en que él se retorció mientras su semen brotaba con furia de su cuerpo. Tal vez estaba mal, pero se había sentido increíblemente bien. Y en secreto, yo ansiaba repetirlo.

¿Acaso estaba loca? Tal vez si, lo cierto era que prisionera, nunca me había sentido tan libre.

La puerta se abrió una vez más y el crujido interrumpió mis pensamientos. Esta vez, era Leif.

–Buenos días –me dijo con una amplia sonrisa. Su mirada se notó sorprendida al verme con mi vestido nuevo – ¡Ja! ¡Sabía que te quedaría bien! ¡Supe tus medidas como si te hubiera visto desnuda!

–No sueñes –le dije –Además ¿de dónde podrías haber sacado ropa de mujer en mitad del mar? Seguro es robado de alguna de tus expediciones.

–Hermosa e inteligente – sonrió orgulloso. Yo puse los ojos en blanco – También tengo otra cosa para ti.

Caminó hacia mí y sacó algo de su cintura. Era una daga enfundada en cuero.

– ¿Le estás dando un arma a tu prisionera? –le dije, alzando una ceja. Cogí el arma y la quité de la funda, la hoja estaba usada pero el acero brillaba. – ¿Por qué?

–.No lo sé. Tal vez me he vuelto loco – se encogió de hombros y suspiró –

Como te he prometido, te protegeré con mi vida, pero teniendo en cuenta lo de ayer, me sentiría más cómodo sabiendo que cargas una.

Era mi oportunidad. Con un giro de mi muñeca acerqué la hoja a su cuello. Él no se movió ni un milímetro.

– ¿Está seguro que esa es una buena decisión, Capitán? –susurré contra sus labios mientras mantenía la hoja contra su cuello. Podía escuchar su corazón acelerándose, o tal vez era el mío. Nuestras miradas se entrelazaron y las rodillas me temblaron. Leif sonrió.

–Claro que no, podrías *destriparme como a un pescado*. Eso dijiste cuando nos conocimos ¿recuerdas? Las palabras de una autentican vikinga.

– ¿Y no tienes miedo? –insistí.

– ¿Debería? –Su sonrisa se amplificó – La verdad es que no, no tengo miedo. Aún con la hoja al cuello. El amor nos hace hacer cosas estúpidas.

– ¿Amor? ¡Ahora piensas que soy yo la estúpida!

–Entonces hazlo –me ofreció su sonrisa más altanera, y mi pulso se aceleró. Temí que los temblores me hicieran dejar caer la daga.

Le mantuve la mirada, encendida, luchando contra mis propias palpitaciones.

–Vamos ¿Qué esperas? –Insistió –Me abres el cuello y regresas con tu querido novio en tierra firme. Y le ahorras a él pagar el rescate, seguro estará muy agradecido. Y seguro te complacerá como lo hago yo.

Con esas últimas palabras me estremecí ¡desgraciado! ¡Tenía una daga en el cuello y aun así se daba le lujo de ser chistoso y arrogante! Lo odiaba...

–Estás loco –refunfuñé, y volví a guardar el cuchillo en la funda. Me coloqué el cinto que la sostenía en la cintura. – Matarte no serviría de nada ¡Estoy en medio del mar! ¿Cómo volvería a casa? ¿Nadando? Además, tus hombres me asesinarían en venganza.

–O tal vez te nombrarían capitana – volvió a reír –No es broma. Han quedado muy impresionados con lo de ayer.

–Asesiné a un hombre...–suspiré, recordándolo.

–Asesinaste a un bastardo que quiso violarte. – me corrigió Leif – Y asesinar a mí. Nadie va a juzgarte por ello. De hecho, ahora te consideran uno de los nuestros.

– ¿ Por eso ese muchacho ha sido tan amable conmigo hoy? –pensé en voz alta.

–Has probado tu valor. Te dije, la sangre vikinga corre por tus venas. No puedes borrarlo así como así. –Me tomó del brazo con ternura –Ahora ¿quieres comer conmigo, y con el resto de la tripulación?

Suspiré, rendida. Era imposible ganarle una batalla de ingenio a aquel embustero. Pero algún día lo derrotaría, aunque fuera lo último que yo hiciera. Me sujetó de su brazo y abandonamos el camarote. Me guió por las galerías debajo de la cubierta, donde conforme avanzábamos las voces y los cánticos de la tripulación sonaban más fuertes. Se había hecho de noche, podía saberlo. Y también podía oír el suave oleaje afuera, lo que me indicaba que el mar



estaba calmo. Llegamos a un camarote que media cuatro veces más que le de Leif, y que servía de improvisado salón comedor. Había un par de mesas alargadas y las antorchas de madera abundaban, creando un ambiente luminoso y cálido. También abundaban la carne y el pan, así como la cerveza y el aguamiel que vaciaban de gigantescos cuernos de vaca. Los hombres cantaban y hacían chistes obscenos antes de volcar el alcohol sobre sus caras y barbas. Las risas hacían eco por toda la embarcación, pero cesaron un poco al verme llegar del brazo de Leif. Sentí un breve escalofrío, pero me mantuve estoica. Algunos alzaron los cuernos hacia mí a modo de saludo y continuaron con sus asuntos mientras nosotros nos abríamos paso hacia la cabecera de la mesa. Ese era el sitio de Leif, quien me invitó a unirme a su lado.

Él llenó dos gigantescos cuernos de aguamiel y me ofreció uno de ellos. Yo estaba a punto de beber cuando él me lo impidió.

– ¡ Espera! Es mal augurio beber sin brindar antes. –me dijo muy serio.

–Cierto –respondí, sosteniendo mi cuerno –Tres veces ¿no es verdad?

Leif asintió.

–Primero brindamos por los dioses –alzó su cuerno –Que nos protejan en altamar y que nos traigan vientos favorables para nuestras velas.

–No conozco a tus dioses, pero me uno al pedido –me uní al brindis y le di un pequeño sorbo a mi cuerno mientras Leif preparaba el segundo brindis.

–Segundo, por nuestros ancestros. Que nos continúen guiando y protegiendo desde el más allá.

–No estoy tan segura de brindar por ello – refunfuñé –La guía de mis ancestros hasta hora solo me ha servido para asesinar.

–Y gracias a eso estás viva, yo estoy vivo. Y te has ganado el respeto de esta tripulación –indicó Leif.

–El respeto de saqueadores y asesinos –suspiré.

–Cierto. Me había olvidado que en tu país nadie roba ni asesina. – Leif vació su cuerno y volvió a llenarlo. – Y el último brindis, donde pedimos un deseo.

Alcé mi cuerno y brindé con el suyo; la espuma rebosó mojando mis dedos.

–La verdad que esta bebida es deliciosa. Voy a extrañarla – dije luego de beber.

– ¿Es lo único que vas a extrañar? –me preguntó con una de sus sonrisas insoportables.

– ¿Qué esperas que diga? ¿Qué te extrañaré a ti?

–Sí. O aunque sea la libertad de este barco.

– ¿Libertad? ¡Me has secuestrado y hasta hace poco me tenías atada a tu cama!

– ¿Todavía estás molesta por eso? está bien, la próxima dejaré que tú me ates a mi – respondió con una sonrisa obscena luego volvió a llenar nuestros

cuernos –No, pero en serio ¿Cuál ha sido tu deseo?

–Regresar a tierra firme –respondí en tono monótono.

–Los dioses no te cumplirán tu deseo si no es sincero.

– ¡ Es sincero! ¡Quiero volver a mi tierra! –grité.

–Me rompes el corazón – sacudió la cabeza con una risita. – Pero creo que se cumplirá tu deseo pronto; en dos días desembarcaremos en Pyke. De seguro el oro de tu rescate ya habrá llegado y te dejaré ir.

– ¿Pyke? –pregunté; aquel nombre me sonaba conocido, era una pequeña península abandonada en los límites de las tierras Clemens, la cual nunca había podido ser reclamada. O tal vez a nadie le interesaba por lo pequeña e infértil que era. Desde la fortaleza se podía llegar a ella después de diez días a caballo. –Creí que navegábamos hacia tu país.

– ¡ Yo no tengo país! –Rió –Este barco es mi único hogar. Pero Pyke es un lugar estratégica para el intercambio de rehenes; los suficientemente cerca de tierra firme para que los Clemens lleguen y paguen rápido, lo suficientemente cerca del mar para que podamos huir en nuestros barcos. Una vez allí nos separaremos, miladi. Tú regresarás a casa intacta y nosotros zarparemos con nuestro oro

No supe cómo responder, solo asentí y bebí en silencio. Aquella noticia debía alegrarme ¿no es cierto? Pero no lo hacía, y Leif pudo percibirlo.

–Creí que ibas saltar de alegría por volver a ver a tu novio – dijo en tono molesto, hundiendo el dedo en la llaga.

– ¡ Estaré feliz de no oler más tu hedor! –respondí. Mi corazón latía tan fuerte que pensé que iba a explotar ¿Por qué este vikingo tenía ese efecto en mí? Las mejillas y las orejas me ardían.

–Pues yo creo que te gusta mi hedor. Te gusta que te envuelva mientras dormimos, los disfrutas más que el perfume de tu novio en tierra firme. – respondió con su típica confianza. Luego acercó su rostro al mío y no pude evitar esa mirada penetrante. Los latidos comenzaron a torturarme. Debía alejarme, pero no lo hice. Le sostuve la mirada mientras él susurró contra mis labios –Y a mí me gusta tu sabor. Realmente voy a extrañarlo.

Otra vez...estaba pasando otra vez. Mis piernas temblaban bajo la mesa, y esa sensación parecida a la rabia irradiaba desde mi interior hasta el último rincón de mi piel. Solo que ahora yo entendía mejor; aquello no era rabia. Era pasión, la cual muchas veces es confundida con el enojo o la rabia. La misma pasión que me había hecho aullar de placer hacía un par de noches, la misma pasión que me llevó a tocarlo como nunca antes había tocado a un hombre.

El fuego de las antorchas modelaba sus pómulos masculinos, y aprecia encender al rojo vivo su barba y su cabello. Sus cejas pobladas le daban aspecto de demonio, y sus ojos parecían eternos e infinitos. El fuego también brillaba en ellos, invitándome a rendirme. Y esos labios, susurrando aire caliente contra los míos, tentándome. Las punzadas se tornaron insoportables, y solo pude desear sus dedos masajéandome, empujándome por el precipicio una vez más.

Pero debía resistirme, debía hacerlo. No podía cometer una locura antes de volver a casa. Especialmente ahora que mi regreso era tangible. En cuestión de una semana podría estar nuevamente en la fortaleza Clemens, y nadie podía saber que ese salvaje me había puesto un dedo encima.

– ¿Y tú que le has pedido a tus dioses? –le pregunté, intentando cambiar el tema de conversación. Sin embargo nuestras caras permanecían peligrosamente cerca la una de la otra.

–Que la próxima vez me dejes usar más que mis dedos – susurró contra mi boca.

No pude contenerme más; fui yo quien se abalanzó hacia él, besándolo. Era la primera vez que besaba a un hombre, y la electricidad subió desde los dedos de mis pies hasta estallar en mi nuca. Sus labios sabían dulces como el aguamiel, con un dejo amargo y masculino. Su barba hacía cosquillas en mi barbilla, y me sujeté de su cabello con fuerza mientras presionaba mi cuerpo contra el suyo. Con el aliento entrecortado, él tomó el control del beso. Su mano sostuvo mi mejilla con inesperada dulzura, y su palma era tan grande que abarcaba todo mi rostro. Lo sentí acariciar un mechón de mi cabello y gemí contra su boca. Pronto era él quien me estaba guiando, saboreando mis labios y obligándome a separarlos con el borde de su lengua. Le hice caso, y su lengua penetró mi boca. Otro escalofrío me hizo temblar; las punzadas entre mis piernas crecieron hasta el punto de enloquecerme.

Cuando su lengua se entrelazó con la mía fue el momento más excitante de mi vida. Podía sentir el sabor del aguamiel en ella, así como su calor y su suavidad. Los latidos entre mis piernas retumbaron en mi garganta y en mis orejas; toda mi piel ardía. Leif me abrazó fuerte y presioné mi pecho contra el suyo. El contraste entre mis pechos redondos y sus pectorales planos me causaron un cosquilleo extra. Sus manos me sujetaban el rostro y el cabello, y pronto descendieron por mis hombros. Sus dientes mordisquearon mi labio inferior y me estremecí. Le seguí el juego y mordí sus labios. Él despidió una risita antes de volver a besarme con pasión. Nuestras lenguas estaban danzando una vez más cuando sentí una de sus manos en mi pecho izquierdo. Arquee mi espalda en contar de mi voluntad y despedí un gemido. No esperaba aquello, pero no me resistí. Leif tan solo me miró, esperando mi reacción. Al ver que yo no me resistía, comenzó a acariciarlo en suaves

círculos. Mi pezón estaba tan duro que dolía, sobresaliendo bajo la tela de mi vestido. Volví a besarlo con más ímpetu; sentí que deseaba devorarlo vivo. Sus dedos jugaban con mi pezón y yo saboreaba su lengua. Sentía mi entrepierna húmeda, palpitando cada vez con más furia.

–No...–murmuré, apartándome unos centímetros. –No puedo hacer esto.

– ¿ No puedes o no quieres? –me respondió Leif. La manera en que su aliento acariciaba mi boca me impedía pensar con claridad. La cabeza me daba vueltas y la piel me ardía. Sentía que si me separaba de su abrazo moriría. Al ver mi confusión, él susurró en mi oído – Si realmente no quieres me detendré pero si no...Hay muchas cosas placenteras que podemos hacer sin que pierdas la virginidad ¿sabes?

Aquellas palabras fueron la estocada final.

– ¿ Qué cosas? –pregunté con curiosidad. Leif tan solo sonrió, confiado. Se puso de pie y me ofreció la mano para que lo siga. Cuando lo hizo, noté que en su entrepierna ya se estaba abultando una erección bajo sus pantalones. Yo me humedecí todavía más. Cogí su mano y lo acompañé a su camarote. Apenas cerró la puerta detrás de su espalda me abalancé a sus brazos. Volví a besarlo con ímpetu, nunca me había sentido tan hambrienta en mi vida. Besarlo era una sensación adictiva, así como sentir sus fuertes brazos rodeándome los hombros o la cintura. Sentí su erección contra mi cuerpo y despedí un pequeño gemido. Los latidos entre mis piernas ya dolían.

Leif me arrojó de espaldas sobre su cama con una fuerza que me tomó desprevenida. Se abalanzó sobre mí y sus manos ansiosas me abrieron el frente del vestido. Cuando mis pechos quedaron descubiertos, sentí una fría brisa ponerme los pezones todavía más duros. Despedí un quejido. Leif arremetió contra ellos; estrujó uno de mis senos con sus manos mientras se llevaba el otro a la boca. Grité. No podía creer lo bien que aquello se sentía.

Sus ojos no se despegaban de mi cara, estudiando cada una de mis reacciones, y sus labios no se despegaban de mi pecho. Lo besaba, lo succionaba y lo mordía, hasta que mi pezón estaba ardiendo e inflamado. Prosiguió a torturar el otro, mientras yo me retorcí de placer. Mis muslos estaban empapados. Volvió a besarme, y yo gemí en su boca. Enredé mis dedos en su cabello y lo jalé con más fuerza de la deseada, él rió por lo bajo y se detuvo.

–Salvaje mujer vikinga...–susurró contra mis labios –Me parece que deberé atarte las manos de nuevo.

Yo estaba a punto de responder cuando él se incorporó sobre sus rodillas. Se quitó el cinturón con un movimiento ágil. Y yo noté que ya estaba durísimo bajo los pantalones. Se me hizo agua la boca y comencé a temblar. Alzó mis manos y las sujetó al poste de la pared con su la correa de su cinto. Yo no me resistí; aquello de alguna manera me excitaba todavía más. El nudo de cuero que inmovilizaba mis muñecas no estaba lo suficientemente ajustado como para lastimarme. Una vez restringida, él se inclinó sobre mi rostro y me besó de nuevo. Sus labios descendieron por mi cuello, provocándome escalofríos, volvieron a besar mis pechos mientras sus manos alzaban la falda de mi vestido. Instintivamente separé las piernas. Leif se deshizo del paño de lino que me servía de ropa interior, y me dio algo de vergüenza quedar así expuesta a sus ojos. Era la primera vez que un hombre me miraba allí, en esa zona tan íntima. Él me contempló tan solo un instante y volvió a hundir su cabeza entre mis piernas. Sus manos acariciaban mis muslo al mismo tiempo que sus labios besaban la cara interna de ellos. Yo sentía que la electricidad subía por mi columna vertebral, y Leif se acercaba cada vez más a mi entrada mojada. No entendía del todo qué se proponía, pero confiaba en él. Aun con las manos atadas ¡Qué ridículo! pero confiaba en su palabra, y en sus manos. Sabía que no iba a lastimarme, ni a brindarme nada más que placer.

De pronto me besó. Besó los labios entre mis piernas de la misma manera que había besado los de mi rostro. No pude creerlo, y una vez más arqueé mi

espalda en contra de mi voluntad. Los nudos en mis muñecas me impidieron retorcerme mucho, pero despedí un quejido agudo. Lo vi sonreír con sus ojos, sin apartar su boca de mi entrepierna. Me besó de distintos ángulos, acrecentando el placer que me torturaba. Sentí su lengua jugar entre mis labios y grité de nuevo. Comenzó a lamirme despacio, y aquellas sensaciones eran tan desconocidas como poderosas. Nunca había imaginado algo así; deslizaba su lengua entre mis pliegues, besaba y mordisqueaba mis labios mientras sus dedos buscaban mi clítoris. Otra vez me estremecí. Su lengua comenzó a dibujar círculos alrededor de él y yo creí que iba a morir. El gozo era demasiado intenso para ser real. Cuando menos lo esperaba, su lengua me penetró. Era extraño, y al mismo tiempo se sentía tan bien. Quería jalar de su cabello y hundir mis uñas en la piel de su espalda hasta hacerlo sangrar. Y de alguna manera, tener mis manos atadas y no poder hacerlo aumentaba mi excitación.

Leif curvó su lengua en mi interior, llegando a un lugar que jamás creí que existía, o que podía provocarme tanto placer. Al escuchar mis gritos de placer, él aceleró el ritmo. Mis muslos temblaban alrededor de su cuello y él los sujetaba con firmeza entre sus manos fuertes. Parecía que iba a devorarme viva, y las cosquillas de su barba sumaban una sensación áspera y deliciosa. Una vez más, sentí que él me empujaba a aquel precipicio, mucho más profundo e intenso que el anterior. No podía soportar esa boca y esa lengua, simplemente no podía. Comencé a gritar mientras mi corazón explotaba en mi pecho. Sentí que todo mi cuerpo estallaba. Esta explosión fue más cruenta que la anterior, cuando solo me había masajado con sus dedos. Aquel placer había sido exquisito pero superficial comparado con este. Comencé a retorcerme entre mis ataduras y él no cesaba; continuaba lamiéndome, besándome y mordeándome entre las piernas. De hecho, al escuchar mis gemidos comenzó a devorarme con más hambre. El placer me encegueció y durante un instante me olvidé de todo. Incluso de mí misma. Todo mi cuerpo se tensionó luego de la sacudida, para luego relajarse.

Dejé escapar un suspiro mientras aflojaba los músculos. La tranquilidad me invadió, mientras mi cuerpo todavía palpitaba y temblaba por el placer tan



poderoso. Abrí mis ojos despacio, mi corazón poco a poco empezaba recuperar su ritmo natural. Leif se había alejado de mi entrepierna, que todavía palpitaba pero con más suavidad que antes. Lo observé arrodillado entre mis piernas. Me dedicó una sonrisa pícaro y cómplice. Estaba satisfecho, a pesar de que en la entrepierna de su pantalón todavía sobresalía una erección que había sido ignorada durante los últimos momentos.

Aquello me pareció algo injusto; quería devolverle algo del placer que él me había brindado. Pero ¿Cómo? Conforme mi mente regresaba a la realidad, también regresaban mis preocupaciones por mantenerme virgen. Aunque para ser sincera, en aquel momento hubiera sido capaz de abandonar todo por aquel hombre con cabello de fuego. Me asusté de mi misma por ese impulso.

De alguna manera, él adivinó mis pensamientos. Pues aun con la ropa puesta, se aflojó los botones de su pantalón y liberó su erección frente a mis ojos. Era impresionante, y dejé escapar otro suspiro de admiración. Brevemente, pensé que algo así debía doler. Era larga y gruesa con la punta húmeda y enrojecida, y pequeñas venas azuladas recorrían el tronco en forma caprichosa. Un deseo peligroso por sentir ese miembro dentro de mi cuerpo me atravesó. Tragué saliva y miré los ojos de Leif. Este me sonreía como un demonio, sin decir una palabra. No me había desatado las manos, pero yo no tenía miedo. Él envolvió su miembro en su mano derecha y comenzó a masajearlo hacia arriba y abajo, como yo había hecho la noche anterior.

–Tranquila –sentenció con un suspiro ronco – No voy a metértela.

Sus ojos se desviaban entre mi cara y mis pechos, y yo lamenté aquellas palabras. Se mordió el labio inferior y se acercó hacia mí. De pronto, yo tenía sus rodillas a ambos lados de mi pecho.

– ¿ No quieres probarlo tú ahora? –me dijo mientras sujetaba su miembro y lo acercaba a mi cara. Instintivamente abrí la boca y envolví la punta con mis

labios. Supe que eso era lo que él quería por la forma en que se estremeció. Emitió un quejido excitante y masculino, tan excitante como lo era saborear su miembro. Me impresionó el calor que emanaba de su piel. Aun con las manos atadas, lo exploré con mi boca. Comencé besándolo despacio, enloquecida por sentirlo con mis labios. Y por la forma en que él gemía y respiraba agitado, le gustaba como yo besaba la punta húmeda de su miembro. Un líquido brotó de él, yo lo recogí con mi lengua y lo saboreé. Mi entrepierna latía fuerte a pesar del orgasmo previo, hacer aquello me excitaba muchísimo. Comencé a explorarlo con mi lengua; imité lo que él había hecho antes y dibujé círculos con ella alrededor de la punta de su miembro. Eso apreciaba enloquecerlo, y continué deslizando mi lengua por todo su largo. O por lo menos hasta donde alcanzaba mi cuello en aquella posición restringida. Me encantaba saborearlo, y sentir como se contraria de placer gracias a mí. Pero cuando sentí su mano rodeando la parte de atrás de mi cabeza y empujando con suavidad, supe que necesitaba más. Yo también necesitaba más. Volví a envolverlo con mis labios y me lo metí en la boca. Era difícil tragarlo por completo, aun con su mano presionando suavemente mi cabeza. Era tan largo que pronto tuve una reacción de náuseas involuntaria. Pero seguí insistiendo; quería tenerlo por completo en mi boca. Y escucharlo suspirando y gruñendo mi nombre me instaba a mover mi cuello más rápido. Pronto él estaba follando mi boca, meciendo sus caderas con movimientos insistentes y sosteniendo mi cabeza con firmeza y delicadeza a la vez. Los latidos entre mis piernas aumentaron; la satisfacción que él me había brindado minutos atrás se había desvanecido por completo y yo necesitaba más nuevamente. Sentía ese miembro en mi boca y solo podía imaginar lo bien que se sentiría dentro de mi cuerpo.

De pronto, oí a Leif despedir un grito de frustración. Alcé mi vista y vi como los músculos de su abdomen se contraían de una manera deliciosa. Pero él se apartó de mí con un movimiento violento. Se echó unos centímetros para atrás y comenzó a masturbarse con brutalidad. Verlo jadeando era un espectáculo que me volvía loca. En cuestión de instantes, todo su cuerpo volvió a tensionarse y su semen brotó de su polla en gruesos borbotones. Sentí su calor húmedo sobre mis pechos, y lamenté tener mis manos atadas y no poder recogerlo con mis dedos y saborearlo.

Leif permaneció unos segundos jadeando, recuperando el aliento mientras las últimas gotas de semen escapaban de su polla enrojecida. Cuando abrió sus ojos y encontró mi mirada, me sonrió. Era la sonrisa más satisfecha, feliz y vulnerable que jamás le había visto a otro ser humano, y volví a estremecerme. Con brazos lánguidos y cansados él desató el cinturón de mis manos. Apenas estuve mis brazos libres envolví sus hombros anchos con ellos. Él se desplomó sobre mi cuerpo y me besó. Sentí su pecho descansando sobre mi pecho y su estómago descansando sobre mi estómago. El calor de su piel me envolvió y yo gemí en su boca. Su lengua acarició la mía con lentitud, agotado y hambriento al mismo tiempo. Acaricié su cabello rojizo y sus manos jugaban con mis mejillas y mi cuello.

No intercambiamos ni una palabra durante las horas siguientes, durante las cuales me adormecí entre sus brazos. Me despertó el suave sonido del oleaje afuera. Y a medida que yo despertaba, también la culpa y la preocupación volvían a invadirme.

– ¿Leif? – musité contra la piel de su cuello. Tenía sus ojos cerrados, pero sabía que estaba despierto pues sus dedos dibujaban suaves círculos en mi espalda. – ¿Estás seguro que...? ¿Que yo no...?

No necesité terminar mi oración, como de costumbre él parecía saber lo que a mí me preocupaba sin que yo despegara mis labios. Esbozó una pequeña sonrisa sin abrir sus ojos.

– Tranquila. No puedes quedar embarazada con lo que hemos hecho. Y sigues siendo virgen – me tranquilizó antes de besar mi frente.

– ¿Crees que un hombre puede darse cuenta si una chica es virgen o no? – pregunté.

Leif abrió sus ojos y colocó uno de sus brazos debajo de su cuello.

–Supongo que un hombre experimentado podría darse cuenta. –Respondió pensativo –Pero no, no necesariamente.

Asentí y me quedé pensativa, descansando mi mejilla en su pecho. El latido de su corazón retumbaba contra mi oído y era algo maravilloso.

–Si Robert Clemens se entera de esto...

–No lo hará –volvió a asegurarme – ¿ Puedo hacerte yo una pregunta ahora?

Asentí, y busqué sus ojos con los míos.

–Si le tienes tanto miedo a Clemens y a lo que podría hacerte si no llegas virgen a su lecho ¿por qué quieres regresar con él?

Pensé unos instantes antes de responder.

–No quiero regresar con él. –Suspiré –Solo quiero estar en casa.

–Interesante – sus dedos dibujaban pequeños círculos en mi espalda y su aliento caliente acariciaba mi frente – ¿ Qué significa casa para ti? Porque apostaría que no es la fortaleza Clemens tampoco.

–La casa de mis padres – respondí, no del todo segura.

–Ese ha sido tu hogar de niña, ya no eres una niña ¿Cuál es tu verdadero hogar, Sigrid? ¿El lugar donde verdaderamente perteneces, donde puedes ser tu misma sin límites ni restricciones? ¿Existe ese lugar para ti?

–No lo sé – murmure, frustrada. Alcé mi cabeza para mirar sus ojos somnolientos y azules – ¿Y cuál es el tuyo? ¿Acaso un vikingo tiene hogar?

–Por supuesto –sonrió como un demonio cansado –El mar es mi hogar, y también será mi tumba cuando muera.

–Eso no es un hogar, es todo lo contrario. Es no pertenecer a ninguna parte – protesté.

– ¡Todo lo contrario, querida! –Respondió entre risas –No entiendo esa obsesión de los nobles con quedarse toda la vida en un pedazo de tierra que llaman suyo. La tierra no le pertenece a nadie; el mar es infinito ¡Hay tantos lugares para conocer, para explorar! No tienes idea de lo amplio que es el mundo, Sigrid. Cada día despierto en un mundo nuevo, he visto cosas con los que la gente de tierra firme ni siquiera puede soñar.

Sus ojos se posaron en los míos y volví a estremecerme. Él sonrió.

– Tú sabes de lo que estoy hablando, Sigrid. He visto tus ojos cuando miras al mar. Tu sientes lo mismo que yo, el mar corre por tus venas aunque quieras negarlo. –Acarició mi barbilla con suavidad, obligándome a sostenerle la mirada –Dime la verdad ¿no te gustaría dejar toda esa mierda atrás y vivir en este barco, conmigo, tener miles de aventuras y conocer el mundo?

Tragué saliva, los escalofríos subieron y bajaron por todo mi cuerpo en

manera frenética.

–Yo...yo.... – balbuceé– Simplemente creo que no soy yo misma desde que estoy aquí.

Su mirada se tornó curiosa.

–Yo también lo creo – asintió –El mar ha desatado quien verdaderamente eres, tu lado salvaje. Y me gusta mucho ¿a ti no?

– ¿Y si es al revés? –temblé. – ¿Y si la verdadera yo es la Sigrid de tierra firme?

– ¿ Realmente te gusta tanto la vieja Sigrid? ¿Realmente quieres volver a ser ella? ¿La damita silenciosa de tierra firme que se mantiene virgen para un hombre que no ama? ¿No prefieres vivir la vida de la Sigrid salvaje, orgullosa descendiente de vikingos, que surca los mares en busca de aventuras y que aúlla de placer en mi lecho?

No pude responder aquella pregunta, así que fingí quedarme dormida sobre su pecho. Él solo despidió una risita antes de dormirse.

## Capítulo ocho

Desembarcamos en Pyke, aquella península perdida en el mapa, pero no tan lejana de los territorios Clemens. Se sentía extraño volver a pisar tierra firme; mis botas se hundían en la arena mientras los hombres aseguraban los barcoluengos en la orilla del puerto. Algunos de ellos estaban aliviados de estar nuevamente en suelo firme, otros ansiaban volver a izar las velas pronto. Pero antes de eso, debían efectuar mi intercambio.

Miré hacia el horizonte; las montañas rocosa y puntiagudas que se alzaban en el este. Más allá de ellas estaba el pasaje que conectaba con el continente, y con las tierras de los Clemens. Los pocos habitantes de aquella península no pertenecían a ninguna nacionalidad específica; ni parecía importarles. De hecho, por como algunas mujeres corrían a recibir a los tripulantes con brazos abiertos, supuse que su simpatía se inclinaba más hacia los vikingos que los nobles que ansiaban gobernarlos. Aparté la vista de aquellos abrazos y besos obscenos y alcé la capucha de mi capa. Los vientos eran algo fríos pero había cierta belleza cruda en aquellos pasajes. Estaba inmersa en esos pensamientos cuando sentí las manos de Leif acariciando mis hombros por detrás. Giré y allí estaba él, con el viento salado ondeando su cabello pelirrojo. Me dedicó una sonrisa que ocultaba molestia.

– ¿Qué ocurre? – me preguntó con tono apacible.

–Nada –suspiré. Miré hacia los tripulantes que descargaban mercancía robada de los barcoluengos. Los lugareños miraban asombrados los tesoros obtenidos ilegalmente, y en el fondo yo sabía que la mercadería más valiosa era yo. – ¿Los habitantes de aquí son aliados tuyos?

–Podría decirse que sí. Hacemos negocios con ellos desde la época de mi

abuelo. Y a cambio nos ofrecen hospedaje.

Asentí con la cabeza. Leif acarició mi mejilla de manera extrañamente tierna.

–Tranquila. Pronto estarás en casa sana y salva.

Aquellas palabras no parecían hacerlo feliz.

–Y tú tendrás tu oro –repliqué., y al instante me arrepentí de haber pronunciado esas palabras. Leif apretó los labios y asintió, luego se separó de mí. Lo vi reunirse con unos hombres a la distancia mientras las negociaciones continuaban. La tripulación intercambiaba objetos robados por oro, y era extraño pensar que yo era un rehén, pues me dejaban pasearme con tranquilidad por la orilla. No habían atado mis manos ni mis piernas, y aun cargaba en mi cinto la daga que Leif me había regalado ¿Por qué todos confiaban tanto en mí? Suspiré y me perdí observando el paisaje. Cerca del atardecer nos condujeron a una pequeña taberna cerca de la playa. Era bastante rustica y pobre, pero el fuego adentro la mantenía cálida y confortable, y abundaba la comida y la bebida. No encontré a Leif, así que me dediqué a beber sola. Los vikingos golpeaban sus cuernos en la mesa de madera mientras cantaban y comían con la boca abierta. Muchos gozaban de la compañía de las isleñas, y les acariciaban los pechos sin vergüenza mientras ellas se sentaban en sus regazos. Me dio algo de pudor aquel espectáculo y desvié la vista. Bebí más aguamiel. Pronto estaría lejos de allí.

Estaba hambrienta así que probé algo de la carne que habían servido. Estaba horrible y pronto mi apetito se apagó. Preferí beber. Beber para olvidar de una vez por todas a Leif el Aplastacráneos. Cuando menos lo esperaba una voz llamó mi nombre.

,

– ¡Sigrid! ¿Por qué estás bebiendo sola? –me gritó un vikingo corpulento del



otro lado de la mesa. Tenía una muchacha de cada lado.

–Me parece que está nostálgica. Extraña al capitán – bromeó uno más joven a su lado. Yo tan solo esboqué una sonrisa antes de llevar el cuerno a mis labios.

*¿Acaso era eso? ¿Acaso era yo tan caprichosa y evidente?*

– Tu antepasado....Harold Thorne...–dijo uno de ellos, con tupida barba y largos cabellos grises –¿Era tu abuelo?

–Bisabuelo –le respondí. El vikingo aprecia no entender el significado de aquella palabra pero asintió con la cabeza y continuó.

–Era una gran hombre ¡nadie manejaba el hacha como él! –exclamó. Luego alzó su cuerno en nombre de mi bisabuelo y todos se unieron en un ruidoso brindis. Yo también bebí. El aguamiel era deliciosa pero comenzaba a sentirme algo mareada.

– ¡ Sigrid! ¡Cántanos una canción! –uno de ellos me gritó entusiasmado. Todos vitorearon.

–No conozco canciones vikingas. Tampoco tengo buena voz –me encogí de hombros.

– ¡ Canta una canción de tu tierra!

– ¡ Una canción! ¡Una canción!

Entre risas, me puse de pie sobre mi asiento. Mis piernas estaban algo débiles por lo mucho que había bebido, y una vez arriba las paredes me dieron vueltas. Mantuve el equilibrio a duras penas mientras sostenía mi cuerno en mi mano derecha, y comencé a entonar una cancioncilla que mi madre me había enseñado e niña. Era tonta e infantil, incomparable con las tonadas groseras de altamar que habían estado ululando los hombres. Pero aun así, todos se unieron con palmas y gritos. Cuando terminé mi canción, me sentía feliz y avergonzada al mismo tiempo. Vacíé mi cuerno de aguamiel y algo de la bebida chorreó por mi cara y pecho. La piernas me fallaron y caí de mi silla, pero unos fuertes brazos me sujetaron y evitaron mi caída. Era Leif. Al verlo, sonreí.

–Parece que has bebido mucho –me dijo.

– ¡ Estoy bien! –Repliqué –Solo algo mareada.

Con su ayude logré sentarme nuevamente en mi silla, Leif se sentó a mi lado. A pesar de mi leve borrachera, pude notar una expresión molesta en su cara.

– ¿ Qué ocurre? –le pregunté.

–Pues... no iba decírtelo pero...–Leif tomó una exhalación antes de hablar – No ha llegado el oro de tu recompensa.

La cabeza me dio vueltas. Realmente había bebido demasiado.

–No entiendo – murmuré.

– ¡ Tu novio no ha pagado! –respondió, molesto. –Desde que enviamos el mensaje, ha habido suficiente tiempo para que un mensajero de los Clemens

hubiera llegado aquí con el oro. Pero ningún extranjero ha pisado estas tierras en semanas.

–Tal vez...tal vez...–las palabras sonaban lentas fuera de mi boca, como si se arrastraran. También me costaba pensar con claridad –tal vez ha habido algún demora. Tal vez el mensajero llegue en un par de días.

–Sí, tienes razón – Leif sonrió de nuevo –pero es extraño que ni siquiera hayan enviado una respuesta.

Ambos hicimos silencio. Los hombres continuaban bailando y cantando a nuestro alrededor. De pronto, aquella noticia no me pareció algo malo. De hecho, mi corazón comenzó a retumbar con entusiasmo febril en mi pecho. Observé a Leif, que bebía de su cuerno despacio. Nuestros ojos se encontraron con una complicidad que me hizo temblar las rodillas bajo la mesa.

–Imagino lo triste que te sientes –bromeé.

– ¡ Por supuesto! ¡No sabes cómo ansiaba ese oro! –Sacudió su cabeza de manera dramática y yo reí – ¿ Sabes qué me haría sentir mejor? Escucharte cantar una vez más...para mí.

Expulsé una carcajada vergonzosa.

– ¡ Vamos! Quiero oírte – dijo con un susurro seductor. A pesar de mi vergüenza y mi leve mareo, no pude resistirme a esa sonrisa. Comencé a entonar la canción de mi niñez, primero con voz temblorosa. Leif bebió e su cuerno y una vez terminado, se unió a mi canto. Desafinada tanto o más que yo, y oír ese vozarrón entonando una melodía infantil me hizo estallar de risa. Eso solo lo hizo cantar más alto y con más ahínco. Pronto los demás vikingos se

nos unieron, borrachos. Leif se puso de pie y me jaló del brazo. Comenzó a bailar encima de la mesa de madera, pateando platos y cuernos vacíos a su paso. Enredó su brazo en el mío y comenzó a girarme. Bailamos y giramos sin parar, hasta que yo estaba llorando de risa.

– ¡Basta! ¡Basta! ¡Estoy muy mareada! –chillé entre carcajadas agudas. Leif dejó de girarme, sin embargo las paredes continuaron dando vueltas unos instantes después de detenerlos. Él me sostenía de la cintura, con fuerza, y fijé mis ojos en los suyos mientras recuperaba el equilibrio. Me miraba de una manera hambrienta, pero también como si hubiera algo de miedo en sus ojos. Esa combinación me resultó exquisita, y no pude evitar abalanzarme contra sus labios y besarlo. Sujeté su rostro barbudo con ambas manos y lo besé con ímpetu, mordiendo y saboreando sus labios. Sorprendido, él se unió al beso, entrelazando su lengua con la mía a un ritmo que me hizo estremecer. Pronto toda mi carne estaba ardiendo, y estrechaba su cuerpo entre mis brazos para absorber el calor de su piel.

–Basta. Estás borracha – suspiró él, interrumpiendo el beso.

– ¡Estoy bien! –chillé, pero cuando quise dar un paso trastabillé. Leif evitó que me cayera al suelo.

–Vamos, tienes que dormir la borrachera –me dijo mientras me ayudaba a retirarme del salón colmado. Ignoro como llegué hasta allí, mis pies apenas tocaban el piso y mi memoria se desvanecía de tanto en tanto. Pero me encontré nuevamente en su camarote principal del barcoluengo. Las mismas paredes entre las cuales yo había tenido mi primer orgasmo gracias a sus dedos, y su boca. Recordar aquello solo avivó mi fiebre, y una vez que él cerró la puerta volví a besarlo. Me aferré de esos hombros fuertes me puse en puntas de pie para poder besarlo mejor. Él me abrazó y me dejó caer sobre su cama. Instintivamente envolví su cintra con mis piernas y los faldones de mi vestido se alzaron.

– ¡ No! Espera...– Leif separó sus labios de los míos. –No puedo hacerte esto.

Hablaba entre jadeos y yo podía notar que su piel ardía. Se había puesto duro entre sus piernas y eso me hacía desearlo todavía más. Mi corazón latía con bríos y mi cuerpo ardía de una manera insoportable. Pero él se esforzaba en apartar su mirada de mi cara, y del escote de mi vestido que se había desabotonado con el forcejeo.

–Quiero esto...–susurré, y oír mis propias palabras me sorprendió. –¡ Quiero esto!

Besé y mordí su cuello, pero él volvió a apartarse.

–Estás borracha, No sabes lo que estás diciendo – habló con dificultad –Si haces esto conmigo, mañana te arrepentirás. Una vez en tu hogar, sufrirlas las consecuencias.

Lo odiaba por aquellas palabras. Pero cuando nuestros ojos volvieron a encontrarse sentí que me derretía. Él acarició mi mejilla con dulzura.

–No puedo hacerte algo así – susurró, y aquello fue la gota que rebalsó la copa.

Sus ojos viraron nuevamente hacia mi pecho, donde mis senos asomaban con los pezones endurecidos. Supe por su expresión que verme así le dificultaba todavía más contenerse. Y decidí vengarme. Vengarme por haberme secuestrado. Vengarme por haberme atado a su cama. Vengarme por encender mi deseo y ahora negármelo.

Vengarme por haber hecho que me enamore de él.

Con una fuerza que jamás supe que poseía, lo tumbé de espalda sobre el colchón. Me senté a horcajadas de él, encerrándolo entre mis muslos, y a pesar que tenía sus pantalones puestos, podía sentir su erección contra mi entrepierna húmeda. Mis cosquilleos eran insoportables. Volví a besarlo, y con dedos ágiles pero torpes logré quitarle su cinturón. Él no se opuso, aunque repetía mi nombre entre quejidos, pero yo podía notar la desaprobación en sus ojos. También podía notar el calor que emanaba de su piel y la lujuria en su mirada.

– ¡ Ahora es mi turno! –Le dije mientras sujetaba sus manos por encima de su cabeza y las inmovilizaba con su cinturón – ¡ Ahora tú eres mi prisionero!

–Sigrid...–él esbozó una sonrisa. Me gustaba verlo así, vulnerable y restringido entre mis piernas. Lo callé con otro beso, y su lengua sabía a aguamiel. Acaricié su barba y su pecho con ambas manos, los muslos me temblaban por lo fuerte de las punzadas, y sentir ese miembro enorme y rígido entre mis piernas me hacía estremecer.

–Cállate...–susurré contra sus labios, y me abrí los botones que quedaban de mi vestido. Mis pechos quedaron totalmente expuestos, y sus ojos se abrieron sobremanera. Me sentí poderosa.

–Te gustan ¿no es cierto? –le dije mientras acariciaba mis propios pechos entre mis dedos. Mis pezones estaban durísimos y extra sensibles, y me resultaba obscuro y excitante al mismo tiempo, acariciarlos con mis propias manos frente a sus ojos hambrientos.

–Si...son hermosos...toda tú lo eres...–susurró él con un gruñido quedo. Yo me sentía extasiada por el poder que ejercía sobre ese vikingo tan salvaje.

Sentía mis interiores latiendo, rogando por ser penetrada. No sentía miedo ni dudas, simplemente lo necesitaba dentro de mí. Sin pensarlo, mi cuerpo empezó a moverse por su cuenta. Comencé a mecer mis caderas sobre su regazo, frotando mi entrepierna mojada contra su erección. Se sentía delicioso, y dejé escapar un gemido de alivio.

–Quieres follarme ¿no es cierto? –murmuré, y me sorprendió oír aquella obscenidad de mi propia boca.

–Sí...–volvió a gruñir él entre jadeos. –He querido follarte desde la primera vez que te vi...y me dijiste que ibas a destriparme como a un pescado.

Parecía una bestia primitiva, con sus manos restringidas por encima de su cabeza. Yo sonreí de nuevo. Mi clítoris latía tan duro que parecía que iba explotar. El calor me agobiaba. Comencé a mecer mis caderas más rápido, aumentando a fricción. Alcé mi cuello y despedí otro gemido agónico, ansiaba sentir sus manos en mis caderas, en mis pechos, en mi cuerpo...pero también me satisfacía muchísimo verlo atado.

–Sigrid...detente...– suspiró –No sabes lo que estás haciendo.

–Lo sé muy bien... – refunfuñé. Cuando moví mi cabeza hacia abajo, sentí un mareo más potente que el anterior. Todo el camarote me dio vueltas, pero seguía deseándolo. Moví mis manos hacia su entrepierna, y comencé luchar con los botones de su pantalón. Ansiaba desnudarlo y sentirlo en mi interior. Pero al mismo tiempo, los mareos se tornaban peores.

–Sigrid...–volvió a decir él. Su tono sonaba alarmado, y combinaba con un creciente malestar en mi estómago. Pronto el sudor que me cubría se tornó molesto, y los mareos empeoraron hasta opacar la lujuria entre mis piernas.

–Voy a vomitar –respondí yo, instantes antes que todo se tornara negro.

Cuando desperté, Leif estaba sosteniendo mi cabello. Yo estaba sentada en su cama con mis pies apoyados en el piso, y había vomitado en un pequeño cuenco de madera. Leif lo hizo a un lado y presionó con suavidad un paño frío en mi frente y mejillas.

–Eso se siente delicioso – respondí – ¿Cómo has hecho para liberarte?

–No era un nudo tan ajustado –respondió con una risita culpable –Has bebido demasiado. Mejor duermes.

Entre quejidos y protestas, regresé a su cama. Él me cubrió con las cálidas y suaves mantas y deslizó su cuerpo junto al mío. Lo abracé.

–Salvaje mujer vikinga – volvió a reír contra mi frente antes de besarla. Yo quise responderle pero me quedé dormida.



## Capítulo nueve

Desperté con un horrendo dolor de cabeza, que incluso me hizo fallar el equilibrio cuando quise bajarme de la cama de Leif. Poco a poco, recordé los hechos de la noche anterior, conforme mis mareos se desvanecían. Me sentía horrible ¡y avergonzada! Conservaba mi vestido puesto, y me calcé las botas y el cinturón. Luego envolví mis hombros con la capa de piel gris y abandoné el camarote. En la cubierta estaba Leif, contemplando la orilla cercana de la península. Admiré su espalda mientras avanzaba hacia él, su postura despreocupada mientras apoyaba los antebrazos en la baranda de la embarcación. El sol del mediodía despedía destellos dorados de su cabello rojizo, y el suave viento lo ondeaba de una manera preciosa. Pude oler la sal en el aire, mezclada con el aroma masculino de su piel. Intenté fijar ese momento en mi memoria para siempre.

– ¿Cómo te sientes? –me preguntó una vez que estuve a su lado.

–Fatal –le dije.

– ¡Tu primera borrachera! –rió por lo bajo. Pero había algo extraño en su rostro –Tranquila, te sentirás mejor después que comas algo. Además, no te conviene encarar un viaje largo con el estómago vacío.

– ¿Viaje largo? –pregunté, y las rodillas me temblaron con miedo. De pronto, comprendí porqué su cara estaba teñida de preocupación y hasta tristeza.

–Después que comas, hay dos guardias esperándote. Ellos te escoltarán a caballo. Son diez días cabalgando al este hasta llegar a la fortaleza de tu esposo.

Seguía sin comprender.

– ¿ Ha pagado el rescate? –musité.

–No –suspiró Leif, y su expresión se tornó más oscura –No ha pagado. Pero eso ya no importa. Ya no me interesa el oro. He decidido dejarte libre.

Nuestros ojos se encontraron un leve instante. Contemplé la rabia apagada en ellos y luego él se alejó de mí. Sentía que el rostro me ardía. Corrí hacia él y lo jalé de la manga de su chaqueta con fuerza.

– ¡ Espera! ¿Qué significa esto? –grité. Las lágrimas amenazaban con asomar de mis ojos.

–Significa que eres libre. Que regresarás a tu hogar ¿no es eso lo que deseabas? Se acabaron los juegos, Sigrid –respondió, impaciente.

– ¿ Y qué ocurre con tu oro? – respondí con dientes apretados en un intento desesperado de sacarle información.

-Me importa una mierda el oro –declaró.

– ¡ Eres un cobarde! ¿Esto tiene que ver con lo de anoche? –le acusé.

– ¡ Si, tiene que ver con lo de anoche! –estalló. Sus ojos estaban inyectados en sangre – ¡ No puedes quedarte aquí! ¡Eres peligrosa!

Ambos nos quedamos en silencio.

–Mira...– dijo él después de una larga pausa. Su tono era más calmo –he cumplido mi promesa ¿no es cierto? Sigues estando intacta para tu marido, lamento haberte alejado de tu hogar pero por lo menos nadie te ha lastimado. Y nadie sabrá lo de Thorvald. En diez días regresarás a tu vida normal y todo esto será un mal recuerdo. No tienes nada para reprocharme.

–No entiendo esta decisión tan súbita...–insistí.

–Y yo no entiendo tu rabia ¿Acaso regresar a tierra firme no era lo que más ansiabas? –Desvió la mirada –Tal vez soy un cobarde, pero no puedes quedarte aquí. Si lo haces, no podré seguir controlándome ¿entiendes?

En ese momento, yo fui la cobarde. Yo debía haberle dicho que no me importaba que él se controle, que me importaba una mierda mi virginidad, que lo deseaba como nunca antes había deseado a ningún hombre. Pero no hice. En su lugar, evité su mirada y permanecí temblando y callada.

–Hay algo más –agregó él – El motivo por el cual soy el capitán de estos hombres, el motivo por el cual puedo liderarlos sin vacilaciones, es porque no tengo apegos. No hay nada que me aferre a ninguna parte. Eso me hace libre, y me permite tomar las mejores decisiones son solo para mí, sino para mi clan. Cuando...cuando estaba peleando con Thorvald, sentí algo que nunca sentí en ningún enfrentamiento. Miedo ¡Sentí miedo por primera vez, Sigrid! Miedo a que esa bestia te lastimara, miedo a perderte. Ese miedo me hizo temblar la mano, hubiera muerto de no ser por tu ayuda. Y eso no puede ocurrir ¿Lo entiendes? Un capitán no puede darse ese lujo.

Sostuvo mis manos en la suyas, y noté que su labio inferior temblaba muy sutilmente.

–Después de comer, mis dos mejores guardias te escoltarán. Los he elegido personalmente para esta misión. Me han jurado con sus vidas que te entregarán sana y salva a la fortaleza Clemens. Yo zarparé esta misma noche hacia el oeste y no volverás a vernos en tus orillas. Lo juro.

Solté sus manos con un movimiento violento.

– ¡ Eres un maldito cobarde! – gruñí entre dientes apretados. También me lo estaba diciendo a mí misma. Abandoné la cubierta con los ojos llenos de lágrimas.

–Tal vez lo soy –le escuché susurrar detrás de mis espaldas.

## Capítulo diez

Debo admitir que Leif el Aplastacráneos cumplió su palabra. Después del viaje a caballo más largo y más rápido de mi vida, llegué a los territorios de la familia Clemens en el transcurso de diez días. No había en mi cuerpo ni un rasguño, más que el cansancio normal después del viaje. Sus dos guardias me habían protegido con sus vidas y sus espadas, y en ningún momento osaron ponerme un dedo encima. De todas maneras, yo conservaba la daga que él me había regalado en mi cinto. Pero mi captor fue fiel a su juramento, y aquella soleada mañana yo me encontraba nuevamente en el salón del trono de mi marido, todavía virgen.

Volver a cabalgar en aquel patio me causó un escalofrió. La última vez que lo había visto estaba destrozado por el saqueo, y soldados y vikingos lo salpicaban de sangre en cruentos duelos. Ahora todo estaba reconstruido, como si nada nunca hubiera sucedido.

Como si Leif nunca me hubiera secuestrado.

Asombrados, unos guardias habían acudido a recibirme. Apenas podía creer que era yo. Y no podía culparlos, con mis ropajes y peinado vikingo lucía diferente. Además, confesaron avergonzados que me habían dado por muerta semanas atrás. Les pagaron su recompensa a los toscos guardias vikingos y estos se apuraron a cabalgar hacia el este y perderse en el horizonte. Me condujeron por los laberínticos pasillos de piedra de la fortaleza Clemens, ante la mirada atónica de los criados y soldados.

Finalmente, estuve frente a frente con Robert Clemens, quien había tomado el control de la casa luego de la muerte de su padre. Ver su cara de nuevo me produjo náuseas, y tragué saliva para controlarlas. Estaba sentado en el trono

de su padre con las levemente piernas abiertas, de una forma hasta casi grosera. Vestía los ropajes púrpura de la nobleza, y su cabello estaba perfumado y brillante. Pero su rostro seguía tan desagradable como la primera vez en que lo conocí, con esa mueca en sus labios que demostraba lo superior que se sentía al resto. Caminé a su encuentro en silencio, con mis botas retumbando en el piso de madera. Sentía que había retrocedido en el tiempo, al momento en que me presenté frente a él el día antes de mi boda. Muchas cosas habían cambiado, excepto mi desprecio por ese hombre. En todo caso, había crecido mi desagrado.

– ¡Sigrid Thorne! –Exclamó con una risa aguda –Incluso tus padres te daban por muerta.

–No estoy muerta, mi Lord. –Respondí con voz firme –Los salvajes me han secuestrado, pero me las he arreglado para escapar de mis captores y regresar a vos.

–Ya veo –se puso de pie –También veo que convivir con esos animales te han hecho olvidar las buenas maneras ¿Acaso has olvidado que debes arrodillarte frente a la cabeza del clan? ¡Yo soy el patriarca ahora!

Un murmullo penetró el silencio de la sala. Apreté los dientes y decidí seguirle el juego, no sin antes despedir un bufido de protesta. Pero me arrodillé en su presencia y fijé mi vista en el piso del salón.

Extrañamente, no pude evitar notar que Leif nunca me ha hecho inclinarme frente a su presencia. Tampoco pude evitar comparar como los dos hombres comandaban a sus súbditos. Uno los humillaba mientras que el otro bebía, reía y comía junto a ellos.

Escuché los pasos de Robert Clemens mientras descendía por la escalinata y caminaba hacia mí. Yo no sentía miedo, pero estaba temblando. Extendió su

mano hacia mí, ofreciéndome el anillo con el blasón de la casa Clemens para que yo lo besara. Apreté mis labios antes de hacerlo, pero lo complací. Él dejó escapar una horripilante risita de satisfacción, y me hizo un gesto con los dedos para que yo alzara la vista. Pero no me dijo que me pusiera de pie, lo cual hizo que mi corazón latiera con odio contra mis costillas.

—Ahora cuéntame, querida Sigrid ¿Cómo has sobrevivido esta hazaña digna de canciones? Me cuesta creer que esos salvajes hayan asesinado a mi padre pero te hayan perdonado la vida a una mujer de una casa menor como tú ¡estoy ansioso por oír tu historia!

La furia ardía como un incendio fuera de control dentro de mi pecho. Tomé un respiro hondo para tranquilizarme.

— Por supuesto, Mi lord. Los vikingos me secuestraron para ganar dinero con mi rescate, por eso era necesario que me mantuvieran con vida. Por otro lado, yo también estoy ansiosa de oír una historia, Mi lord. Me encantaría conocer el motivo por el cual el oro de mi rescate nunca llegó a Pyke. O ni siquiera una respuesta a la carta que los vikingos enviaron luego de raptarme. De seguro es una historia muy interesante, conociendo lo magnánimo y generoso que es Su Majestad.

Se hizo silencio una vez más. Fije mi mirada en la suya en tono abiertamente desafiante. Él frunció sus labios como un niño enojado.

—Pues sí, tenemos muchas historias que intercambiar. Hay una en particular que es crucial que yo escuche, para determinar si seguirás viviendo en esta fortaleza o no —dijo unos segundos más tarde sonriendo una vez más. — Pero antes, tal vez quieras darte un baño caliente, y comer algo. Y cambiarte esas ropas andrajosas.

Con un chasquido de sus dedos, unas criadas acudieron a mi ayuda. Me ofrecieron sus manos para que yo me ponga de pie y me condujeron fuera del salón. Llenaron una tina de agua caliente y me ayudaron a desnudarme. Permanecí sumergida en el agua vaporosa y perfumada más de lo debido; sentir como hasta el último de mis músculos se relajaba era una sensación deliciosa en un contexto aterrador.

También, ver mi piel desnuda me recordó a Leif. No sé por qué. Parecía que mi piel tenía mente propia, y lo extrañaba. Extrañaba aquellos dedos, aquella barba y aunque me daba vergüenza admitirlo, aquel miembro. También mi mente y mi corazón extrañaban esa risa, esas miradas y esos chistes vulgares.

Sequé mi cuerpo con la ayuda de las muchachas y ellas me trajeron un sencillo vestido de algodón. Me sentí triste cuando miraron mi vestido vikingo con inevitable desagrado y se lo llevaron para desecharlo. Sin embargo, les prohibí que se lleven mi capa gris.

– ¡ No! Conservaré la capa, gracias –le dije, arrebatándosela de las manos.

– ¿ Segura? tenemos capas más bonitas e igual de abrigadas –insistió la chica en forma cortés.

–No importa. La conservaré. Es un regalo. También el cinturón y la daga. Gracias.

Horrorizada, la chica hizo una reverencia y abandonó mi recámara. No era la misma en la cual me había hospedado mi primera noche en la fortaleza. Era una habitación más pequeña y de menor categoría, más alejada del salón principal Pero me sentí aliviada que no era el lecho nupcial de Robert Clemens.



Sin embargo, cuando intenté dormir aquella noche, sabía que en algún momento terminaría en aquella cama, penetrada por ese hombre horrible. Y prometía ser una experiencia completamente diferente a las que había vivido con Leif el Aplastacráneos. Sí, Robert de seguro no se tomaría el tiempo para explorar mi entrepierna palpitante con sus dedos, o con su boca. No se tomaría el trabajo de saborearme con su lengua hasta hacerme aullar. Ni tampoco aceptaría un no como respuesta si yo me sentía miedosa o incomoda ante sus avances.

Entre suspiros, me pregunté una vez más quien era el verdadero salvaje.

En mis sueños el mar rugía, indómito e infinito. Tal vez Leif tenía razón, y yo lo llevaba en mi sangre. Dormir era más placentero que estar despierta. Durante mis dos primeras noches de nuevo en la fortaleza Clemens, las horas transcurrieron en forma lenta y extraña, Robert no volvió a exigir mi presencia en su salón, y apenas me crucé con él a la distancia. Las criadas me trataban con la amabilidad justa, pero diferente a mi primera estadía allí. Era como si no supieran cómo tratarme, ni cual sería mi rol dentro del castillo.

Yo tampoco lo sabía.

¿Mi matrimonio con Robert seguía siendo legal? ¿O mi secuestro y la falta de consumación lo habían anulado? Aquello sería un verdadero alivio aunque... ¿Qué pasaría conmigo en aquel caso? Y por otro lado, si yo ya no era su esposa ¿por qué no me dejaba ir? ¿Por qué me retenía dentro de la fortaleza como una dama de compañía recluida en una recámara de poca categoría?

Como si aquello fuera poco; era obvio que Robert Clemens recibía otras mujeres en su dormitorio; en su mayoría mozas de caballeriza y criadas. Ni siquiera se preocupaba por ocultarlo; era como si deseara molestarme exhibiendo que se follaba otras mujeres en la que debía ser nuestra cama matrimonial. Y según las normas en las cuales me habían educado, yo debía

sentirme profundamente ofendida y deshonrada por aquello, pero la verdad era que no me importaba. De hecho, prefería que folle con otras mujeres y que mí no me pusiera un dedo encima. Por supuesto, aquella suerte era demasiado buena para mí. No iba a salvarme tan fácilmente; como jefe del clan él podría decidir mantenerme en el castillo por cuestiones políticas mientras tomaba otras amantes.

Pensaba en aquello mientras miraba por la pequeña ventana de mi dormitorio, y añoraba el océano que se desplegaba a la distancia. A veces me preguntaba dónde estaría la embarcación de Leif ¿En el este? ¿En el oeste? pero lo más importante ¿Por qué no podía dejar de pensar en él? la idea de pasar el resto de mi vida sin él me hacía doler el pecho ¡Y no era más que un vikingo salvaje, rudo y asesino! ¡Que me sacaba de quicio y me había atado a su cama!

También sentía que había perdido algo...la oportunidad de explorar nuevas tierras, nuevos mundos. Sabía que lo lógico era que yo regresara a la fortaleza; más allá del origen de mi bisabuelo, yo había nacido como una dama noble y aquel era el mundo al cual yo pertenecía. Pero el mar no dejaba de llamarme, y yo lloraba en secreto por las tierras que jamás llegaría a conocer.

Una tarde, yo estaba recluida en mi recámara cuando una de las criadas me trajo una pluma, tinta y papel. Me comunicó que Robert pensaba que sería buena idea escribirles una carta a mis padres. La muchacha volvió a dejarme sola, yo remoqué la pluma en la tinta y permanecí pensativa ¿qué iba a escribirles? ¡Si ni siquiera yo comprendía mi propia situación!

Suspiré, abatida. No podía pedirles que anularan la alianza con la familia Clemens ¡se los había suplicado miles de veces antes de partir y fue en vano! Tal vez Leif tenía razón; el status social era más importante para ellos que la vida de su hija. Incluso si y escapaba de la fortaleza y regresaba a casa, estarían furiosos conmigo. Y al comprobar que yo era virgen, elegirían otro marido para mí. No había salida. Furiosa, arrojé la pluma y el papel al suelo. Las lágrimas comenzaron a rodar por mis mejillas. Me di cuenta que, en

ningún momento de mi vida, a nadie jamás le había importado lo que yo deseaba.

*A Leif...a Leif le había importado.*

*No, de lo contrario no me hubiera enviado aquí de vuelta.*

Pero de todas maneras ya era demasiado tarde. Debía buscar la forma de revertir aquella situación a mi favor. Por alguna razón, la voz de Leif resonaba en mi cabeza, recordándome lo fuerte que yo era. Aquello me daba ánimos. Y me hacía sonreír en aquellas horas oscuras.

*¡Deja de pensar en él!*

Pero aquella noche volví a soñar con sus rizos rojos, y con su sonrisa que prometía libertad. Mi cuerpo se estremeció bajo las sábanas, y desperté cubierta de sudor y de lágrimas. Permanecí despierta el resto de la noche, hasta que con la mañana una criada irrumpió en mi recámara.

–Lord Clemens desea verla –me dijo en tono amable pero seco. No me ayudó a vestirme; poco me importaba. Había llegado a apreciar vestirme sin ayuda de nadie y peinar mi propio cabello a mi gusto. Mi instinto me dijo que llevara mi daga conmigo, así que la oculté entre los pliegues de mi vestido. También abrigué mis hombros con la capa gris, que más que protegerme del frío de la costa, me otorgaba una valentía especial. Aun así, mis piernas temblaron mientras abandoné mi recámara. La brisa del mar acarició mis cabellos cuando me encontré en el patio principal. Robert Clemens estaba desayunando afuera, para disfrutar del sol, sentado casi en el mismo lugar donde habíamos festejado nuestra boda. Observé sus ojos mirándome mientras bebía, y a lo lejos el mar que rugía en los acantilados que rodeaban el castillo.

–Buenos días, Mi lord le dije mientras tomaba asiento a su lado. Las criadas disponían cerveza y pan negro, pero yo no tenía apetito. Brevemente, recordé que jamás volvería a probar aguamiel y eso me produjo tristeza.

–Buenos días, Sigrid –respondió con algo de indiferencia. Se llevó un trozo de pan a la boca y rápidamente volvió a hablar con la boca llena. Sus ojos me escudriñaban con recelo – Creo que este es un buen momento para saber los detalles de tu *escape*.

–Pues...cuando desembarcaron en Pyke la mayoría se dedicó a beber y buscar mujeres. Una noche, mientras estaban borrachos, yo escapé y cabalgué hasta aquí. –mentí.

–Ya veo. Entonces supongo que debería estar agradecido que no he pagado esa ridícula cantidad de oro que pedían por ti –bebió su cerveza de un sorbo y volvió a mirarme. Sus labios gruesos estaban húmedos y eso me produjo asco  
–Lo que no entiendo es ¿Por qué tenías dos vikingos escoltándote? Mis guardias me han dicho que tuvieron que pagarles por traerte a salvo.

Tragué saliva, algo temerosa.

–Ya sabes cómo son esos mercenarios....les prometí dinero si me traían a casa sana y salva.

–Oh, y por lo visto has sido muy convincente ¿te acostaste con ellos?

– ¡ No!– estallé. La rabia hizo arder mis mejillas, Robert Clemens despidió una risita sarcástica.

–Me has sido fiel, entonces –volvió a beber de su cerveza.

–No me he acostado con nadie. Es mucho más de lo que puedes decir tú...–  
dije entre dientes apretados.

– ¿ Acaso estás celosa? No te conviene desafiar mi ira. A tus padres no les  
gustaría si decido anular este matrimonio. –me dijo en tono amenazante.

–No me importa con quien te acuestes –refunfuñé.

–Pues a mí sí. –golpeó su pinta de cerveza contra la mesa, salpicando hacia  
mis dedos – Por eso cuando recibí esa estúpido intento de chantaje quemé el  
mensaje y les ordené a mis hombres que no pagaran ni un penique.

– ¿ De qué estás hablando? –pregunté, furibunda.

– ¿ Por qué debería haber pagado?

– ¡ Sabes muy bien por qué! –Respondí indignada – ¡ No espero amor de tu  
parte, ambos sabemos muy bien los motivos por los cuales se ha forjado una  
alianza entre nuestras familias! pero justamente, para honrar esa alianza,  
deberías haber pagado el rescate para evitar que dañen a tu esposa. Si no te  
importa mi honor, por lo menos debería importarte honrar la alianza entre  
nuestros clanes.

– ¿Quieres hablar de honor? ¿Vas a hacerme creer que ninguno de esos  
vikings te ha follado? ¿Por qué debería pagar por un bien dañado? ¡Soy el  
patriarca de la casa Clemens, no voy a tener en mi lecho a una mujer que fue  
usada por esos salvajes!

– ¡ Pero yo debo tocarte después de que has follado a todas esa mujeres! ¿Por qué en tu caso eso es aceptable?

Respiré hondo. Mis dedos estaban acariciando mi daga oculta, y solo podía soñar con apuñalarlo. Pero no podía hacerlo.

–Cuidado, Sigrid. No querrás hacerme enojar y que anule la alianza ¿verdad? Tus padres estarán muy decepcionados.... hasta podrías comenzar una guerra civil con tus caprichos de niña –Acercó su rostro al mío, y yo le sostuve la mirada, desafiante –Ese vikingo que ha asesinado a mi padre ¿te ha follado? Dime la verdad.

Tragué saliva de nuevo. Me negué a responder.

–Por supuesto que no – dije entre dientes.

–Pues que bueno....entonces no te negarás a que el médico te examine. – desvió su mirada y volvió a beber de su cerveza.

– ¿ Médico? –pregunté confundida.

–No pretenderás que crea en tu sola palabra ¿verdad? Quiero que un médico me confirme que sigues siendo virgen. Es por mi propio bien además ¡Quien sabe que peste puedo contagiarme si meto mi polla en el mismo agujero que un montón de vikingos sucios! Si realmente no tienes nada que ocultar, no tienes que temerle a una simple revisión. Si valoras tu propia vida, ojalá no estés mintiendo. Y yo también deseo que estés diciendo la verdad, pues me he quedado con las ganas de probar ese coño.

No pude tolerarlo más. Tal vez Leif tenía razón y sangre salvaje corría por mis venas, pues en ese momento la sentía hervir. Mis dedos fueron

automáticamente a la daga oculta en mi vestido y la desenfundé. Con un movimiento rápido y veloz la presioné contra el cuello de mi marido. Algunos guardias a la distancia vieron la escena y corrieron hacia nosotros mientras desenfundaban sus espadas, sorprendidos.

– ¡ Estás loca! – rió Roberto con el cuchillo en el cuello. Pero podía notar la cobardía en sus ojos. – ¡ Yo tenía razón! ¿Cuántos de esos te la han metido? ¡Bien podrías estar cargando el bastardo de uno de esos animales!

– ¡ Ninguno, pero aun así no pienso que tu médico me toque! –Chillé – ¡No te debo nada a ti, ni a nadie! ¡Si me han follado un centenar de hombres no es asunto tuyo!

Con un movimiento desprevenido., Clemens me sujetó del cuello. Mis dedos perdieron fuerza, pero no solté el cuchillo.

–Maldita puta –refunfuñó mientras intentaba estrangularme. A mí me faltaba el oxígeno, pero no soltaba la daga en mis manos. Uno de los guardias me jaló del cabello con fuerza y me arrastró al suelo. Yo estaba tosiendo y recuperando el aliento cuando uno de los soldados gritó:

– ¡ Mi Lord! ¡Nos atacan! ¡Vikingos!

Robert se puso de pie.

– ¿ Cuántos barcos?

–Solo uno en la orilla. Un grupo de veinte vikingos esta intentado penetrar la fortaleza.

El aire dolía en mi pecho y mi corazón se aceleró.

– ¿Veinte? –Rio Robert, luego dirigió su mirada hacia mí – Nos desharemos de ellos con facilidad. Y luego resolveremos este pequeño asunto nuestro, miladi.

Quise maldecirlo, pero uno de los guardias me jaló del brazo y me obligó a ponerme de pie. Con cuidado, me las arreglé para volver a esconder mi cuchillo entre las mangas de mi vestido.

–No creo que se atan sencillo – suspiró uno de los soldados –Son pocos, pero más feroces de lo que jamás hemos visto. El líder ya le ha aplastado el cráneo a cinco de los nuestros.

*Leif.*

La cara de Robert se retorció en una mueca de sorpresa e insatisfacción. Y justo en aquel momento, oímos el portón de la empalizada temblar.

– ¡Manténganlo! ¡Manténgalo! –comenzó a aullar Robert, con el miedo vibrando en su voz como buen cobarde. Los soldados se agolpaban para contener la entrada de la fortaleza pero fue en vano. Pronto las hachas se hicieron paso, haciendo saltar astillas de madera mientras penetraban el portón. En verdad, era un grupo pequeño de salvajes, y yo reconocí los rostros de algunos de ellos, a pesar de sus cascos y cabellos revueltos y ensangrentados. Especialmente, reconocí a su líder, que blandía la espada como una bestia salvaje al frente de ellos. Nuestros ojos se encontraron a la distancia y todo mi cuerpo se estremeció con una mezcla de euforia, alegría y miedo.



*¡Leif!*

Hasta creo que me sonrió a la distancia, con su barba salpicada de sangre y su piel cubierta de sudor. Se quitó de encima a dos o tres guardias de un solo golpe de su espada y lanzó un grito feroz, que hizo que los guardias sobrevivientes se replegaran.

– ¡Robert Clemens! –aulló Leif. Quedan siete u ocho vikingos de pie, formados detrás de él, espadas y hachas en mano. Sus escudos estaban ensangrentados y sus respiraciones eran bufidos que llenaban el aire de miedo.

Quise huir hacia él pero Robert me sostuvo de la muleca con una fuerza tal que temí me la quebrara. Vi el pánico en sus ojos, y hasta podría jurar que su labio inferior temblaba. Los guardias esperaban su orden, aunque también pude notar que temían arremeter contra los salvajes guerreros del mar.

–Robert Clemens! ¡Soy Leif el Aplastacráneos, yo asesiné a tu padre! –volvió a aullar Leif. Su voz retumbó en mi estómago y entre mis piernas – Supongo que puedes agradecerme por eso, ya que ahora eres el jefe de este castillo.

Sonrió de esa manera tan típica de él. Robert Clemens no estaba divertido en lo absoluto.

–Retírense, o los asesinaremos a todos – respondió, pero a su orden el faltaba la convicción que cierta vez su padre había tenido. Sus hombres parecían decepcionados por ello, pero nadie dijo nada.

–Aun con menos de diez hombres puedo derribar este castillo hasta sus cimientos y lo sabes ¡pero no me importa! ¡No he venido para eso! –Tomó un

respiro hondo, y luego me señaló con su espada – ¡ Entrégame a tu mujer! ¡Es lo único que quiero! ¡Entrégame a Sigrid y zarparemos sin dañar a nadie! Tampoco volverás ver nuestros barcos en tus orillas, tienes mi palabra. Pero si no la dejas ir ¡esta fortaleza arderá en llamas!

Mi corazón casi estalla fuera de mi pecho al oír aquellas palabras. Pero también temí por Leif, pues esa propuesta no hacía más que exponer su vulnerabilidad. Su debilidad por mí.

–Vaya... ¿ todo esto por un coño? –Rió Robert –Estás en desventaja, y lejos del mar. No te conviene pelar con mis hombres.

–Lo sé. No deseo otra batalla campal, no quiero que mueran más hombres míos ni tuyos – Leif dio un paso al frente acechando como una bestia. –Un duelo. Solo tú y yo.

Todo mi cuerpo se estremeció de miedo. Robert dibujó una media sonrisa en su rostro.

– ¿ Un duelo?

–Si tú ganas, mis hombres se retirarán de tus tierras y nunca volverán. Pero si yo gano, me llevo a tu esposa.

Tanto los vikingos como los soldados de tierra firme se miraron confundidos. Pude notar como algunos soldados le aconsejaban por lo bajo a Robert que no se enfrentara a Leif. Pero de todas maneras, este desenfundó su espada y dio un paso al frente. Yo sentía tanto miedo que no quería mirar el enfrentamiento, pero al mismo tiempo, no podía dejar de mirar.

Leif sonrió complacido, y avanzó hacia Robert espada en mano. Como mi marido no poseía escudo, Leif arrojó el suyo al suelo en señal de honor. Quería enfrentar a Robert en igualdad de condiciones. Pero tal muestra de honor era contraproducente en aquel momento. Yo podía sentir como me temblaban las rodillas al verlo dibujar un círculo con sus pasos. Se estudiaron unos breves instantes, y luego Robert atacó primero. Me llevé las manos a la cabeza y jalé de mi propio cabello, aterrorizada. Grité en silencio mientras Robert lanzaba furiosas estocadas hacia Leif, y en ese loco momento, me di cuenta que yo amaba Leif. Sentía cada ataque como si fuera destinado a mí; y hasta podía sentir cada corte y cada golpe en mi propia piel. Durante un oscuro momento, pensé que no toleraría verlo morir. Me arrojaría al mar si aquello ocurría.

Pero no, me dije a mi misma. Robert no era rival para Leif. Su entrenamiento con la espada era muy limpio y correcto, mientras que Leif tenía un estilo salvaje y brutal. Su estilo era justamente no tener estilo; lanzaba estocadas entre gritos furiosos, como si su vida dependiera de ello. Y logró asestarle varios golpes a Robert, sin embargo estaba perdiendo la batalla.

Los vikingos gritaban vitoreando a su capitán, y los soldados también gritaban arengando a su señor. Sus voces eran tambores que golpeaban mi cabeza. No podía tolerarlos. Tampoco podía tolerar la escena frente a mis ojos.

Y de pronto, comprendí que era lo que me asustaba tanto. No era la súbita revelación de estar enamorada de un vikingo. Era la posibilidad concreta de que él pudiera perder la batalla ¿Por qué Leif perdería un duelo con un espadachín mediocre y cobarde como Robert Clemens? Pues por el mismo motivo por el cual casi pierde la vida con el bruto de Thorvald; su mente no estaba concentrada en la batalla, si no en mí. Sus ojos no se despegaban de mi figura, y aquello lo hacía vulnerable. Vulnerable y débil como ningún vikingo podía darse el lujo de ser. De pronto entendí sus palabras al despedirse de mí en Pyke.

*No me mires a mí, ¡pelea!* me encontré a mí misma aullando en silencio. Pero Leif ya estaba derrotado; lo había estado desde el momento que ideó un plan tan estúpido como atacar la fortaleza Clemens con un solo barcoluengo y veinte hombres. Aquello me provocó otro descubrimiento; realmente yo era peligrosa para él. Yo podía guiarlo a una muerte tan fácil como estúpida, yo era capaz de hacer que esos vikingo temblara de miedo y cometiera locuras. A pesar del miedo a perderlo que me poseía por completo, también sentí la más profunda felicidad.

Yo lo amaba, y él me amaba a mí.

Nuestros ojos se encontraron al unísono, al mismo instante en el cual aquella revelación explotó en mi mente. Él también lo sabía, y me sonrió. En ese momento, la sangre brotó de su boca. Lancé un grito de horror; Robert lo había herido con su espada.

Leif retrocedió unos pasos; era una herida superficial, pero que lo hizo caer de rodillas. Mantenía su espada entre sus dedos, mientras su pecho subía y bajaba intentando recuperar fuerzas. Robert dio medio paso hacia él, y estaba preparando su estocada final cuando algo se apoderó de mí.

Mis pies ni siquiera tocaron el suelo cuando me abalancé hacia adelante. Todo se tornó negro. Cuando volví a mí misma tenía mi mano empapada en sangre, y mi daga hundida en el estómago de Robert Clemens. Sus ojos estaban abiertos de par en par, enfurecidos y sorprendidos al mismo tiempo. Yo podía escuchar mi propio corazón palpitando desbocado por el miedo, y su aliento agitado mientras su vida se agotaba. Esos breves instantes se sintieron eternos; hasta el último hombre hizo silencio, y solo el mar rugía de fondo. Cuando Robert rodó muerto sobre la tierra, mis manos temblaron y dejaron caer el cuchillo. Mis dedos estaban empapados de sangre hasta mis muñecas, y solo pude observar como temblaban. El tiempo se aceleró después de aquello; podía oír a los soldados gritando y preparándose para atacar, y yo corría. Corría de la mano de un Leif herido pero determinado a sobrevivir. Una vez más, no recuerdo

mis pies pisando la tierra. Tampoco recuerdo el trayecto hacia la playa, ni cuantos vikingos murieron para que Leif y yo llegemos sanos y salvos al barcoluengo, solo se cuándo sentí la madera de la cubierta bajo mis pies, me sentí en casa. Por primera vez en mi vida, estaba en mi hogar. Las velas cobraron fuerza gracias al viento y el barcoluengo hizo su huida final. Mi cabeza todavía daba vueltas y me costaba respirar, pero conforme veía las orillas de las tierras Clemens perdiéndose en el horizonte, me tranquilicé.

## Capítulo once

Leif envolvió mis hombros con su capa de lobo negra, y masajé mis hombros con dulzura. Yo le di un sorbo a mi aguamiel, y sentir ese sabor dulce deslizarse por mi garganta me reconfortó. El camarote que servía de salón estaba cálido aquella noche, pero más vacío que como yo lo recordaba. Los tripulantes alzaron sus cuernos en honor a los caídos, y yo me uní al brindis solemnemente.

– ¿Cómo te sientes? – me preguntó Leif luego de beber.

– Yo debería preguntar eso – respondí – ¿Cómo está tu herida?

– Solo un rasguño. He tenido peores – respondió con una de sus sonrisas confiadas, No podía creer que estaba contemplando esa sonrisa una vez más. – Pero tú....

– Yo ¿qué? – volví a beber de mi cuerno.

– Te conozco, Sigrid. Podría apostar que te sientes culpable por haber apuñalado a Clemens.

– Pues perderías la apuesta – le sonreí – Me alegra que ese desgraciado esté muerto. Tal vez tengas razón, y yo sea una salvaje después de todo.

– Lo eres – dijo, orgulloso, y sus dedos apartaron un mechón de cabello de mi

rostro con ternura –Por eso volví.

–Estás loco –suspiré, pero estaba feliz.

–Definitivamente lo estoy. Zarpamos rumbo al Norte, y esa misma noche me di cuenta que no podía seguir viviendo sin ti, así que cambié el rumbo de mi embarcación y me separé del grupo. Estaba decidido a regresar contigo, o muerto – sus ojos se encendieron por el fuego de las antorchas.

– ¿Sabes? creo que no deberías haber regresado –musité.

– ¿Por qué?

-Porque vi tus ojos mientras peleabas con Robert. Y recordé lo que me habías dicho al despedirme, que un capitán no podía tener apegos, que eso solo ponía su vida en riesgo. Y tienes razón. Casi mueres dos veces porque mi presencia te distrae...no quiero que te encuentres en una situación vulnerable gracias a mí.

Tomé un respiro hondo, el pecho me dolía un poco. Era una sensación completamente nueva. Leif sujetó mi barbilla y me obligó a mirarlo a los ojos.

–Pues es muy tarde para eso. –Me dijo con un susurro ronco –Pues me he enamorado de ti desde que me amenazaste con *destriparme como a un pescado*. En ese momento supe que no había otra mujer para mí. Y si, tienes un poder sobre mí que nadie ha tenido nunca, y el miedo a perderte me hace tomar decisiones estúpidas. Pero aun así, cuando estaba zarmando al Norte y pensé que nunca volvería a verte, creí que iba a volverme loco.

Nos sostuvimos las miradas durante un instante que se sintió eterno. Los

hombres bebían y canturreaban a nuestro alrededor y la embarcación se mecía con suavidad sobre el oleaje nocturno. Yo estaba en casa, contemplando esos ojos profundos e indómitos.

–Dime una cosa... ¿Qué pasó por tu cabeza cuando apuñalaste a Clemens? – me preguntó mientras acariciaba mi mejilla.

–Nada, realmente. No estaba pensando. Solo podía sentir.

– ¿Y qué sentías?

–Que tenía que hacer algo para ayudarte. Que me volvería loca si algo malo te sucedía.

Leif sonrió.

–Yo cometo locuras por ti y tú apuñalas a mis enemigos. Entonces la solución es que nunca te apartes de mi lado ¿no te parece?

Despedí una risita y Leif me besó. Al sentir de nuevo el contacto con sus labios, y su barba cosquilleando mi cara, una ola de fuego desperté en mi pecho y se expandió por todo mi cuerpo. Sentí que el tiempo no había transcurrido, que nada nunca nos había separado. Me aferré a sus fuertes hombros y presioné mis pechos contra su cuerpo. Me perdí en su ajustado abrazo y absorbí el calor de su piel.

–Sigrid –suspiró contra mis labios –Solo quiero saber una cosa...él ¿él te ha...?

–Robert no me ha puesto un dedo encima. Sigo siendo virgen, no te preocupes



– respondí en forma automática. Me decepcionaba que todos los hombres de mi vida parecían obsesionados por mi virginidad. Pero como de costumbre, Leif me sorprendió.

–Me importa una mierda lo que los nobles llaman *virginidad* – respondió – Solo me preocupaba que él te hubiera lastimado. Fui un idiota por haber tardado tanto....y por haberte dejado ir.

Sonreí y lo abracé más fuerte aún.

–Lo has sido. Pero ahora puedes compensarlo. –le respondí en tono desafiante. Él se abalanzó contra mis labios y me besó con fuerza. Separe mis labios instintivamente y su lengua penetró en mi boca. Danzaron juntas unos largos y lentos minutos, mientras yo me sentía ardiendo a fuego lento. Toda mi piel se erizó, presa de escalofríos deliciosos. Sus manos acariciaban mi espalda con brusquedad, apretando mi cuerpo más fuerte contra el suyo. Sentí su corazón latir furioso contra mi pecho, y sus manos deslizándose hacia mis caderas de una manera que me hizo temblar las rodillas. Mi entrepierna comenzó a humedecerse con sus besos y caricias, y los laidos en mi interior se tornaban cada vez más rápidos y molestos. Llegó el punto en que no pude respirar más, y jadeé contra su boca. Sus manos me asían hacia él, exigentes y nerviosas. Pero él tenía el control y eso me gustaba.

Sin decir una palabra, me jaló del brazo y me condujo a su camarote. Estar nuevamente entre aquellas paredes, que me habían oído gemir de placer por primera vez en mi vida, me hizo humedecer todavía más. Pero no tuve tiempo para reaccionar, Leif cerró la puerta de un golpe y volvió a besarme como si quisiera devorarme viva. Mientras nuestras lenguas se saboreaban la una a la otra, sus manos me despojaban de mis ropas. Me abrieron el frente del vestido con una fuerza que hizo volar algunos botones por el aire. Cuando mis pechos estuvieron expuestos, sentí el aire frío poniéndome los pezones duros. Leif arremetió contra ellos, apretándolos con ambas manos y envolviendo un pezón con sus labios. Una vez más, su barba me hizo unas cosquillas exquisitas, y

expulsé un gemido de placer. Sus labios besaban, succionaban y mordisqueaban mi pezón, y mis piernas temblaban tanto que temí caerme al piso. Leif me silenció con un beso rabioso, mientras sus manos continuaban estrujando mis pechos sensibles. Me apuré a quitarle la túnica con manos nerviosas, pero no pude hacerlo. Él me empujó de espaldas sobre su cama y mi cuerpo semidesnudo rebotó contra su colchón. Se arrancó la túnica frente a mis ojos y mi mirada recorrió cada musculo duro de su abdomen, cada vello rojizo entre sus pectorales y cada cicatriz que surcaba su piel. Las punzadas entre mis piernas se sintieron más fuertes e insoportables. Noté que entre sus piernas ya se alzaba una erección enorme, oculta bajo sus pantalones, los cuales él estaba en proceso de desatar. Sentí una pequeña dosis de miedo ante lo que iba a suceder, pero pronto fue barrida por una urgencia que me torturaba. La urgencia de sentirlo, de unirme a él, de sentirlo en lo más profundo de mis interiores que palpitan hambrientos.

Arrojó sus pantalones a un lado mientras yo me quitaba las botas. Su miembro estaba enrojecido, alzándose duro sobre la mata de vello pelirrojo. Instintivamente, me acerqué a él y lo envolví en mis dedos. Él tan solo me miró, jadeante mientras yo acariciaba toda su longitud. Por un momento, hasta me pareció que era más grande de lo que yo recordaba. O tal vez la idea de tener ese miembro impresionante dentro de mí me asustaba. Pero me fascinaba acariciarlo, y a pesar de la urgencia que nos devoraba en aquel momento, Leif se quedó quieto para que yo me regodeara en acariciarlo. Deslicé mi dedo desde la punta hasta la base, una y otra vez. Luego hice lo mismo pero envolviéndolo firmemente entre la palma de mi mano. Me sorprendía la firmeza de su carne, y adoraba escuchar sus gruñidos de placer y su respiración agitada. Cuando besé la punta de miembro, lo oí gemir mi nombre, y era lo más excitante que oí en mi vida. Lo envolví en mis labios y comencé a saborearlo, subiendo y bajando mi cuello despacio. Me encantaba la sensación de engullirlo, si bien era difícil pues su largo era bastante impresionante. Moví mi cabeza suavemente hacia arriba y abajo, sin embargo no pude hacer esto durante mucho tiempo, desesperado, Leif me jaló de los brazos y me tumbó de nuevo sobre la cama. Sé que él no deseaba ser violento, pero estaba tan excitado que le costaba refrenar a su bestia interior. No me asustaba, de hecho, me hacía humedecer todavía más. Mis muslos estaban

temblando y empapados, y cuando él me mordió los labios, solo podía pensar en que me folle.

Luego de un beso rápido, él se acomodó entre mis piernas, pude sentir la punta de su polla contra mi entrepierna mojada. Sin embargo, él hizo otro movimiento sorpresivo. Alzó la falda de mi vestido y me quitó el paño de lino que servía de ropa interior, haciéndolo jirones. Yo estaba tan mojada que el aire se sintió frío entre mis piernas. Leif separó mis muslos con sus manos y hundió su cabeza entre mis piernas. Comenzó a besar y mordisquear mis labios entre ellas, y yo me sobresalté con un gemido agónico. Sus manos subieron hasta mis pechos, y los masajeaba mientras su lengua torturaba mi clítoris palpitante. No podía soportarlo, a pesar de lo bien que se sentía. Comencé a sentir como mis músculos internos se contraían a un ritmo impetuoso, desesperado. Lo necesitaba dentro de mí. Y comencé a gemir por él, por su miembro duro. Pero Leif tan solo continuaba devorándome, penetrándome con su lengua y curvándola en mi interior, haciéndome cosquillas en lugares que me hacían gritar, Y sus dedos pellizcando mis pezones solo me hacían gozar más.

Me contraí de placer, sacudiendo mi cuerpo en forma violenta. Debo haber aullado como una bestia en celo cuando el placer me golpeó tan despiadadamente. Mientras recuperaba mi aliento, la lengua de Leif continuaba saboreándome, a un ritmo más lento y suave que unos minutos atrás. Cuando finalmente se despegó de mi entrepierna, él inclinó su cuerpo sobre el mío. Lo besé, y me saboree a mí misma en sus labios y en su lengua. Mi corazón latía con furia por mi orgasmo repentino, Pero aun así yo quería más. Necesitaba más.

Besó mis labios y mordió mi cuello, mientras yo sentía la punta de su miembro haciendo presión en mi entrada. No sentí ni una pizca de miedo en aquel instante.

– ¿Lista? –me preguntó él con un susurro ronco, uno que evidenciaba que él

no podía esperar más. Asentí y lo besé una vez más. Fue un beso breve, ambos estábamos hambrientos el uno por el otro.

Mientras él se acomodaba ente mis piernas, y me indicaba que rodeé su cintura con ellas, yo me di cuenta lo afortunada que era ¡iba a hacer eso con un hombre a quien yo realmente deseaba! ¡Y que me deseaba a mí de la misma manera! ¿Cuántas mujeres de mi condición gozaban de la misma fortuna?

Estaba tan húmeda que su glande se deslizó con facilidad dentro de mí. Apreté mis dientes y me contraje con un poco de dolor. No podía negar que ese miembro era grande, grueso, y yo no estaba acostumbrada a aquello. Pero el dolor, si bien agudo, fue breve. Leif avanzó despacio, hasta que toda su longitud estuvo enterrada en mí. Se quedó inmóvil unos instantes, con sus ojos fijos en mi rostro estudiando cada una de mis reacciones. Mis músculos internos palpitaban alrededor de su grosor, en un principio con dolor, y pronto con un placer inconmensurable.

Sin que yo dijera nada, él lo supo, y comenzó a embestir. Me aferré a su musculosa espalda mientras él aumentaba el ritmo.

Las embestidas eran deliciosas, lentas pero poderosas, llenándome hasta lo más recóndito, y golpeando lugares que me hacían aullar en su oído. Sentí sus dientes en mi cuello mientras se movía más rápido, y busqué sus labios, frenética. Entrelazamos nuestras lenguas mientras él me follaba, y yo sentía que mis interiores pulsaban anunciando un nuevo y segundo orgasmo, más potente que él me había brindado con su lengua.

—Mierda, Sigrid...—él gruñía mientras su estocadas se tornaban más fuertes y duras —Te amo ¿lo sabes? Te amo...

Quise responderle, pero solo pude gemir de placer. Creo que rasguñé su espalda tan fuerte que le hice sangrar un poco. Sus embestidas eran cada vez

más brutales y despiadadas, entrando y saliendo de mi cuerpo a un ritmo frenético y delicioso. Alcé mis piernas todavía más, ajustándolas a su cintura y haciendo que la penetración fuera más profunda. Aquello nos hizo gritar a ambos, y sentí a Leif empujando todavía más rápido y duro.

Me corrí de nuevo, apretando su cuerpo contra el mío. Mis músculos internos contraían a un ritmo violento, apretando su polla con una fuerza increíble. La electricidad subía y bajaba por mi espina dorsal y mis interiores retorciéndose provocaron su orgasmo también. Lo escuche gruñir en forma agónica, y alzó su cuello hacia atrás. Su polla vibró dentro de mí, y era lo más increíble que sentí en toda mi vida. Instantes después, una ráfaga de semen caliente me estaba desbordando. Me encantaba sentir como me llenaba, y sus labios pronto silenciaron mis gemidos.

Nos estábamos besando cuando él se quedó quieto, con su polla aun enterrada en lo más profundo de mi cuerpo. Nuestros labios se negaban a despegarse, saboreándose con lentitud y cansancio, mientras su polla palpitaba con suavidad dentro de mí cuerpo. Sonreí cuando sentí las últimas gotas de su semen llenándome. La nariz de Leif rozaba la mía, y yo me sumergí en esos ojos que lucían cansados y satisfechos. También felices. Nunca había visto aquella expresión en un hombre, y me enorgulleció pensar que yo la había provocado. Me hizo sentir poderosa, y no podía esperar para provocar esa expresión en Leif miles de veces más. Cuando deslizó su miembro fuera de mí, me sentí algo vacía. Las emociones me desbordaron. Estaba extasiada, feliz y melancólica al mismo tiempo. Pero no pude perderme en mis pensamientos pues él me abrazó contra su pecho y besó mi frente.

– ¿Sientes dolor? –me preguntó unos momentos más tarde.

–No –respondí, y reí para mis adentros. Había nobles en tierra firme que nunca me hubieran hecho aquella pregunta. Ni me hubieran abrazado con tanta ternura y protección.

Permanecimos abrazados, compartiendo lánguidas caricias mientras las olas rugían con suavidad afuera.

– ¿Qué ocurrirá ahora? –pregunté, descansando mi rostro en su pecho, cubierto de un delicioso sudor. Sus manos acariciaban mi cabello.

–Pues...eres una criminal buscada ahora. Al igual que yo. No podemos poner un pie en tierra firme –explicó Leif. Luego movió su cara para mirar a mis ojos –Lo lamento.

– ¿Por qué? –le respondí, segura de mi misma –Yo no pertenezco a tierra firme, tú lo has dicho. Mi hogar es el mar y tú me has devuelto a él. No tienes nada por qué disculparte.

–No volverás a ver a tu familia – se disculpó Leif en tono culpable.

–No me interesa volver con la gente que me vendió como si fuera un trozo de carne, y que no hizo nada para ayudarme cuando desaparecí. Tal vez todavía piensen que estoy muerta de todas maneras. Y están en lo cierto, la vieja Sigrid ha muerto. –Besé sus labios una vez más – Este es mi hogar, Leif.

Al oír mis palabras, él me besó de nuevo, esta vez en forma más apasionada y hambrienta. Nuestras lenguas se entrelazaron y volver a saborearlo me hizo estremecer, Me envolvió en sus potentes brazos y yo decidí que no quería abandonarlos nunca más.

**FIN**

¡Gracias por elegir mi libro! Si disfrutas los romances eróticos tal vez te interese [La novia del vikingo](#).





## **Sinopsis:**

*Para mí no es ningún logro obligarte a nada – dijo, y adelantó su cara hasta que sus labios estaban casi rozando los míos –Te follaré cuando tú lo desees, y esa será mi verdadera victoria. Hacer que una princesita hermosa como tú desee a un vikingo salvaje como yo.*

Luego de que su padre perdiera la guerra contra los salvajes del norte, la aguerrida Lyra deberá contraer matrimonio con el líder vikingo Thorfinn, de cabello tan rojo como el fuego.

La muchacha, que toda su vida soñó con blandir una espada y tener aventuras, no acepta bajo ninguna circunstancia que su rol se limite a darle herederos a un hombre que no ama.

Pero debajo de esa fachada bestial Thorfinn no es lo que parece.

## **Fragmento:**

Thorfinn aferró mi mano con más fuerza y me condujo por los pasillos de

piedra de la fortaleza. Mi corazón latía tan fuerte que mis pies apenas tocaron el piso. Mi cabeza daba vueltas mientras me conducía por aquellos laberintos oscuros, y las voces del jolgorio se apagaron a medida que avanzamos.

De pronto me encontré en una recámara abrigada e iluminada por un rudimentario hogar. La cámara era bastante más baja que las que solíamos usar en casa, cubierta de gruesas pieles de animales que la mantenían cálida. Solos oía el crepitar del fuego, hasta que Thorfinn cerró la gruesa puerta de un golpe que me sobresaltó. Lo escuché asegurar el pestillo y tragué saliva.

Sentía que el calor me estaba asfixiando, y mi primera reacción fue quitarme la piel de lobo de sobre mis hombros. Cuando giré, Thorfinn se había quitado la túnica de lino y tenía su pecho descubierto. Sentí una extraña sensación de vértigo, de estar cayendo en un abismo a pesar de que mis pies no se habían despegado del suelo. No pude evitar observar la forma triangular de su torso, con los hombros anchos y el abdomen firme, cubierto de viejas cicatrices. Su piel era pálida, y aun así el sol había bronceado sus brazos fuertes. Una pequeña mata de vello rojizo, tan rojizo como su cabello, asomaba entre sus pectorales. Y otros rastros de vello nacían debajo de su ombligo, guiando hacia abajo. Se acercó a mí con pasos lentos, y el aroma de su piel me envolvió. Era una armoniosa mezcla de sudor con cuero y madera. Adelantó sus manos hacia mi cuerpo, y antes de que las yemas de sus dedos pudieran tocarme, yo exclamé:

—Puedo desvestirme sola—pude escuchar el pánico en mi voz ¿Por qué dije eso? No lo sé, tal vez porque quitarme mis propias prendas me daba un falso sentido de independencia.

–De acuerdo –dijo con una sonrisa. Se alejó unos pasos, hacia una pequeña mesa cerca del hogar, y se sirvió una copa de vino. Pero en ningún momento alejó su mirada de mí, y comprendí que quería observarme mientras me quitaba la ropa.

Respiré hondo antes de comenzar. Primero me descalcé, y aflojé el cinturón que ceñía mi cintura. Me fui quitando un por uno los collares y amuletos que las mujeres me habían regalado. Me quité el vestido de bodas carmesí, y quedé solo con la túnica de algodón liviana. Alcé mis ojos un momento y encontré los de Thorfinn, que saboreaba su vino mientras sus ojos me saboreaban a mí. Podía sentir el peso de esos ojos verdes en mi cuello, en mis piernas, en mis pechos. Las manos me temblaban, pero aun así me quité la túnica. Mis pechos quedaron expuestos y sentí deseos de llorar. Pero me mantuve firme, intentando no demostrar miedo ni emoción alguna, y me quité los paños que cubrían mi entrepierna. Era la primera vez que estaba desnuda delante de un hombre, y no supe qué hacer. Simplemente dejé caer mis brazos a ambos lados de mi cuerpo, con los puños apretados. Miré el suelo, y sentí que las rodillas me temblaban. Thorfinn hizo a un lado su copa de vino y nuevamente caminó hacia mí. Sentí sus dedos en mi barbilla, obligándome con suavidad a mirar su cara. Como una idiota, recuerdo pensar que sus ojos eran bonitos.

Le sostuve la mirada una vez más, desafiante. Aunque estaba tan asustada que no tenía fuerzas para pelear. Solo quería que todo terminara de una vez. Por algún motivo, mis ojos fueron a sus labios ¿acaso iba a besarme? No sabía cómo me sentía al respecto.

Pero en su lugar, solo me dijo:

–Acuéstate en la cama.

Asentí, y le obedecí. Eso se esperaba de mi parte ¿verdad? Obedecer a mi marido. Me acosté de espaldas sobre la mullida cama, y clavé mi mirada en el techo. Escuchaba el fuego crepitar y mi propio corazón a punto de estallar. Durante unos largos momentos, nada ocurrió. Alcé mi cuello para mirar a Thorfinn y vi que se estaba de pie al borde de la cama, terminando de desvestirse. Cuando sus pantalones tocaron el suelo, él también quedó desnudo. Miré sus muslos fuertes, cuyos músculos se contraían cuando caminaba. Sus piernas estaban cubiertas de vello, al igual que su ingle. Y de esa mata rojiza se alzaba un miembro enorme. Sentí verdadero pánico, y recordé los chismes de las mujeres con respecto a su virilidad. Incluso con mi inexperiencia, supo que no estaba erecto del todo, y aun así era intimidante. Se veía grueso y duro, con la punta enrojecida. Algunas venas azuladas se alzaban por encima de su piel húmeda, y sentí una extraña fascinación por ese cuerpo nuevo y extraño.

Thorfinn se subió a la cama con un movimiento felino, y yo tragué saliva de nuevo. Colocó ambas manos a cada lado de mi cuerpo, sosteniendo el suyo. Estaba encima de mí pero sin tocarme, apenas la punta de su miembro presionaba sobre mi vello púbico. Esa sensación me provocó temblores en todo el cuerpo, pero no estaba segura si lo que sentía era miedo en su estado puro, o algo más. Giré mi rostro hacia mi lado derecho, para evitar que la

punta de su nariz toque la mía, y sentí su aliento caliente en mi mejilla. El aroma masculino de su piel me rodeaba, y no era del todo desagradable.

–Eres tan hermosa –susurró en mi oído – ¿No quieres mirarme?

No dije nada, solo permanecí inmóvil. Sus labios besaron mi mejilla, y fue lo más cercano a un primer beso que había experimentado en mi vida. De nuevo sentí deseos de llorar, pero pronto fueron opacados por esos mismos labios en mi cuello. Su barba me producía un picor furioso, y los dientes mordisqueando la carne de mi cuello me arrancaron un sonido extraño.

Los pezones me ardían y estaban durísimos y cuando sentí una de sus manos apretando uno de mis pechos, arqueé mi espalda en contra de mi voluntad. Sentí su barba cosquilleando entre mis pechos mientras me besaba, y cuando miré hacia abajo, encontré sus dos manos aprisionando mis pechos con suavidad. Los acariciaba de una manera que me despertó escalofríos, y cuando su dedo pulgar y su índice pellizcaron uno de mis pezones, grité.

Thorfinn alzó su vista y sonrió. De nuevo, creí que iba a besarme, pero continuó besando mi pecho y mi estómago. Una de sus manos continuaba torturando mi pezón, y la otra descendía hacia mis piernas. Sentí sus dedos duros y callados acariciando la cara interna de mis muslos.

No sabía que hacer; solo permanecí tendida sobre mi espalda, inmóvil mientras el vikingo me acariciaba con una suavidad inesperada. Me ardía el

cuerpo y sentía un calor extraño.

De pronto, sentí los dedos de Thorfinn en mi barbilla. Apenas uní mis ojos con los suyos él me besó. No esperaba aquello, y mantuve mis ojos abiertos todo el tiempo. Era extraño sentir los labios de un hombre contra los míos. Él los saboreaba y los mordisqueaba, y yo ni siquiera los separaba. Tampoco moví mis brazos de ambos lados de mi cuerpo, sujetando las sábanas con fuerza entre mis dedos.

Thorfinn separó su boca de la mía y me miró.

– ¿No te gusta? –preguntó, algo desorientado, y yo no tenía la respuesta a aquella pregunta. No entendía lo que sentía, ni mis propios pensamientos.

–Solo, termina de una vez –murmuré. La cabeza me daba vueltas, y solo quería dejar de sentirme así.

–Tócame – ordenó, y sujetó una de mis muñecas. Guió mi mano hacia su entrepierna y el calor que emanaba de su miembro me sorprendió. La piel parecía arder, y se sentía tan suave y tan duro al mismo tiempo. Lo rodeé con mis dedos y palpé su dureza; imaginé que tener algo así dentro de mi cuerpo sería doloroso. Observé lo largo que era, como se erguía amenazante desde la base hasta la punta, y una ola de miedo me atravesó.

–Estás aterrada – suspiró, y se tumbó a mi lado. Cubrió su desnudez con las

sábanas y giró, dándome la espalda.

– ¿Qué haces? –pregunté, entre sorprendida y aliviada.

–Tú no quieres hacer esto –dijo, y volvió a girar para mirarme –Al contrario de lo que dicen en tierra firme, yo nunca he violado a una mujer. Y no voy a empezar esta noche, con mi propia esposa.

No supe cómo reaccionar a sus palabras, así que solo miré sus ojos una última vez antes de que él me diera la espalda de nuevo y se quedara dormido.

**Lee el resto de La novia del vikingo [aquí](#).**

**Si quieres disfrutar otro romance erótico, esta vez ambientado en las Highlands, tal vez te interese [Jamás pude olvidarte: El amor del Highlander](#).**



## **Sinopsis**

Roweena Barrach solo ha amado a un hombre en toda su vida: su amigo de la infancia Eric, hijo del Laird del clan McCaoig. Sin embargo, luego de la misteriosa muerte de su prometido, Roweena es forzada a casarse con el hermano bastardo de Eric, Colum. Tras de años de soportar sus abusos, Roweena huye en medio de la noche. Al buscar refugio en una posada se encuentra con un desconocido que quiere oír historia de su vida.

Así Roweena comienza a narrar el verano en el cual se enamoró de Eric, un joven pelirrojo amante de los caballos, la lectura y las espadas.

Pero ¿Quién es realmente aquel misterioso encapuchado?



Esta es la historia de una mujer aguerrida, dispuesta a forjar su propio destino, y la de un muchacho que se convierte en hombre gracias a la fortaleza y la pasión de esa mujer.

## **Fragmento**

Tenía miedo de estar soñando; nunca había experimentado una punzada de felicidad tan aguda. Me abalancé hacia sus brazos, y cuando sentí su fuerza rodearme y sostenerme, me di cuenta que era real. Era real ¡Eric estaba vivo! Miles de preguntas regurgitaban dentro de mi cabeza, pero no era momento de respuestas. Solo quería tocarlo, sentirlo, reafirmarme que él realmente estaba vivo frente a mis ojos. Lo abracé con todas mis fuerzas mientras mis rodillas temblaban. El aroma de su cuello seguía siendo tan masculino y embriagador como siempre, y me transportó una época mágica, una que yo di por sentado había terminado.

–Yo también estoy enamorado de ti, Roweena –susurró en mi oído –Y lo estaré hasta el día de mi muerte.

Lloriqueé en su pecho. No quería oírlo pronunciar la palabra *muerte*. Busqué su mandíbula con ambas manos y me puse en puntas de pie para besarlo. Su rostro ahora estaba cubierto por una abundante barba, tan roja como su cabello, el cual había crecido hasta pasar sus hombros. Me gustaba esa cosquilla en mi cara mientras nos besábamos. Al momento que sus labios rozaron los míos creí que moriría de felicidad; mi corazón parecía a punto de estallar. No podía creer que estaba saboreándolo de nuevo, arrullada en esos fuertes brazos.

Él me apretó contra su pecho, como si nunca deseara dejarme ir. Yo no quería irme. Lo besé y lo besé, mientras las lágrimas brotaban de mis ojos. No me

importaba que estábamos en una posada llena de extraños; solo quería saborear sus labios, asegurarme una y mil veces que aquello no era un sueño.

–Roweena ¡No puedo creer que estés aquí conmigo! –murmuró contra mis labios antes de besarme con más pasión. Parecía que él también estaba descreído de la situación. Separé mis labios y deje que su lengua ansiosa saboreara la mía. De inmediato sentí una ola de electricidad en mi columna, y apreté mi cuerpo más fuerte contra el suyo.

No sé en qué momento abandonamos la sala, solo me di cuenta que lo había conducido a la recámara que había pagado por la noche cuando oí el portazo detrás de mi espalda. Y Eric ya se estaba despojándose la gruesa capa de lana negra que cubría su cuerpo. Con torpeza fruto de una pasión desmedida, me besaba, mordía mis labios y se desvestía al mismo tiempo.

– ¿Cómo? ¿Cómo...?– Yo le preguntaba entre besos. No alcanzaba de comprender como era posible que el amor de mi vida estuviera vivo.

–Ya habrá tiempo de respuestas –él jadeo contra mis labios antes de morderlos una vez más.

Y yo estuve de acuerdo; en ese momento no podía pensar, solo podía sentir. Y si bien mi mente estaba hambrienta de explicaciones, mi cuerpo estaba muchísimo más voraz por Eric.

Cuando se quitó la túnica vi que el vello rojizo en su pecho se había multiplicado. Al igual que su barba, que ahora prácticamente cubría todo su cuerpo con ese tentador tono cobrizo. Me agradaba aquello, lo hacía ver más como un hombre que como un muchacho. Un hombre salvaje, y no el hijo de un noble. Y pude notar que había tenido una vida dura, pues sus hombros y bíceps, ahora estaba mucho más anchos y fortalecidos. Incluso su cuello y su

torso lucían unas extrañas cicatrices, seguramente fruto de algún trabajo extremo que el hijo de un Laird jamás hubiera tenido que ejercer.

No me importaba; las cicatrices, la fuerza desmedida y el vello lo hacían ver todavía más atractivo. También me gustaba que el nuevo Eric no pidiera permiso; me desvestía con manos rápidas y demandantes. Y cuando finalmente estuve desnuda frente a él, me arrojó sobre la cama.

Mi espalda chocó contra el colchón y yo ya estaba húmeda. Sentí su cuerpo sobre el mío y lo abracé con mis piernas y brazos. Él acariciaba mis pechos con brusquedad y me besaba entre gruñidos. Me deleité con su espalda musculosa y con el calor que despedía su piel. Él mordió mis labios y mi cuello, arrancándome unos gemidos que yo no había pronunciado en muchos, muchos años. Desde aquella primera noche junto a él en esa aposada perdida. Sonreí para mí misma al recordar que ambas habitaciones no eran muy distintas. Nosotros lo éramos; yo me había convertido en una mujer depresiva y desencantada del amor, y él era un salvaje vagabundo.

Pero al mismo tiempo, no éramos diferentes. Debajo de su fuerza bruta, había ternura y respeto por mi cuerpo. Y debajo de mi fachada fría y experimentada, todavía era una niña que temblaba bajo sus caricias.

Besó mis pechos y mordió mis pezones, y yo enredé mis dedos en sus rizos rojos. Hubo pocas caricias previas, ambos estábamos hambrientos el uno por el otro. Estábamos entrelazando nuestras lenguas cuando él me penetró. Y sentí algo de dolor, a pesar de estar muy húmeda entre las piernas. Hacía mucho que no estaba con un hombre y el miembro de Eric siempre había sido largo y grueso.

Él se detuvo al momento de escucharme chillar.

–Estás llorando...–murmuró a milímetros de mis labios. Sus ojos poseían una mirada aterrorizada.

–Lo estoy –sonreí. No me había dado cuenta que las lágrimas rodaban por mis mejillas. Pero no estaba triste, y su embestida briosa no me había lastimado. En todo caso, era un dolor agridulce, que significaba mi reencuentro con el amor de mi vida. Y las lágrimas eran definitivamente de felicidad. –Te amo.

Su labio inferior tembló.

–Yo también te amo – dijo antes de arremeter de nuevo contra mi boca.

**Lee el resto de Jamás pude olvidarte: el amor del Highlander [aquí.](#)**







